

PUCK

EN LA NIEVE

Lisbeth Werner



Puck, la joven danesa que sabe divertirse con sus amigas y amigos..., y también sabe ayudarles cuando están en apuros. Puck, estudiante, deportista, capitana... y detective. Puck, cabecita loca... pero gran corazón.



Lisbeth Wermer

Puck en la nieve

Puck - 04

ePub r1.0

algarri 08.05.14

Título original: *Puck i sneen - Puk ta'r Chancen*

Lisbeth Wermer, 1953

Traducción: Josefina Dalmau Casademont

Ilustraciones: Rafael Cortiella

Editor digital: algarri

ePub base r1.1





- I -

Absolutamente inútil, Ingeborg! He dicho mil veces que Hans se quedará aquí y así será.

—Sí, Erik, pero...

—¡Hans se quedará aquí! El director Erik Jespersen golpeó la mesa con el puño.

—Cuando Emma y yo nos separamos, el niño me fue confiado a mí. ¿Por qué razón iba yo a renunciar ahora a mis derechos de padre? ¿Puedes responder a eso?

La dama sentada al otro lado de la mesa afrontó su mirada llena de enojo y dijo:

—Sí, puedo. La razón consiste en que Emma está delicada de salud y echa de menos a su hijo.

Erik Jespersen sacudió la cabeza.

—Lamento profundamente que Emma no esté bien de salud... Eso me entristece, desde luego... Pero no cambia en nada mi punto de vista. Emma quiso alejarse de mi lado. ¡Fue ella quien quiso, no yo! Lo sabes bien, puesto que eres su hermana.

—Sí —respondió Ingeborg—, tienes toda la razón, Erik; pero no debemos considerar las cosas sólo desde un ángulo tan frío. Hay que tener en cuenta también el lado humano... Podemos compadecer a alguien, aun cuando ese alguien haya cometido faltas...

Nerviosamente, la dama estrujaba el borde del tapete que cubría la mesa.

—No niego que Emma sea culpable. Hubo una cuestión en la que no conseguisteis poneros de acuerdo... ¡A decir verdad, ni siquiera sé de qué se trataba! Y entonces ella se alejó de ti... Obró

demasiado impulsivamente. Ignoro si fuisteis felices en un tiempo, pero vuestra existencia parecía dulce y apacible. ¡Me sorprendí muchísimo cuando me enteré de que os habíais separado! Me decía que, sin duda, se trataba de un malentendido y que bastaría con una simple entrevista para poneros de acuerdo de nuevo. Pero no. Tú y Hans os quedasteis aquí y Emma se fue a Jylland.

—No fui yo quien así lo quiso —observó Jespersen—. Pero como suele decirse, lo hecho, hecho está. Ya es demasiado tarde para reconsiderar esta cuestión.



El hombre miró a través de la ventana la espesa nieve que caía en aquella calle bordeada de chalets a ambos lados y situada en las afueras de Copenhague.

—¡Y Hans se quedará conmigo! —concluyó, en tono duro.

Su cuñada se levantó.

—¿No podrías permitirle, al menos, que fuera a pasar las vacaciones de Navidad con su madre?

—¡No!

—¿Es tu última palabra?

Erik Jespersen se levantó a su vez.

—Es mi última palabra —dijo.

Ella se acercó a la puerta, pero, cuando ya había puesto la mano en la empuñadura, miró a su cuñado a los ojos.

—¿Quieres responderme francamente a una pregunta, Erik? —

interrogó.

—He respondido francamente a todas.

—¿No tiene Hans deseos de volver a ver a su madre? Erik Jespersen apartó los ojos. La pregunta, evidentemente, le incomodaba.

—¡Un niño siente siempre deseos de ver a su madre! —contestó evasivamente.

—¿Habla de ella?

—¿Es esto un interrogatorio?

Quiso él hablar en tono desenfadado, pero no lo consiguió. Conocía bien a su cuñada y sabía que, cuando a ella se le había metido algo entre ceja y ceja, resultaba difícil disuadirla.

—Bien, pues... —prosiguió Erik—, naturalmente, a veces habla de su madre... No hace tanto tiempo que se marchó... Y... y...

Alargó la mano para alcanzar una cajetilla de cigarrillos, mientras observaba a su visitante. Ingeborg Moeller, contable en una gran empresa, se le antojaba el tipo perfecto de la empleada del despacho que sabe poco de la vida, pero que tiene ideas singulares sobre lo que cada cual debe hacer en toda circunstancia. Sus mismos deseos de ayudar la habían metido varias veces en auténticos embrollos, y tal vez su complacencia resultara demasiado entrometida en ocasiones, pero tenía un corazón de oro y nunca se solicitaba en vano su ayuda.

—Emma está muy deprimida, lo que empeora su estado de salud —dijo—. Si Hans pudiera ir a verla, sin duda se sentiría mucho mejor.

—Creo que ya hemos agotado este tema —repuso Erik Jespersen, un tanto impaciente.

Consultó su reloj. Hans llegaría del colegio de un momento a otro y sería mejor que para entonces Ingeborg se hubiera marchado. Al ver a su tía, el niño, como de costumbre, empezaría a hablar de su madre.

—Escucha —dijo Erik—, tengo una reunión dentro de poco... Has sido muy amable al venir a visitarme.

—¡Vaya! ¿También tú te sientes solo? —comentó ella, con un poco de ironía.

Él respondió, con toda sinceridad:

—Sí, puedes creerme. ¡Añoro muchísimo a Emma!

—En tal caso, lo mejor que podrías hacer es ir a pasar las Navidades con ella y llevar contigo al niño.

—¡No gracias! ¡Quiero evitar a toda costa el desencanto que me produciría tal tentativa! Cuando una mujer se aleja de su marido para regresar a casa de sus padres, lo mejor es dejarla tranquila.

—Bien, pues... Hasta la vista —dijo ella—. Lamento mucho que seas tan obstinado.

—¡Qué quieres, es mi carácter! —respondió él riendo—. Hasta la vista, Ingeborg.

Apenas la puerta se hubo cerrado a espaldas de la dama, cuando sonó el teléfono.

—Su agente de Londres está aquí —dijo la secretaria del señor Jespersen a través del aparato—. ¿Le digo que vaya ahí?

—No, voy yo a recibirle.

Cuando el director Jespersen, después de haber cruzado una avenida del jardín, subió precipitadamente a su potente coche, no se dio cuenta de la presencia de una dama en la acera, a la derecha de la verja. A su paso, ella se había vuelto de espaldas.

Ingeborg Moeller, ya que de ella se trataba, sonrió maliciosamente viendo cómo se alejaba el coche.

* * *

Por la tarde, se levantó viento, a la vez que más gruesos copos de nieve caían del cielo. La meteorología anunciaba una tempestad que dificultaría en gran manera la circulación justamente el día de Navidad. Las compañías aéreas suspendían sus vuelos. Los barcos que hacían los servicios entre las islas danzaban de tal modo en el mar agitado que los pasajeros creían llegada su última hora. La nieve inundaba el país, formando por doquier enormes amasijos. Las carreteras estaban impracticables. Todos los trenes llegaban con retraso.

¡Y pensar que millares de daneses querían salir de viaje en aquellas fiestas navideñas!

Cuando, por la noche, el director Jespersen llegó a su casa,

después de haber cenado en el restaurante con su agente inglés, ofrecía el aspecto de un muñeco de nieve. Habiéndose sacudido, se quitó el mojado abrigo y subió al primer piso. Suavemente abrió la puerta del cuarto de su hijo.

Hans descansaba en un profundo sueño. Sus frescas mejillas parecían manzanas maduras. Con seguridad, había pasado la tarde jugando en la nieve y, muerto de cansancio, dormía ahora a pierna suelta.

Durante largo rato, Erik Jespersen estuvo contemplando a su hijo. Al cabo, suspiró melancólicamente. Era triste considerar que Hans crecería en un hogar sin madre. ¿Y de qué servía, en tales circunstancias, ser lo bastante rico para darle una sólida educación y hacerlo vivir en una mansión lujosa?

Apagó la lamparilla que iluminaba la agradable habitación del chiquillo y penetró en la suya.

Sí, poseía una bella casa, pero aquellas elegantes piezas modernas carecían de todo humano calor. Allí faltaba algo... Faltaba el ama de casa..., Emma.

Erik Jespersen permaneció largo tiempo en su cama, despierto, escuchando el rumor de la tempestad. Y tomó la decisión de no salir al día siguiente. Telefonaría a su secretaria y se quedaría a trabajar en casa. Y en lo referente a su agente inglés, le invitaría a comer allí.

A la mañana siguiente, el viento se había calmado un poco; sin embargo, el boletín meteorológico no prometía buen tiempo para los días venideros.

Erik Jespersen desayunó con Hans. El niño no pensaba en otra cosa que en la nieve y en la ya tan cercana Navidad. Erik Jespersen escuchaba su parloteo animado y se decía que el muchachito se había vuelto extremadamente voluntarioso en los últimos tiempos. Incluso más egocéntrico de lo que era conveniente. Parecía estar pendiente de sus propios caprichos, no considerar más que su propia voluntad. Su padre hallaba cada vez dificultades mayores en ser obedecido.

«Es siempre lo mismo, pensó Erik. Necesita una madre».

Por las mañanas, el problema consistía en hacerle comer la leche con galletas. Se negaba ferozmente a ello, y ningún poder terrestre

hubiera podido hacerle tragar una sola cucharada.

—Vamos, come esto por lo menos —dijo el señor Jespersen, tendiéndole un trozo de pastel de fruta.

El teléfono sonó en aquel instante; se levantó para atender la llamada y, a su regreso, Hans ya se había ido.

El padre se enojó y miró descorazonado el tazón de leche que se estaba enfriando. Un hijo único es a menudo una prueba... Pero no era culpa del niño. Todo aquello tenía su explicación en la ausencia de la madre.

De nuevo sonó el teléfono, y Erik Jespersen fue a sentarse en su escritorio. Allí, absorbido por el trabajo, perdió la noción del tiempo.

De pronto, la asistenta le entregó una carta, que depositó encima del escritorio. Él reconoció la letra de Ingeborg, pero se dijo que ya la leería más tarde, cuando dispusiera de tiempo libre.

En aquel instante sonó el teléfono y descolgó.

—Sí, soy Erik Jespersen.

—Señor Jespersen, soy la señorita Matthiasen.

—¿La señorita...?

—Sí, la profesora de Hans... Le llamo porque estoy sorprendida de que no haya venido.

Precisamente hoy en que él debía...

—¿Cómo dice? ¿No está Hans en el colegio?

Con brusquedad Erik Jespersen se puso en pie. Instintivamente sus ojos buscaron la carta, todavía sin abrir, puesta en el escritorio.

—No lo comprendo... ¿Quiere aguardar un momento, por favor? Dejé el auricular, abrió la carta con manos temblorosas y leyó:

Querido Erik:

Confío en que, a pesar de todo, comprendas y perdones. Pero me llevo a Hans conmigo para entregárselo a Emma. Regresará inmediatamente después de Navidad.

Tu cuñada.

Ingeborg.

Releyó la carta dos veces. Después oyó un ruido en el teléfono y se

acordó de que estaba en conversación con la señorita Matthiasen. Volvió a tomar el auricular.



—Disculpe que la haya hecho esperar... Pues bien, en efecto, parece ser que Hans no irá al colegio hasta después de las fiestas. Su tía se ha empeñado en llevárselo consigo. Sí... Buenos días, señorita Matthiasen, hasta pronto.

Terminada la comunicación, permaneció un momento reflexivo, perdida la mirada; después llamó a su secretaria.

—Averigüe cuándo sale el primer tren para Jylland... Sí, saldré esta mañana. Sí, sí, para Jylland... ¡No! No puedo dejar de ir. ¿Cómo dice? ¿El señor Stone...? Ah, sí, es cierto. ¡Que se ocupe de él Lauritzen! Dígame que yo... Es decir, no le diga nada... O cualquier cosa... Volveré a llamarla más tarde, señorita. ¡Hasta luego!

* * *

En la estación central, la animación era intensa a aquella hora en que iban a salir para Jylland los trenes matutinos. Los altavoces daban sin cesar noticias sobre el estado de la circulación. Las

posibilidades de llegar al continente en los tiempos fijados habitualmente en los horarios eran más bien escasas. La nieve era espesa por doquier, y en Storebselt el hielo rodeaba los «ferry-boat».

No obstante, miles y miles de pasajeros se aferraban a la esperanza de regresar a sus hogares a pasar las Navidades, costara lo que costara.

En medio de aquella muchedumbre, nadie reparaba en una dama que, sosteniendo en una mano a un chiquillo y en la otra una maleta, trataba de abrirse camino hasta el límite del andén. En tiempos normales, sin duda habría atraído la atención general con su parloteo incesante:

—¿Por qué no ha llegado el tren todavía? ¿Por qué, tía Ingeborg...? ¿Por qué no nos vamos en seguida? ¿Por qué, tía Ingeborg...? ¡Yo tengo hambre! ¿Por qué no me compras un chocolatín, tía Ingeborg? ¡Cómpramelo, ahora mismo! ¡Quiero un chocolatín! Quiero un chocolatín, quiero...

—Sí, sí, un poco de paciencia, mi pequeño Hans —dijo la dama con una sonrisa maravillosa y un poquillo maliciosa—. ¿No estás contento de ir a casa de mamá?

—¡Lo que quiero es que este señor de aquí se aparte! ¡No me deja ver nada!

—Debes ser bueno, Hans —riñó tía Ingeborg.

—¡Quiero el chocolatín! —declaró Hans, dándose cuenta de que era mejor centrar sus exigencias hacia deseos realizables.

—Sí, espera... Tengo chocolate en el bolso —replicó la tía con angelical paciencia—. Pero no sé si conseguiré abrirlo en medio de este gentío...

Mientras estrechaba la maleta con fuerza contra sí, Ingeborg hizo prodigios de equilibrio con el bolso y, no sin dificultad, consiguió sacar una tableta de chocolate.

—¡Yo la quiero que tenga avellanas!

—¡Pero ahora no tengo chocolate con avellanas! Ve, ése es con leche y está riquísimo...

—¡No lo quiero, no vale nada! —dijo el niño—. ¿Por qué no llega el tren? Nos iremos ahora mismo, ¿verdad, tía Ingeborg?

Ante ellos, un hombre se volvió dificultosamente para mirarlos. Era alto y fuerte, y su rostro, redondo y rosado, tenía una expresión

amable. Se inclinó cuanto le permitía su enorme barrigón, y dijo:

—¡No sé cómo conseguiría aguardar el tren con paciencia si tú no estuvieras aquí para distraerme!

—¡Brr, brr! —hizo Hans, sacándole la lengua.

El hombre se irguió, divertido, y exclamó:

—¡Un muchachito encantador! ¡Cuántas bofetadas le están haciendo falta a este hombrecito!

—Pero el niño no le ha hecho nada —dijo la tía Ingeborg, que no se había dado cuenta de lo sucedido.

Sin dejar de sonreír, el hombre dio un paso atrás y pisó uno de los pies del pequeño Hans. Éste dio un grito estridente.

—¡Oh, discúlpeme! —dijo el hombretón.

—¡Me ha pisado, me ha pisado! —gritó Hans con todas sus fuerzas.

El hombre no se dignó siquiera dirigirle una mirada. Tía Ingeborg dio una desolada mirada a su alrededor. No se sentía demasiado orgullosa de aquella situación, pero ya no era posible hacer marcha atrás. ¡Si al menos el tren llegara de una vez!

Suspiró aliviada. En el instante de la partida, se levantó y miró a través de la ventana. ¡Hacía mucho rato que no se sentía tan contenta! En el andén, hileras de personas se estaban despidiendo de los viajeros que iban a partir.

De pronto, vio a un hombre bajar los peldaños de una escalera de cuatro en cuatro y correr después a lo largo del tren que ya se movía lentamente. Parecía muy agitado, casi sin respiración.

Era Erik Jepsen.

Ingeborg Moeller se apartó vivamente de la ventanilla, pero no consiguió alejarse lo bastante debido a la multitud de viajeros que ocupaban los pasillos.

—¡Eh, Ingeborg!

A su vez ella le miró.

—¿Dónde está Hans? —gritó Erik—. ¿Dónde le has metido?

La dama miró el rostro inquieto del hombre y, a su pesar, respondió:

—Está aquí conmigo y está bien.

—¡Hazle bajar! —gritó Erik.

Las gentes, en el andén, le miraron con curiosidad. Entretanto el

tren salía ya de la estación. Erik se quedó al borde del andén, agitando los brazos, mientras Ingeborg permanecía inmóvil en su asiento, erguida como una estatua.



Desde el interior del compartimiento, Hans exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Tengo sed! Que me den de beber ahora mismooo... ¡Tía, tengo sed, mucha sed!

Los viajeros miraron al chiquillo con inquietud, reflexionando acerca de la conveniencia de irse a buscar sitio en otro compartimiento. Viajar con aquel niño resultaría, sin duda, intolerable.

Aqué! fue el motivo de que, pronto, quedaran allí cuatro plazas vacías, y de que, cuando se detuvo el tren en una estación de segundo orden, cuatro muchachitas llenas de animación las ocuparan. Entre risas y parloteos, y después de haberse sacudido vigorosamente las botas, llenas de nieve, antes de poner los pies en los asientos, colocaron el equipaje en las redes.

Sus mejillas rojas les conferían un aire sano y alegre. Dirigieron un breve saludo a Ingeborg Moeller y a Hans, quienes las observaban con interés.

Después, las muchachitas se sentaron y, cómodamente apoyadas en el respaldo de sus asientos, intercambiaron satisfechas sonrisas.

—¡Bien, bien, bien! —dijo una encantadora pelirroja.

—Sí. Lo que ahora queda por saber es si conseguiremos abrirnos camino entre la nieve —añadió una morenita más seria, pero igualmente encantadora, de ojos claros y sonrisa discreta—. No lleva trazas de ser fácil ese trayecto...

—¿Qué importa, Inger? —repuso una tercera viajera, de cabellos rubio platino, y aire travieso—. Si nos quedamos bloqueadas en medio de un alud de nieve, será algo formidablemente palpitante.

—Sí, desde luego, Navío, pero no conseguiremos llegar a Kongsholm para Nochebuena —dijo la morenita.

—Yo no me quejo —dijo la pelirroja—. La señora Frank nos ha dado buena cantidad de provisiones, como siempre hace, claro...

La cuarta muchachita, sentada en un rincón, no había tomado aún parte en la conversación. Contemplaba por la ventanilla los blancos copos que parecían volar en todas direcciones. El tren avanzaba con lentitud pero regularmente.

—¿No dices nada, Puck? ¿Acaso te ocurre algo?

—¡Claro que no! —respondió ella—. Me estoy preguntando si este viaje no será uno de los grandes acontecimientos de nuestra vida. ¿Y si escribiéramos en un diario todo lo que hace el «Trébol de Cuatro Hojas»?

Había ocho plazas en el compartimento. Ingeborg Moeller y Hans ocupaban dos, y las muchachitas cuatro. Las dos restantes estaban ocupadas por una pareja de avanzada edad, muy taciturna, que leía o hablaba entre sí en voz baja.

—¡Una idea colosal! Pero ¿quién lo escribirá? —preguntó la pelirroja.

—¿No podrías hacerlo tú, Karen?

—¡Jamás! Inger es mucho más apta que yo para eso. —
¡Decretemos, pues, que Inger queda nombrada secretaria del «Trébol de Cuatro Hojas»! ¿Aceptas?

—Me parece que no me queda otro remedio —contestó la morena, sonriendo—. Pero será a condición de que vosotras me digáis lo que debo escribir. ¿Prometido?

—¡Prometido! Todas te ayudaremos.

Hubo una corta pausa y a continuación se escuchó la voz de Hans:

—¡Tengo hambre, tía Ingeborg! ¡Quiero comer!

—Veamos qué tengo como provisiones.

Ingeborg Moeller se levantó y abrió el bolsón de viaje. Sacó una cajita de plástico que abrió.

—¡Mira! Un bocadillo de salchichón —propuso.

—¡No me gusta! —declaró Hans—. Yo quiero carne...

—Lo siento, queridito, pero no tengo carne.

—¡Pues yo quiero carne! —dijo Hans—. ¿Por qué no tienes carne? Yo siempre me llevo un bocadillo de carne al colegio...

—¿No quieres un bocadillo de queso? ¿O de jamón?

—¡No! Quiero carne —repitió Hans con testarudez.

Karen se levantó.

—Creo que yo tengo un bocadillo de bistec —dijo—, y se lo daré con mucho gusto.

Abrió su bolsa y sacó el paquete de provisiones.

—Toma —dijo tendiendo un bocadillo a Hans.

Él lo aceptó y comenzó a comer.

—Ha sido muy amable, gracias —dijo Ingeborg Moeller, reconocida—. Hans, dale las gracias a esta señorita.

—No —dijo Hans, tranquilamente—. No quiero.

Las muchachitas se miraron entre sí e hicieron una mueca.

Hans prosiguió comiendo impertérrito.

El tren se detuvo entonces en otra estación.

Ingeborg Moeller se levantó y bajó al andén. Hans miró a las muchachitas con una sonrisa encantadora, como si quisiera decir. «Ya veis como siempre hago mi voluntad». Pero ellas no hicieron comentario alguno.

—¡Quiero pastelillos de almendras! —dijo Hans—. Ve a comprarme, tía.

Unos viajeros que paseaban por el corredor abrieron la puerta y preguntaron:

—¿Este lugar está ocupado?

—Sí —respondió Puck—. Pertenece a una dama que ha bajado al andén a comprar.

—¡Pastelillos de almendras! —anunció Hans con entusiasmo—. ¡Para mí!

Ingeborg Moeller regresó. Tendió a Hans un pastel de almendras, que éste se comió en un par de bocados, sin siquiera dar las gracias.

El tren se puso nuevamente en movimiento y el viaje continuó.

—¿Dónde vais? —preguntó Ingeborg Moeller a las muchachitas—. Os he oído pronunciar el nombre de Kongsholm. ¿Os referíais al

Kongsholm situado al norte de Jylland?

—Sí —contestó Inger—. Vamos a pasar las vacaciones de Navidad en casa de unos tíos míos.

—¿Las cuatro?

—Sí. Todas estamos invitadas a pasar las fiestas.

—Debéis estar contentas...

—¡Enormemente!

—¿Vais al mismo colegio?

—Sí. Somos del pensionado de Egeborg, cerca de Oesterby —dijo Puck.

—Y compartimos la misma habitación —añadió Navío.

Tía Ingeborg sonrió. Aquellas simpáticas jovencitas le agradaban mucho.

—Hace años yo vivía en Kongsholm —dijo—. ¿Cómo se llaman esos señores que os han invitado?

—Mi tío tiene una fábrica —explicó Inger.

—¿Será tal vez Erwin Nielsen?

—Sí. ¿Le conoce usted?

—¡Ya lo creo! Estuvimos juntos en el colegio. Yo también voy ahora a Kongsholm. Mis padres tienen una propiedad en las afueras. Este niño es mi sobrino. Está loco de dicha pensando en las Navidades —explicó como para excusarle.

—No, no es por las Navidades —declaró Hans, encantado de tener ocasión de expresar una opinión personal—. Lo que me alegra es volver a ver a mi mamá.

—Sí, será maravilloso —dijo Ingeborg.

—Papá no vendrá —continuó Hans, mirando de reojo a Puck, para ver si la afirmación la impresionaba.

—¿No? —comentó Puck, sin el menor signo de interés.

Tía Ingeborg tosió nerviosamente.

—¡Qué tiempo! —dijo, deseosa de cambiar el rumbo de la conversación—. Me pregunto si conseguiremos llegar a nuestro destino.

—¡Si nos quedamos bloqueados por la nieve, me construiré una cabaña! —dijo Hans—. Me gustaría, tía Ingeborg. Así podríamos ocultarnos bien y papá no nos encontraría.

Tía Ingeborg se turbó de tal modo que enrojeció hasta el cuello.

- II -

Quietecita en su rincón, Puck se sentía muy intrigada. El evidente sofoco de Ingeborg Moeller ocultaba algo. Pero ¿qué?

Los comentarios que Hans había hecho acerca de su padre, si bien eran pocos, dejaban entrever algo insólito.

El niño parecía haberse tranquilizado un tanto. Se entretenía mirando las ilustraciones de una revista, y un silencio agradable reinaba en el compartimento.

El señor y la señora de edad leían. Ingeborg Moeller abría y cerraba nerviosamente el bolso. Inger, Karen y Navío estaban abstraídas pensando en sus proyectos de Navidad.

—Ha sido una idea excelente la de enviar anticipadamente los esquís —dijo Navío—. Con el tiempo que está haciendo, es del todo seguro que dispondremos de estupendas pistas... No parece que se ponga de pronto a deshelar.

—¿Qué altura tienen las colinas de Kongsholm? —preguntó Karen.

—Son lo suficientemente altas como para esquiar a buena velocidad, y en ellas no hay árboles ni matorrales. ¡Ya veréis qué maravilloso resulta!

—Tu tío debe de ser un hombre magnífico —dijo Navío—. ¡Ha sido muy amable al invitarnos a todas! Pero ¿en qué estás pensando, Puck? Pareces estar en la luna.

—En nada. Reflexionaba tan sólo...



—Ésta es una ocupación de la que no hay que abusar, Puck —comentó Navío, riendo—. De lo contrario, se corre el riesgo de convertirse en persona seria.

Ingeborg Moeller se mezcló entonces en su conversación.

—¿Os habéis fijado si, al salir de la estación, anunciaban un tren suplementario? —preguntó.

—Sí —dijo Puck—. Un altavoz dijo que habría un tren suplementario una hora más tarde. Añadió que los viajeros que no cupieran en éste no tenían por qué preocuparse, ya que en el otro habría plazas para todo el mundo.

—¿Una hora después de éste, dices? —insistió Ingeborg Moeller.

—Sí, así lo han dicho.

—¡Oh, es terrible! —exclamó entonces la dama.

Puck la miró, muy sorprendida. ¿Qué significaba aquella exclamación de miedo?

—Esto significa que si la nieve nos bloqueara en el camino, el tren siguiente nos alcanzaría —prosiguió Ingeborg Moeller.

—Sí, es cierto —dijo Puck—. Pero no me parece que ello sea motivo de preocupación alguna.

Bruscamente le vino al pensamiento el que tal vez alguien persiguiera a aquella dama, alguien que podría haber tomado el tren siguiente. ¡Bah! ¿Por qué iba nadie a perseguirla? ¡Vaya idea estúpida que había tenido!

—Tal vez podamos organizar una excursión con esquíes, ¿no? —oyó cómo preguntaba Karen.

—Sí. Hay un bello bosque que desciende hasta el fiordo.

—Y ¿qué es lo que fabrica tu tío?

—Maquinaria agrícola. Lástima que no sea fabricante de...

—¡Fabricante de chocolate! —exclamó Navío.

Puck no pudo evitar una sonrisa. Navío era siempre deliciosamente espontánea.

El tren atravesaba el Fjaelland con una lentitud desesperante. Las muchachitas tenían la impresión de ir más despacio cada vez, pero quizá se tratase de una ilusión. Después llegaron a una nueva estación, y el tren se detuvo entre chirridos y crujidos.

Nuevos viajeros subieron al convoy; Hans levantó los ojos de la revista y dijo:

—Quiero un vaso de leche, tía Ingeborg. ¡En seguida!

—No creo que pueda conseguirlo aquí, queridito —dijo su tía.

—¿Quieres que baje yo en un minuto para averiguar si venden leche en la estación? —propuso Puck—. Lo haré con gusto...

Ingeborg Moeller se levantó.

—No, será mejor que vaya yo misma. Espera quietecito, Hans.

—¡Un vaso grande! —preciso el niño.

Ingeborg Moeller avanzó por el estrecho corredor y bajó al andén. Hans miró un instante por la ventanilla y después declaró:

—Quiero ir con mi tía...

—Tú tía te ha dicho que la esperes aquí —dijo Puck con firmeza.

—¡Pero yo quiero ir con ella!



Ninguna fuerza del mundo hubiera podido detener al pequeño, que se deslizó por la puerta y desapareció. Puck quiso detenerle, pero en aquel momento llegaron nuevos viajeros con grandes maletas y bloquearon el corredor. Puck quedó retrasada y llegó a la salida justamente en el momento en que Ingeborg Moeller regresaba con una botella de leche en una mano y una bolsa con panecillos en la otra.

—¿Ha visto usted a Hans? —preguntó Puck—. Bajó para ir a su encuentro...

—¡Dios mío! —gritó Ingeborg—. ¿De qué lado bajó? —Por allí... Puck echó una ojeada al andén abarrotado de gentes.

—¡Mírele! —exclamó, mostrándole con un dedo. Ingeborg Moeller le entregó la botella y la bolsa.

—Téngame esto mientras voy a buscarle.

Saltó de nuevo al andén y se abrió camino en la dirección indicada por Puck. Desde el vagón, ésta dominaba todo el andén. Hans, por entonces, caminaba hacia la locomotora. Pero la muchachita no conseguía indicárselo a su tía, que le daba la espalda y que, desde donde se hallaba, no podía ver al niño.

Puck gritó con todas las fuerzas de sus pulmones, pero su voz se perdió en el griterío del andén. De pronto sonó la señal de partida y el tren empezó a moverse. Puck siguió gritando y agitando la mano, pero Ingeborg Moeller se encontraba tan lejos del tren que no pudo alcanzarlo. Se había dado cuenta demasiado tarde de que el tren se ponía en marcha, Puck vio su expresión enloquecida y trató en vano de hacerle comprender por medio de signos que el niño se hallaba al otro lado del andén.

En aquel momento, sintió como alguien se le acercaba y se volvió. ¡Hans estaba allí!

Durante una fracción de segundo Puck le miró, con la boca abierta. Después se inclinó por la portezuela y gritó a pleno pulmón: —¡Está aquí!



Señalaba sucesivamente el vagón, la portezuela, a sí misma, y, en el momento en que el tren abandonaba la estación, se dio cuenta de que la señorita Moeller la había comprendido.

De nuevo se hallaban en camino hacia el oeste, la ciudad iba quedando a sus espaldas. Entonces Puck se volvió hacia Hans, que parecía estar encantado.

—¡Eres un niño malo! —dijo, en tono severo—. ¿Por qué te has escapado? Por tu culpa tu tía se ha quedado en la estación.

Hans no parecía comprender lo que Puck le decía. Sonrió ampliamente.

—Esta leche es para mí —observó.

—¡Sí, y te la beberás! —dijo Puck—. Pero deberías estar avergonzado de tu conducta...

El niño la miró perplejo y después exclamó:

—¡Tú eres tonta!

Puck entonces perdió la paciencia. Su mano derecha describió un círculo y fue a detenerse en la mejilla izquierda de Hans.

—¿Podrías al menos portarte bien ahora?

Hans abrió unos ojos como platos. Estaba atónito y su rostro expresaba la más viva sorpresa. Sus labios temblaron un poco, como si fuera a echarse a llorar, pero consiguió dominarse.

Al llegar a la puerta de su compartimiento, miró a todas partes.

—¿Dónde está tía Ingeborg? —preguntó.

—¡Acabo de explicarte que por tu culpa ha perdido el tren! —respondió Puck.

Repentinamente el niño se sintió solo.

—¡Yo quiero volver a casa con mi papá! —dijo, y se echó a llorar.

Puck le hizo sentar y le pasó un brazo por los hombros.

—Nosotros te ayudaremos —dijo—. No tienes por qué preocuparte.

La señora anciana miraba al niño con inquietud.

—Pero ¡qué cosa más terrible! —comentó—. ¿Qué debemos hacer?

—Nada. Supongo que la tía de Hans telefoneará a la próxima estación para decir que Hans se quede esperándola, ya que ella puede tomar el tren siguiente. Hasta entonces, nosotras nos ocuparemos de él.

—Perfecto —dijo la señora, tranquilizada, y reanudó su lectura. Su marido murmuró algo y se ocultó detrás del libro que leía. Puck creyó entender algo así como «un niño terrible e insoportable», y no pudo por menos que darle mentalmente la razón.

Poco a poco las lágrimas del niño fueron secándose y, cuando Navío le hubo dado un trozo de chocolate y él se hubo bebido casi toda la leche, se sintió mejor. Permanecía apretado contra Puck, a quien miraba confiadamente.

—Tú te ocuparás de mí, ¿verdad? —preguntó.

Puck hizo un signo afirmativo.

—A condición de que te comportes como es debido —respondió ella en tono firme.

—Lo haré —aseguró Hans.

Las otras muchachas le miraron con sorpresa. ¡Qué cambio el del aquel niño!

—Oye —exclamó Navío—. ¡Si no parece el mismo niño!

—No —respondió Puck, guiñando casi imperceptiblemente un ojo a su compañera—. Es el mismo. Y somos grandes amigos él y yo. ¿No es cierto, Hans?

—Sí —dijo Hans—. ¿Y cómo os llamáis vosotras?

—Yo me llamo Puck, y ellas se llaman Navío, Inger y Karen.

—Tú me gustas más —declaró Hans—. Las otras son ton...

Se detuvo a tiempo y cerró la boca.

Puck pareció enormemente contenta de aquella contención. Dijo:

—Al llegar a la próxima estación, hallaremos sin duda algún recado de parte de tu tía y haremos lo que ella nos indique.

—¿Esperaréis conmigo hasta que ella llegue? —preguntó Hans.

—Desde luego que no.

—Entonces, me iré con vosotras —dijo el niño en tono decidido—. Quiero ir a casa de mi mamá.

—Hace un instante querías ir a casa de tu papá —observó Navío.

—¡Ocupate de tus asuntos! —exclamó Hans—. Quiero ir a casa de mi mamá.

—¿Acaso tu padre y tu madre no viven en el mismo sitio? —preguntó Inger.

Hans sacudió la cabeza. Puck indicó a las demás por medio de gestos que dejaran de hacer preguntas. No debían correr el riesgo de deshacer aquel momento de buen humor que parecía pasar el niño.

El tren avanzaba penosamente por entre la nieve y acabó por llegar a Korsoer. Cuando se hubo detenido en el andén de la estación, un altavoz lanzó al aire un mensaje muy excepcional:

—Pedimos a una de las cuatro jovencitas que se dirigen a Kongsholm que se presente inmediatamente en la oficina del jefe de estación. ¡Llaman por teléfono a una de las cuatro jovencitas!

—Es tía Ingeborg —dijo Puck—. Vosotras tres, vigilad a Hans. Yo iré a hablar con su tía para ver qué es lo que debemos hacer.

Se abrió camino en medio de la muchedumbre y entró en el

despacho. Un funcionario de negro uniforme la miró con aire interrogante:

—¿Eres tú una de las chicas que...?

—Sí. Mi nombre es Bente Winther.

—Te llaman por teléfono —dijo el funcionario.

El hombre le indicó un auricular depositado encima de la mesa-escritorio.

Puck lo tomó:

—¿Diga...?

Con gran sorpresa, Puck escuchó la voz de un hombre en lugar de la de la tía Ingeborg que esperaba.

—Tengo un mensaje de parte de la señorita Ingeborg Moeller, la tía del niño que se halla en el mismo compartimento del tren que tú...

—Bien —dijo Puck.

—Ella te ruega que conserves a tu lado al niño y que lo lleves a Kongsholm... Es allá donde tú vas, con tus compañeras, ¿no?

—Sí, así es, pero... —respondió Puck.

—Escúchame —interrumpió la voz del hombre—. La señorita Moeller ha perdido el tren, como sabes... Tenía intención de tomar el siguiente para reunirse con su sobrino en Korsoer, pero le ha ocurrido un accidente. Ha resbalado en el andén y se ha roto una pierna. Actualmente está en el hospital y no sabe cómo salir de la situación si tú no la ayudas, ocupándote del niño. Yo le he prometido hablar contigo. Soy el jefe de estación.

—Entendido —dijo Puck, quien experimentaba una curiosa sensación en aquellos momentos.

Aquello era, ciertamente, algo extraordinario que no había podido prever.

—¿Crees que tú y tus amiguitas podéis ocuparos del niño y conducirlo sano y salvo a Kongsholm? —preguntó el jefe de estación de Korsoer.

—Sí, desde luego, pero...

—Es cierto que el niño no tiene billete, pero yo le haré entregar uno inmediatamente. Repíteme tu nombre y dame tu dirección.

—Bente Winther. Del pensionado de Egeborg, cerca de Oesterby.

—Está bien, señorita Bente. ¿Y te encargarás de todo?

—Sí, esté tranquilo. Mis amigas y yo conduciremos a Hans hasta Kongsholm. Y por favor haga llegar hasta la señorita Moeller nuestros mejores deseos para un pronto restablecimiento.

—¡Hasta la vista, señorita Bente, y buen viaje!

Puck colgó el teléfono. El viaje prometía ponerse interesante. ¡Si por lo menos Hans siguiera comportándose como hasta entonces, todo resultaría fácil, pero aquello era esperar demasiado!

Puck se despidió del funcionario y regreso al tren. Los demás viajeros habían bajado ya para dirigirse rápidamente al «ferry-boat». Las muchachitas descendieron con sus equipajes y siguieron a los demás. Navío tomó también a su cargo la maleta de Ingeborg Moeller, y Puck tomó a Hans de la mano.

—Ya verás, amiguito —dijo Puck en el tono más desenvuelto que consiguió articular—. Te llevaremos a casa de tu madre. Tía Ingeborg se ha lastimado una pierna y tiene que guardar cama. Pero ¿no crees que podemos divertirnos viajando juntos?

—Sí —dijo Hans.

El niño no parecía comprender del todo la situación.

—Primero iremos en barco —comentó Puck, mientras avanzaban penosamente por la nieve, con los ojos entrecerrados.

—Quiero subir a la cabina del capitán —decidió Hans.

—No está permitido.

—¡Quiero subir!

—¡Vamos! —dijo Puck, apretando la mano del niño más vigorosamente—. ¡Ya basta de tonterías!

Dócilmente, el niño subió de la mano de Puck la escalerilla que conducía al gran «ferry-boat».

* * *

—¡Ya estamos de nuevo en nuestro auténtico medio ambiente!

Era, naturalmente, Navío quien había pronunciado aquella frase.

Los cinco —las cuatro muchachitas y Hans—, se encontraban en la cubierta del «ferry-boat», cuya quilla parecía estar aprisionada por el hielo.

—Tú no olvidas jamás que tu padre es marino, ¿eh? —preguntó

Karen, sonriendo a su amiga.

—¡Jamás! Ni siquiera en sueños me pasaría tal cosa por la cabeza. En el mundo entero no existe nada tan...

—¡«Formidablemente palpitante» como un barco!

—¡En efecto!

Pero ni siquiera Navío podía prever lo muy «formidablemente palpitante» que serían los próximos días. El trayecto de Korsoer a Nyborg se encontraba amenazado por grandes masas de hielo. Las gentes entendidas se rascaban la nuca con aire inquieto y sacudían intranquilamente la cabeza.

¿Conseguirían llegar a la otra orilla?

Un aparato rompehielos giraba en torno del «ferry-boat» a fin de conseguir abrir un camino por el cual el gran navío pudiera salir de puerto, pero no había conseguido avanzar mucho cuando quedaron bloqueados. Se oyó un siniestro crujido y todos los pasajeros quedaron aprisionados en el buque.

—¡Estamos en una linda situación! —suspiró Puck—. ¿Cómo saldremos de aquí?

—Esperemos que el rompehielos vuelva pronto.

—Sí, pero, aunque vuelva, ¿tendrá fuerza para romper el hielo?

—Veremos.

¡Y en efecto vieron! De pie en cubierta, las muchachitas trataban de localizar el rompehielos a través de la espesa niebla que las envolvía. Avanzaba con considerable energía por entre las masas heladas y grisáceas, abriéndose enérgicamente camino hacia el «ferry-boat». Del altavoz surgió una orden y el «ferry-boat» avanzó un poco; pero de nuevo, ruidosamente, topó contra el hielo y quedó inmóvil.

—¡Hemos avanzado una docena de metros, no está mal! —dijo Navío, con un gran suspiro irónico.

Estaba en el mejor de los humores, ya que nada le complacía tanto como hallarse en una embarcación.

—¡Tengo hambre! —anunció Hans con clara y fuerte voz.

—Según parece tú tienes hambre continuamente —comentó Karen—. Comes sin cesar desde que te encontramos en el tren.

—Sí, pero tengo más hambre —repitió el niño—. ¿No podríais darme algo para comer?

—Claro que sí. Tenemos provisiones en nuestras bolsas. Se trata solamente de buscar un lugar donde instalarnos. ¡Ven!

Dieron la vuelta a la mitad del barco para encontrar una mesa libre. Hans parecía triste. Estaba cansado —¡y tenía hambre!— y, naturalmente, debía de haber experimentado una fuerte emoción al hallarse solo en el tren. Pero parecía animado de una gran confianza en Puck; después del incidente de su «arreglo de cuentas», permanecía constantemente a su lado y en general aceptaba sus órdenes.

Las chiquillas abrieron sus provisiones y se repartieron los apetitosos bocadillos que la señora Frank les había preparado para el viaje. Entre todas reunieron dinero para pedir té al bar de a bordo, y todo el mundo comió con buen apetito, en tanto el «ferry-boat» se deslizaba penosamente a través del agua helada en dirección a Fynn. Finalizada la comida, salieron al puente de cubierta para ver cuánto había avanzado el barco.

Ya había dejado de nevar, pero el viento seguía siendo violento. El rompehielos proseguía su tarea de cortar un camino conveniente para el «ferry-boat», más el hielo rodeaba el enorme buque que, a largos intervalos, permanecía totalmente parado. Cuando por fin el rompehielos hubo conseguido proporcionar un poco de agua navegable al buque, la tempestad puso en movimiento las enormes masas de hielo, que se arremolinaron alrededor del «ferry-boat» estrechándole como tenazas. Se requería una pericia excepcional para salir de semejante situación.

Las muchachitas daban fuertes zapatetas al suelo de cubierta, mientras contemplaban el trabajo del rompehielos, pero ninguna de ellas sentía el menor deseo de regresar al bar, cuyo aire estaba viciado por el exceso de concurrencia. A pesar de que iba muy bien equipado y abrigado, Hans se quejaba de frío.

—¿Qué quieres que nosotras hagamos? —acabó por exclamar Navío, impaciente—. No podemos hacer surgir una estufa por arte de encantamiento. ¿Y si corriéramos un poco?

—La cubierta está demasiado resbaladiza. Todo está lleno de nieve. ¡Tengo frío! —lloriqueó el pequeño Hans.

—Ven —dijo Puck resueltamente—. Entremos... Este viaje puede durar horas...

Pero les resultó difícil hallar sitio en el salón de té, ya que todos los viajeros se habían refugiado allí poco a poco. Las jovencitas acabaron por instalarse en los peldaños de una escalera que descendía de cubierta, de la parte donde se hallaban los vagones de tren y los coches.

—¡Estoy incómodo aquí! —gimoteó Hans—. ¿No podríamos sentarnos en sillones?

—No —dijo Puck—. No es posible por el momento. Es mejor que te resignes...

Ella se inclinó hacia Karen, parpadeó nerviosamente y no pudo evitar un par de bostezos. Estaba a punto de sucumbir al cansancio.

Karen, a su vez, ahogó un bostezo.

—¿Y si tratáramos de dormir un poco? —sugirió—. ¿Qué os parece?

—¡De acuerdo!

* * *

Al despertarse, Puck experimentó la sensación de haber estado dormida sólo unos segundos. Sin embargo, había debido de transcurrir bastante tiempo, ya que le dolían todos los músculos de su cuerpo y sentía hormigueo de pies a cabeza. Además tenía frío. Trató de espabilarse y echó una ojeada a su alrededor.

¡Y entonces en un instante recuperó toda su lucidez!

¡Hans había desaparecido!

Inger le dirigió una mirada interrogante, en tanto Navío y Karen seguían durmiendo, con las cabezas apoyadas en sus bolsas.

Pero Hans no se veía por parte alguna.

Puck se levantó con presteza y sacudió a Karen, quien abrió sus límpidos ojos murmurando con voz llena de sueño:

—¡No me sacudas así, Puck!

—¡Despiértate! —dijo Puck casi sin aliento—. ¡Hans se ha escapado!

En una fracción de segundo las tres amigas estuvieron de pie, mirando a Puck.

—¡Debemos encontrarle! —dijo ésta—. ¡Mientras no le haya

sucedido nada!

Las cuatro chiquillas treparon por la escalerilla hacia la cubierta superior, y allí se separaron en dos grupos. Puck y Karen recorrieron el puente en un sentido, y Navío e Inger en el opuesto. Pero Hans no estaba en ningún sitio.

—¿Dónde puede haberse ocultado?

—Tal vez abajo, donde están los coches.

Bajaron los escalones de cuatro en cuatro.

La cubierta inferior estaba sombría y llena hasta los topes. A uno y otro lado, había hileras interminables de automóviles y en la parte central se alineaban los vagones del tren. Cada vez que el «ferry-boat» tropezaba con un bloque de hielo, todo el tren se estremecía; pero se hallaba sujeto por fuertes cadenas a cubierta.



Las cuatro amiguitas se dividieron de nuevo por parejas y prosiguieron su búsqueda con más ánimos que suerte. Puck sentía arder sus mejillas al pensar lo que hubiera podido pasarle al niño, del cual sus compañeras y ella —ella sobre todo— habían asumido la responsabilidad.

Repentinamente se reunieron para conferenciar. La inquietud de Puck aumentaba por momentos. ¿Qué había sido del niño?

De pronto, le vio.

Había subido a lo alto de un poste, al lado de los vagones. Inclinado, observaba a las gentes que se hallaban en cubierta y parecía divertirse mucho. Probablemente había visto a las muchachitas que le estaban buscando, pero no había creído

conveniente hacerles notar su presencia. ¡Jugar al escondite con sus compañeros de viaje, debía de divertirle mucho!

—¡Hans! —llamó Puck—. ¡Baja inmediatamente!

El niño rió jocosamente. Puck avanzó por entre los coches en dirección al poste; pero, antes de que hubiera conseguido llegar hasta allí, Hans había abandonado su puesto de observación y se había escondido.

—¡Hans! —llamó de nuevo Puck—. ¡Hans!

No se veía al niño en ninguna parte; y las jovencitas debieron buscarle a la buena de Dios por entre los pasajeros que no paraban atención a su inquietud, salvo cuando los empujaban.

Puck acababa de deslizarse por entre un grupo de muchachas que obstaculizaban el camino por el estrecho pasillo entre los coches, cuando vio a Hans desaparecer por la escalerilla que conducía al puente superior de cubierta. Inmediatamente se precipitó tras él y le persiguió a lo largo de los salones, hasta el momento en que, sin darse cuenta del peligro, trepó a la barandilla.

—¡Hans! —gritó Puck aterrorizada—. ¡No te muevas! ¡Cuidadooo!

La cubierta superior estaba casi desierta y, en todo caso, no había nadie en el lugar donde se hallaba Hans, ya que el temporal arreciaba y la permanencia allí era penosísima. Puck no podía hacer otra cosa, que correr con toda su alma por aquella resbaladiza cubierta, con la esperanza de que el niño no se soltaría de la baranda a la cual estaba asido.

Karen, Inger y Navío seguían a Puck de cerca. De pronto ésta resbaló y estuvo patinando sentada varios metros, antes de conseguir ponerse nuevamente en pie.

Se lastimó un poco, si bien no se rompió nada, y, continuando su carrera, ni siquiera se detuvo en lamentarse. Un solo pensamiento la dominaba. Atrapar a Hans lo antes posible.

Ya se hallaba a sólo unos cuantos pasos de la baranda cuando el niño tuvo la ocurrencia de bajar a la cubierta inferior. Pero en aquel momento el «ferry-boat» arremetió contra el hielo con horrible estruendo y el impacto hizo caer a los pasajeros al suelo.

Hans también perdió el equilibrio. Se deslizó y quedó suspendido de una barra a la cual se aferró desesperadamente.

La cubierta llena de vehículos estaba bajo él, a una espantosa distancia. Gritó como si estuvieran matándole. Puck, corriendo, le agarró con sus brazos para impedir que se cayera. Ignoraba si conseguiría sostenerle, pero ya sus amigas estaban cerca. Reuniendo sus fuerzas, entre las cuatro consiguieron pasar al aterrorizado niño, que gritaba a pleno pulmón, por encima de la baranda.

Puck estaba tan conmovida y enojada que sentía ganas de abofetear al pequeño fugitivo. Sin embargo, en esta ocasión se dominó.

—¡Hans! —exclamó severamente—. Si no hubiéramos conseguido sostenerte, te hubieses matado.

No estaba muy segura de que el niño la escuchara. Seguía gritando como un perrito al que estuvieran pisando la cola, y el miedo que acababa de pasar estremecía su cuerpecito de pies a cabeza. Las chiquillas le condujeron al salón, donde reinaba una tibia temperatura y donde sus gritos despertaron en los pasajeros una penosa atención.

Hans acabó por calmarse un poco y declaró acto seguido que tenía hambre. Navío se encaminó al bar y regresó poco después con bocadillos y limonada.

—¡Y ahora habrá que tener cuidado, ya que no somos millonarias! —dijo gravemente al darle las vituallas—. No podremos seguir alimentándote si continuas con un apetito tan insaciable.

Pero el brillo malicioso de sus pupilas demostraba que no había que tomar su amenaza demasiado en serio.

Hans comió alegremente, mientras Puck se recuperaba de su carrera y sus emociones. No obstante, adivinaba que no sería aquél el último contratiempo del viaje. ¡Y no se equivocaba! Tal vez de haber sabido todo lo que la esperaba, hubiera abandonado la partida en aquel mismo instante...

Transcurrió la mañana y aún varias horas de la tarde en tanto el «ferry-boat» se iba abriendo camino a través del agua helada de Storehabaelt. Un señor de avanzada edad, que se hallaba sentado al lado de las muchachitas, habló largamente de inviernos precedentes en los cuales se había visto tanto o más hielo que en aquél. En sus tiempos había circulado en trineo por Seeland. ¡Lo presente no era

nada en comparación!

Finalmente el litoral de Fynn apareció a su vista. El «ferry-boat» se fue acercando, lento pero seguro, a Nyborg.

El alivio fue general entre los pasajeros cuando el gran barco atracó en medio de trozos flotantes de hielo y mientras el temporal de viento aullaba a más y mejor. Las jovencitas tomaron su equipaje y avanzaron por la pasarela. Se trataba ahora de hallar plazas en el tren.

Hans se asía fuertemente a la mano de Puck. Su loca vivacidad le había abandonado, lo que hacía más fácil la tarea de su protectora.

—¿Llegaremos pronto a casa de mi mamá? —preguntó el niño.

—No —respondió Puck suspirando—. Por desdicha, aún falta mucho... Pero supongo que acabaremos por llegar un día u otro...

—¡Sí, esperémoslo así! —murmuró Karen, sonriendo.

—¡Tengo hambre! —dijo Hans

- III -

El viaje de Nyborg a Odense transcurrió casi normalmente, a pesar de que el temporal no dejó de acumular nieve en torno al tren. Las muchachitas sólo pudieron conseguir dos plazas en un compartimento de segunda clase. Dejaron una de ellas a Hans y ocuparon la otra por turnos.

El niño parecía presa de una extrema fatiga, lo que no era de extrañar después de la serie de emociones que habían caído sobre él durante el viaje.

—¿Por qué no tratas de dormir un poco? —propuso Puck, después de haberlo instalado en un rincón del compartimento.

—No —contestó el niño—. No quiero dormir. Quiero ir con mi mamá ahora mismo.

—Sí, irás. Pero ahora debes resignarte a esperar un poco, porque estamos aún lejos —dijo Puck—. Además ¿por qué tanta prisa en llegar junto a tu madre?

—¡Si no nos damos prisa mi papá me lo impedirá! —exclamó Hans.

Su respuesta asombró a la muchachita. No había querido hacerle demasiadas preguntas, pero se daba cuenta de que aquel curioso viaje con su tía estaba lleno de ciertas dificultades. Cuando, un poco después, se reunió en el pasillo con Inger y Navío, mientras Karen ocupaba su único asiento, al lado del niño, les dijo:

—Creo que he comprendido por qué Hans está tan inquieto y quiere llegar rápidamente a casa de su madre. ¡Teme que su padre trate de impedirlo!

—¡Ah! —exclamó Navío—. Esto es formidablemente palpitante.

Tal vez su tía le ha raptado...

—Es posible —comentó Puck.

—No, sería demasiado novelesco —objetó Inger, quien conservaba siempre una gran calma.

—Sin embargo, es curioso que afirme que su padre tratará de impedirle que llegue a casa de su madre. Y, además, pensándolo bien, también su tía parecía deseosa de enviarlo cuanto más lejos mejor. Ha preferido confiárnoslo a nosotras que hacerlo regresar a su lado. De estar en su lugar, yo os aseguro que jamás habría osado correr un riesgo semejante.

—Tienes razón, debe de haber algo raro detrás de esta historia —acabó por admitir Inger.

Había mucha gente en el tren. Incluso el pasillo estaba abarrotado. Puck echó una ojeada al interior del compartimiento. Karen se apresuró a darle a entender, por medio de señas, que finalmente el pequeño Hans se había quedado dormido. Con la cabecita apoyada en el hombro de la muchachita, el niño dormía profundamente, con la boquita entreabierta, lo que conferían una expresión ingenua a su carita redonda.



—A pesar de todo es encantador —dijo Puck—. Produce una curiosa impresión el ser responsable de un diablillo como éste...

Una joven señora que se hallaba a su lado les sonrió amablemente:

—¿Es vuestro hermanito? —preguntó.

—No —dijo Puck—. Pero lo han encomendado a nuestro

cuidado...

—¡Ah! Sois unas muchachitas muy juiciosas... ¿Vais lejos?

Puck miró a la joven quien —como ellas mismas— iba vestida con traje de esquiar. Parecía muy joven y muy simpática.

—Hasta el norte de Jutland —respondió Inger.

—Es un largo viaje, en especial con semejante tiempo —dijo la joven, quien a continuación interrogó—: ¿A qué colegio vais?

—Al pensionado de Egeborg.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! —dijo la joven—. Después de vacaciones, probablemente iré a trabajar a ese colegio...

Puck la miró. ¿Qué haría ella en Egeborg? Tal vez sería ayudante de alguien...

—¿Cómo qué? —preguntó abiertamente Navío.

La joven rió.

—Bien, pues, ¿no lo suponéis? Como profesor...

—¿Cómo prof...?

—... esor, ¡sí! ¿Por qué os asombráis tanto?

—Bah... Por nada.

—¿No me creéis capaz de enseñar alguna cosa?

Por vez primera Navío se quedó cortada. Enrojeció hasta las orejas, mientras la joven dama seguía riendo.

—Me llamo Ellen Brink y acabo de finalizar mi primer año de pedagogía en una escuela superior de Copenhague.

Las chiquillas se presentaron a su vez, dando sus verdaderos nombres y sus apodos. La señorita Brink les estrechó afectuosamente la mano. «Es verdaderamente encantadora», pensó Puck.

—Me siento muy contenta —prosiguió la joven ante la idea de trabajar en Egeborg en el próximo otoño. Me han dicho que el director, señor Frank, es un hombre notable.

—¡Es cierto! ¡Es formidable! —dijo Navío.

—¡Y la señora Frank es un ángel! ¡Todas estamos locas con ella!

—¡Todo esto me parece reconfortante! Quizá yo sea vuestra profesora de Historia.

—Nuestro profesor de Historia es «Frederick»..., quiero decir el señor Frederiksen —observó Puck.

—Sí, le conozco, pero tal vez no sepáis que le ha sido concedida

una beca para un viaje de estudios, y que seguramente, después de las vacaciones de verano, se irá a América del Sur.

—No, no... No sabíamos nada de eso.

—Seguramente os lo comunicarán pronto. ¡Y ésta ha sido la razón por la cual yo he podido solicitar ese puesto en Egeborg! Y me siento feliz por ello, aun cuando mi puesto de trabajo sea sólo por un curso.

La conversación se había animado tanto, que el viaje hasta Odense no se les hizo pesado. Las muchachitas encontraban extraordinariamente amable a la señorita Brink y se alegraban ante la perspectiva de tenerla como profesora, a pesar de que Navío, como comentó más tarde, la encontraba «demasiado joven».

Cuando el tren llegó a la estación de Odense, con enorme retraso, Hans se despertó y anunció, después de mirar a cuantos le rodeaban, que se estaba muriendo de hambre. Pero las muchachitas estaban llegando ya al término de sus provisiones, por lo cual decidieron ir a la cantina de la estación para tratar de comprar bocadillos.

—¿Cuánto tiempo se detiene el tren aquí? —preguntó Puck a un inspector.

—No se irá antes de media hora. La vía está bloqueada por la nieve y acaba de llegar un quitanieves. Así que tal vez tardemos aún más de media hora. En todo caso, no hay ninguna razón por la cual deban permanecer en los compartimientos. Puede bajar todo el mundo a estirar las piernas, a condición, claro está, de no salir de la estación, ya que desde fuera no oiríais los altavoces anunciando la partida del tren.

—¡Vamos, pues, al bar! —exclamó Puck, tomando a Hans de la mano.

—Volveremos a vernos dentro de un rato —dijo, sonriendo, la señorita Brink—. Yo me quedo aquí, ya que debo escribir unas cartas y seguramente el compartimiento quedará tranquilo.

Pasando por el subterráneo, las chiquillas se dirigieron a la cantina, que estaba llena de consumidores; pero consiguieron hallar una mesita libre, y los cinco comieron con buen apetito. Hans se comportaba dócilmente una vez tenía lleno el estómago. Mientras sorbían limonada y mordisqueaban apetitosos bocadillos, las cuatro

amiguitas estuvieron parloteando sin dejar de escuchar los altavoces que, a intervalos regulares, anunciaban la situación.

El quitanieves enviado a Odense debía, según las previsiones, comenzar por desbloquear un tren detenido por la nieve, pero tal tarea llevaba trazas de precisar más tiempo del calculado.

En todo caso, la hora de la salida iba siendo retardada una y otra vez. Al sur de Fynn el tren sin duda, había debido abandonar la lucha. Los montones de nieve eran tan altos que ocultaban casi las casas y los árboles, y los trenes para Fasborg y Svendborg no podían franquearlos. Los granjeros habían montado sus trineos para ir a recoger a los invitados que llegaban para las Navidades.

—¡Ay! ¡Si así están las cosas en Jutland, corremos el riesgo de tardar días y días en llegar a Kongsholm! O tal vez meses y años...

—Bueno, años, tal vez no. ¡Qué exagerada!

El altavoz anunciaba entonces la llegada del tren suplementario de Copenhague. Puck consultó su reloj.

—¡Hace más de hora y media que estamos aquí! ¿No sería mejor que regresáramos a nuestro compartimiento del tren?

Tornando a Hans de la mano, se encaminó hacia allá. El pequeño parecía del mejor de los humores, y Puck comprendió que lo más prudente era instalarlo de nuevo en su sitio en el tren, mientras se mostrara dócil.

No podía imaginar que las dificultades estaban acechándola de muy cerca. Salieron al andén por la gran puerta de cristal y descendieron por el pasaje subterráneo, por donde iban y venían innumerables viajeros. Puck estrechaba con fuerza la mano del niño para no perderlo en medio de la muchedumbre. Sus amigas la seguían de cerca.

De repente Puck oyó una voz gritar:

—¡Hans! ¡Hans!

Y vio a un señor que llegaba corriendo, Llevaba la cabeza descubierta y vestía un abrigo gris.

Puck se detuvo en el acto. El hombre intentaba abrirse paso a través de un grupo de estudiantes que llenaba el pasadizo. En el mismo instante Hans se soltó de la mano de la muchachita, dio media vuelta y corrió hacia el edificio de la estación.

Puck miró hacia donde Hans había desaparecido y, habiendo

dado a su vez media vuelta, se puso a correr detrás del niño, seguida por sus tres amigas que iban pisándole los talones. El señor desconocido también corría en la misma dirección. Pero Hans había conseguido una buena delantera.

Puck no tenía tiempo para preguntarse por qué razón Hans había huido tan bruscamente. Se trataba, ante todo, de alcanzarlo antes de que fuera demasiado tarde y lo perdieran. Ya sabía por experiencia que no se podía confiar demasiado en el sentido común del pequeño, que se dejaba llevar por impulsos imprevisibles.

El niño se eclipsó por un instante a sus ojos y Puck dio varias vueltas a la gran sala de espera, buscando al pequeño fugitivo por todas partes.

A través de las ventanas le vio correr por las calles. Avanzaba a lo largo de la acera y súbitamente cruzó la calzada, precisamente en el momento en que un taxi salía de la estación. El chófer tocó el claxon y frenó tan violentamente que el coche derrapó varios metros y estuvo a punto de chocar con otro coche aparcado frente a la estación.

Mientras tanto, Hans continuaba su carrera en dirección al parque situado frente a la estación. Parecía totalmente ajeno al accidente que había estado a punto de sufrir.

Puck corrió más rápidamente todavía, pero tres coches que llegaban a la estación en aquel instante la forzaron a entrar de nuevo en el edificio. Al mismo instante, vio acercarse al señor del abrigo gris. Habiendo dado una ojeada a su alrededor, pasó como un rayo por entre los coches y penetró en el parque.

—¿Quién crees tú que será este señor? —preguntó Inger—. Tal vez sea el padre de Hans, ¿no?

—Es posible. Pero ¿cómo saberlo?

—¿Y qué hacemos ahora?

Puck se mordió el labio inferior.

—Quizá sea mejor que dejemos que el padre del niño se ocupe de él —propuso Karen.

Puck sacudió la cabeza.

—Nada de eso —respondió—. Hemos prometido a la tía de Hans conducir al niño a Kongsholm, a casa de su madre, y debemos mantener la promesa. Nadie nos ha hablado del padre y puesto que,

además, Hans no quiere ir con él —y suponiendo que «ese hombre» sea su padre, cosa que ignoramos—, me parece que no podemos hacer otra cosa que ayudar a ese crío a escapar y ocuparnos de él hasta el final del viaje. ¿Estáis de acuerdo, chicas?

—Tienes razón. Pero ¿dónde está?

Veía aún al hombre del abrigo gris correr a lo ancho y a lo largo del parque.

Hans parecía haber desaparecido de la faz de la tierra.

Muy felizmente, había dejado de nevar, pero el vendaval levantaba nubes de polvo helado, de nieve seca, que cubría casas y calles.

—Venid, debemos averiguar qué ha sido de Hans —dijo Puck.

Los automóviles estacionados ante la puerta habían desaparecido. El camino estaba despejado. Las muchachas entraron en el parque y, aprovechando su experiencia en el «ferry-boat», formaron dos equipos para correr en persecución del fugitivo, poniendo al mismo tiempo especial cuidado en no ser vistas por el hombre del abrigo gris.

Puck y Navío llegaron junto a un edificio rojo que se levantaba en uno de los extremos del parque. Se detuvieron ante una puerta de servicio y echaron una mirada a su alrededor.

—Apuesto a que ni tan sólo está en el parque —dijo Puck—. Le hubiéramos visto...

—Pero entonces, ¿dónde está?

—Tal vez se ha ido hacia el centro de la ciudad. ¡Cuidado! El hombre se está acercando...



El señor del abrigo gris, que se dirigía hacia la ciudad, pasó ante las chiquillas sin verlas. Cuando hubo desaparecido, Puck dijo:

—Veo que Inger y Karen han tomado el partido de seguir a este hombre, lo que no es mala idea, ya que de este modo no podrá atrapar a Hans sin que lo sepamos.

—¿Qué hacemos mientras tanto tú y yo? —preguntó Navío.

—Debemos tratar de encontrar al niño. ¡Apuesto cualquier cosa a que está por los alrededores!

—Sí; pero tú has dicho...

—He dicho que no estaba en el parque, pero supongo que un crío a quien alguien quiere atrapar no trata de huir muy lejos; más bien busca un escondite.

—¿Dónde? —interrogó Navío, echando una mirada por allí.

—Demos la vuelta a este edificio. Tal vez haya alguna escalera donde Hans se haya escondido.

Dicho y hecho. Al contornear el primer edificio, las dos amiguitas vieron un trozo de jersey desaparecer por la escalera que conducía al sótano.

—¡Helo aquí! Ven...

Corrieron hacia la escalera, pero ya no vieron a nadie.

Puck apoyó una mano en la barandilla de hierro y bajó velozmente hacia los sótanos. Una vez allí empujó con fuerza la puerta, que acabó por abrirse. Navío la seguía. Un fuerte olor a carbón les inundó el olfato.

—¿En qué clase de edificio nos encontramos? —preguntó Navío.

—No tengo la menor idea, pero se diría que es un museo o cualquier cosa por el estilo. Vayamos más adentro.

Los sótanos eran sombríos y siniestros, pero las chiquillas continuaron avanzando valerosamente, llamando en voz suave de vez en cuando:

—¡Hans! Hans...

Nadie respondía. El silencio reinaba por doquier. Llegaron a una segunda puerta y la abrieron. Atravesaron a continuación otras piezas y corredores, y fueron a parar a una escalera que conducía a la planta baja.

Aquella dependencia fue inspeccionada cuidadosamente por las dos amiguitas, sin dejar un solo rincón por mirar, y luego subieron

al primer piso. Allí se hallaron ante otra puerta y, al abrirla, escucharon voces que parecían proceder de una gran sala.

—No, no, no... ¡No hay que acercarse a la ventana!

—Sí, pero...

—¡Hagan lo que les digo! Después ya se volverán y le mirarán. ¡Así!

Puck y Navío se miraron con aire interrogante. ¿Qué estaba ocurriendo? Las voces parecían estar tan excitadas, casi coléricas... Procedían de una pieza que se hallaba al otro lado de una puerta, al extremo del corredor al que las dos amigas acababan de llegar. Estaba todo oscuro, pero Puck encontró un interruptor y alumbró una bombilla soñolienta. Había puertas por todas partes. La muchachita trató de abrir algunas, pero fue en vano: estaban cerradas con llave.

Pero la puerta del otro extremo del corredor estaba abierta y, franqueando el umbral, las dos chiquillas se encontraron en una gran sala oscura.

—¿Dónde estamos, pues? —preguntó Navío.

Permanecieron un minuto inmóviles para habituar sus ojos a la oscuridad. Entonces entrevieron una débil luz ante sí y se acercaron hacia ella. Ya no se oían voces, pero alguien había cerrado una puerta con energía. Después, otra puerta se abrió y las dos compañeras corrieron a esconderse detrás de unas cajas colocadas junto a la pared. La habitación se inundó de luz y se escucharon algunos pasos.

—¡Es Hans! —murmuró Puck—. ¡Ya le tenemos!

Apenas se atrevían a respirar por temor de despertar la desconfianza del niño. Los pasos se acercaban más cada vez. En el momento en que llegaban ante las cajas, Puck hizo un signo a Navío y ambas salieron a la vez de su escondite.

Escucharon un grito estridente, que pronto se convirtió en llanto.

—¡Dios mío! —exclamó Puck.

—Pero si es...

Las dos muchachitas abrieron los ojos como platos.

Delante de ellas se hallaba una pequeña silueta en pantalón gris y chaquetita colorada, con un gorrito, también colorado sobre una

cabecita de rubios bucles.

—¡Un enanito! —dijo Puck.

Se arrodilló delante de la niñita disfrazada de gnomo, la cual mantenía sus puños apretados contra los ojos y gritaba de miedo.

¡Te hemos asustado, enanito! —dijo con dulzura Puck—. Debes perdonarnos. En modo alguno queríamos hacerte daño...

La niñita sorbió su llantina y se atrevió a echar una ojeada a Puck.

—¿De dónde venís? —preguntó.

—Estamos buscando a un niño que se ha perdido —respondió Puck—. Y te hemos confundido con él al oír que tus pasitos se acercaban. ¡No sabíamos que hubiera enanitos en Odense! Y, sin embargo, es natural que así sea, puesto que Odense es la ciudad de Andersen...

—¿A qué estáis jugando? —preguntó Navío—. ¿Hay una fiesta?

—¿Una fiesta?

En aquel instante, alguien encendió otras luces en el gran salón y las dos muchachas reconocieron la misma voz excitada de antes:

—¡Vamos, vamos! ¿Dónde están los enanitos? ¡Entrad, rápido...!

Puck y Navío miraron a su alrededor, asombradas.

—¡Es un teatro! —exclamó Navío.

—Claro que es un teatro —dijo el rubio gnomo—. Estamos representando «Navidad en casa del comerciante».

Puck y Navío no pudieron retener su sonrisa. ¿En qué lío se habían metido? Entonces se abrió la puerta y entró un hombre en mangas de camisa.

—¡Brigitte! A su sitio, rápido —gritó, y el enanito corrió a escena.

El hombre miró fijamente a las dos intrusas.

—¿De dónde salís vosotras dos? —preguntó malhumorado.

Las muchachitas se pusieron en pie. Decididamente la situación no era cómoda.

—Nosotras... Verá...

—¡Fuera de aquí ahora mismo! —fulminó el hombre—. ¡Estáis entorpeciendo la representación! Fueraaa...

Y tomando a Puck por un hombro la empujó en dirección a la salida.

—Es que, oiga... —trató de explicar Puck—. Estamos buscando a un niño y...

—¡Nada de excusas! —gritó el hombre—. No tenemos tiempo de ocuparnos de un público que no ha sido invitado... ¿Queréis marcharos de una maldita vez?

* * *

¡Estaba en un buen embrollo!

El viento soplaba con fuerza alrededor del edificio y el frío era intensísimo. Puck se estremecía y pateaba para desentumecerse los pies, frente a la escalinata de la entrada al teatro.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —exclamó—. Sin duda Hans se oculta dentro, y es preciso que le encontremos.

—¿Y el tren?

—¡Repámanos! ¡El tren! Lo perderemos si no regresamos en seguida a la estación.

—¡Y tenemos el equipaje en el compartimiento!

Se contemplaron gravemente unos instante, sin saber qué decidir. Finalmente Puck dijo:

—Una de nosotras debe regresar al tren, a fin de que no perdamos las maletas en caso de que se vaya... La otra deberá arreglárselas para atrapar a Hans, sea como sea.

—Buena idea. Pero ¿quién se quedará?

—Decídelo tú.

—Yo iré por el equipaje —dijo Navío—. Y luego permaneceré en la estación vigilando. Después de todo, tú eres más responsable que ninguna de la seguridad de Hans, puesto que eres la única que sabes hacerle obedecer. Me voy... Hasta luego.

Navío cruzó corriendo el parque y penetró en la estación, en tanto Puck se quedaba reflexionando.

Penetrar de nuevo en el teatro era demasiado arriesgado. Después de que las habían echado con tanta firmeza, no conseguiría ella entrar por segunda vez. ¡Y si lo conseguía, ni la recibirían precisamente con los brazos abiertos! Por otro lado, Hans estaba allí, indudablemente, puesto que ella le había visto desaparecer por

la puerta de los sótanos y, según creía, existía sólo otra puerta, aquélla por la cual la habían echado fuera. Su única ventaja consistía ahora en conocer el lugar.

Puck caminó con prudencia hacia las escaleras del sótano, bajó los peldaños de puntillas y atravesó las primeras piezas subterráneas, tratando de adivinar dónde podía haberse ocultado Hans.

A lo lejos se oía el diálogo de la representación que tenía lugar en el escenario, y el hecho de saber que el director de escena estaba absorto en la obra la tranquilizó un poco.

De pronto vio algo moverse debajo de una enorme mesa cubierta por un tapiz verde que llegaba hasta el suelo. Se hallaba entonces en una habitación cuyas paredes estaban cubiertas de cuadros, probablemente el lugar de descanso de los actores.

Puck se acercó a la mesa silenciosamente y levantó el tapete.

En el mismo instante Hans cruzó ante ella corriendo como una flecha en dirección a la puerta.

—¡Hans! —gritó Puck—. ¡Ven aquí!

Pero Hans no la escuchaba. Abrió la puerta y emprendió de nuevo la huida, seguido por Puck, que olvidó toda prudencia, absorta en su deseo de poner la mano sobre el niño.

La persecución prosiguió a través de varias estancias, Hans corría rápidamente, y en repetidas ocasiones Puck estuvo a punto de perderlo de vista. Al fin, después de haber vuelto a subir la escalera del sótano y recorrido varios pasillos, Hans, seguido de cerca por Puck, se precipitó hacia una puerta de hierro, que le costó un poco de abrir, y... ¡se halló en el escenario! Allí permaneció mudo, inmóvil, asustado, sin saber qué hacer ni a dónde ir.

Ante el niño se extendía la gran sala y detrás los decorados de «Navidad en casa del Comerciante», con paredes bamboleantes y ventanas abiertas a una noche estrellada.

Unos cuantos gnomos se hallaban sentados en medio de aquel decorado que representaba un patio.

Una voz gritó:

—¿Qué es esto? ¡Aparten de aquí a ese entrometido!

Puck se había detenido junto a la puerta de hierro y, comprendiendo lo qué sucedía, estaba contemplando a Hans, quien,

totalmente desamparado, paseaba la mirada de sus grandes ojitos de niño con aire desolado. Puck no pudo contener una sonrisa. ¡La situación era tan cómica, después de todo!

Desde su sitio, en primera fila de butacas, el director de escena gritaba:

—¡Que se vaya ese niño! ¡Pónganle en la calle! Primero fueron dos chiquillas, y ahora ese pequeño... ¡Maldita sea! Fueraaaa...

Un maquinista entró en escena y agarró a Hans por el hombro, pero el niño se contorsionó como un gusanillo para liberarse.

—¡Déjeme, déjeme! —gritó—. No quiero que me toque...

—¡Tienes que salir de aquí, quieras o no! —dijo el hombre, arrastrando al pequeño travieso hacia la puerta de hierro, donde Puck se encontraba dispuesta a ponerle a su vez la mano encima.

—¿Es tu hermanito? —preguntó el hombre—. ¡Ya estáis largándoos los dos rápidamente!

—Sí, sí; ya nos vamos —dijo Puck.

La muchachita tomó a Hans por la mano y lo llevó hacia fuera. Detrás de ellos la puerta se cerró con violencia, mientras se escuchaba aún la voz airada del director:

—Jamás vi nada semejante... ¡Que cierren la puerta con llave! ¿Me oyen?

—¿Puede saberse por qué has huido de nosotras? —preguntó Puck sacudiendo a Hans—. ¡Nos has causado grandes problemas!

Hans, entonces, se echó a llorar. Los sollozos le atenazaban la garganta, impidiéndole hablar, y Puck comprendió que era inútil pretender obtener de él una explicación razonable. Después de pasar una vez más por salas y corredores, salieron al exterior. Allí Puck se detuvo y suspiró con alivio

—¡Buf! Qué embrollo —dijo, sin poder evitar una sonrisa—... Ya sabía que contigo las pasaríamos verdes y maduras, pero nunca supuse que iríamos al teatro... ¡Ni que capturaríamos enanitos!

Aquella sería, sin duda, una de las mejores aventuras del «Trébol de Cuatro Hojas».

Los sollozos de Hans se fueron calmando. El niño apretaba con fuerza la mano de Puck y dijo, gimoteando:

—¡Quiero ir con mi mamá! Ahora mismo...

—Sí, precisamente eso es lo que vamos a hacer —respondió

Puck—. Con tu mamá te dejaremos, si no vuelves a crearnos problemas...

—¡Yo no quiero volver con papá! —dijo Hans—. Es con mi mamá que quiero ir...

—¿Aquel señor que te llamaba era tu padre?

Hans asintió con la cabecita.

—¿Y por qué no quieres ir con él?

—Porque él no quiere dejarme ir a ver a mi mamá. Tía Ingeborg me había prometido llevarme a pasar las Navidades con mi mamá. Por lo tanto, yo no quiero que mi papá me encuentre ahora. ¡No quiero, no quiero!

Puck miró al niño y se sintió conmovida. ¡Allí había un pequeño ser, casi un bebé todavía, víctima de la desavenencia de sus padres, a quienes sin duda alguna desearía ver juntos y en armonía! Pero padre y madre se disputaron su tutela, y el resultado era aquella situación que no podía acarrear al niño otra cosa que males.

—¿Quieres ayudarme a llegar a casa de mi mamá? ¿Quieres? —preguntó ansiosamente Hans con los ojitos húmedos alzados hacia Puck.

Ésta se sintió muy perpleja. ¿Estaba en su derecho de asumir la responsabilidad, como estaba haciendo, de ocultar el hijo al padre para llevarlo a la madre? Una sola cosa estaba clara: ella había prometido a la tía del pequeño ocuparse de él y llevarlo a Kongsholm sano y salvo.

—Te ayudaré —prometió con firme acento—. ¡Pasarás las fiestas de Navidad con tu madre!

Sintió la manita del niño apretar con fuerza la suya y, a su vez, los ojos de Puck se humedecieron. Sin embargo se sentía apesadumbrada por la enorme responsabilidad que pesaba sobre sus hombros.

—Debemos regresar a la estación —dijo.

—Sí, pero allí papá me verá y me obligará a volver a Copenhague.

—No, ya verás como no. Yo te ayudaré.

Y empezaron a caminar a través del parque.

Entonces Puck vio a Inger y a Karen dirigirse también a la

estación. Las llamó y al verla, las dos muchachas corrieron a su encuentro.

—¡Vaya por Dios! Aquí está ese chiquillo travieso —dijo Karen—. ¡Lo hemos estado buscando por todas partes! Puede decirse que conocemos bien Odense ahora...

—¿Y habéis encontrado a Andersen? —interrogó Puck, riendo.

—No, pero hemos estado a punto de toparnos con el señor de abrigo gris. Al darse él cuenta de que no podía dar con Hans, se puso a seguimos a nosotras.

—¿Os ha seguido?

—Sí. Hemos corrido por calles y callejas, y finalmente nos hemos escondido en una puerta cochera, desde donde hemos visto al hombre pasar jadeando. Sin duda pensaba que, si nos atrapaba a nosotras, conseguiría dar con Hans. ¡No ha sido agradable, puedes creerlo!

—¿Y dónde está ahora?

—No tenemos la menor idea. Suponemos que sigue corriendo por las calles de la ciudad como un loco —dijo Karen—. Y ¿tú dónde has encontrado a ese pequeño granuja?

—¡Es una larga historia! Ya os la contaré en el tren, si no lo hemos perdido...

—¿Dónde está Navío?

—Regresó a la estación para vigilar el equipaje. ¡No sería divertido que el tren se fuese con nuestras maletas!

Habían llegado al umbral de la estación y cruzaban ya el vestíbulo. Un empleado ferroviario pasaba en aquel instante y Puck le pidió noticias del tren.

—Saldrá dentro de un instante —dijo—. Ya han despejado la línea. Será mejor que os deis prisa.

Las muchachitas echaron a correr y bajaron de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera que conducía al andén. Puck aferraba fuerte la mano de Hans, sin soltarla un solo instante.

—¿Ya nos vamos? —preguntó el niño corriendo a su lado, tan rápidamente como le permitían sus cortas piernecitas.

—Sí, eso espero —dijo Puck.

Subían la escalerilla del tren, cuando vieron a Navío que les esperaba en el pasillo con los equipajes de todas preparados, pero al

mismo tiempo vieron a alguien cuya presencia no les agradó tanto.

El padre de Hans subía también las escaleras de otro compartimiento.

Puck se detuvo.

Las demás la miraron con sorpresa.

—¡Chist! —dijo Puck, colocándose el índice sobre los labios—. ¡Cuidado!

Y comenzó a descender de espaldas, con la esperanza de hallar en el andén un lugar donde esconderse, sin soltar a Hans de la mano. Y todo hubiera salido bien si el niño hubiese obedecido.

Pero se puso a protestar:

—¡No me hagas bajar! ¡No quiero, no quiero...!

—Cállate, Hans —murmuró Puck—. Haz lo que te digo.

—¡No! —gritó Hans—. ¡Boba, más que...!

No osó repetir su insulto, acordándose sin duda de la bofetada que le había dado Puck, pero su voz era tan fuerte que sin duda se oiría desde lejos. Su padre, que acababa de llegar al último peldaño de la escalera, se detuvo y miró a su alrededor. En el mismo instante, Puck consiguió arrastrar a Hans y volviendo sobre sus pasos, corrió de nuevo por el andén hasta esconderse detrás de una pared. Puso entonces una mano sobre la boca del niño, impidiéndole hablar.

Un maletero cargado de bultos pasó por delante y ocultó a los fugitivos, en el momento mismo en que el padre de Hans, habiendo descendido también de nuevo al andén, pasaba por allí, echando escrutadoras miradas a un lado y a otro.

El pobre señor, convencido de que las muchachitas y Hans habían regresado a la entrada de la estación, se perdió en dirección hacia allá.

Apenas perdido de vista, Puck regresó al lugar donde habían quedado sus amigos.

—¡Buf! Por poco...

—Sí, pero puede regresar de un momento a otro. Escuchadme...

—¿Qué debemos hacer?

—Vosotras id a sentaros en aquel banco, procurando mostraros naturales y sin mirar para nada al tren.

—Y ¿el equipaje?

—Guardadlo con vosotras. Es mejor no tenerlo en el tren por el momento...

—¿Qué harás tú entretanto?

—Trataré de ir al otro lado del andén. Aunque tenga que atravesar la vía para ello.

—¡Está prohibido! —objetó Inger.

—¡Miradle! —murmuró Karen—. Escondeos...

Puck, asiendo en todo instante la manita de su protegido, partió como una flecha.

El padre de Hans había comprobado que los fugitivos no estaban en el vestíbulo e intuyó lo que estaban tramando. Por lo tanto regresó al andén mientras Puck miraba el lugar más conveniente para atravesar los raíles e ir al otro lado del tren. Pero, precisamente en el momento en que ya iba a cruzar, un ferroviario la agarró por el brazo y le gritó en tono furioso:

—¡Alto! ¿A dónde vais?

La sacudió un poco y luego la dejó libre.

—¡Hay peligro de muerte! —le oyó gritar Puck, en el momento en que ella, en un último intento desesperado, subía al tren.

Fue justo a tiempo.

El padre de Hans estaba pisándole los talones. A su vez, el hombre subió al tren. Puck y Hans trataron de abrirse paso en medio de pasajeros y maletas, en dirección hacia dentro. Repetidas veces los fugitivos consiguieron así perderse de vista, cuando pasaron por delante del compartimento donde habían estado instalados antes, la señorita Brink les vio y gritó alegremente:

—¡Hola! Por fin estáis aquí...

Puck murmuró algunas palabras ininteligibles y prosiguió con grandes prisas su camino. Al volverse, vio al padre de Hans agitar un brazo, tratando de abrirse camino entre los viajeros, por el estrecho pasillo.

Las tres amigas, en el andén, se estaban preguntando qué ocurría. Inger acabó por decir:

—¿No os parece que sería mejor que también nosotras subiéramos al tren? No deberíamos estar separadas...

—¡Jamás en la vida! —dijo Karen—. Puck nos ha rogado permanecer aquí y esperarla. Con seguridad tiene un plan.

—Sí, seguramente —dijo Navío, quien añadió—. ¡Ah! Es formidablemente palpitante.

Pasaban los minutos y ningún acontecimiento se producía. Y entonces sonó la señal de partida.

Con gran inquietud, Inger vio cómo el tren empezaba a moverse.

En el andén, muchas personas agitaban las manos y gritaban despedidas, pasando sin cesar por delante de las tres muchachitas, quienes, con el equipaje en la mano, miraban cómo los vagones pasaban ante su vista, alejándose cada vez más rápido.

—¡Allí está el hombre! —gritó de pronto Inger.

Por una ventanilla, vieron al padre de Hans que agitaba los brazos y hablaba solo. Parecía muy enervado.

—Le cuesta avanzar por entre las gentes —dijo Navío,

—Sí, pero eso no le servirá de gran cosa a Puck, ya que ella y Hans están en el mismo tren —suspiró Karen—. Y no es posible huir de un tren en marcha.

Pero, cuando el último vagón hubo abandonado el andén, una amplia sonrisa iluminó el rostro de Navío.

—¡Formidable, bien hecho! —gritó.

—¿El qué? —preguntó Inger.

Navío tendió el índice.

Puck y Hans estaban de pie al otro lado de la vía que el tren acababa de abandonar.

- IV -

Pero ¡cómo...!

—¡Cielo Santo!

—¡Increíble!



Las tres muchachitas estaban pasmadas de asombro. Puck estaba allí, teniendo aferrado de la mano a Hans y sonriéndole maliciosamente.

—¡Hola! —gritó ella y cruzó una vez más la vía para ir al otro lado del andén.

Pero, por segunda vez, se sintió atrapada por un hombre. Era el empleado ferroviario que, poco antes, le había prohibido cruzar los raíles.

—¡Acabo de decirte que no hay que pasar por aquí! Ten cuidado de que yo no me enoje y...

Jamás nadie supo qué había querido decir a continuación el buen hombre; él se contentó con murmurar gruñidos ininteligibles.

Puck dijo:

—Le pido disculpas... Sé que es imprudente cruzar así las vías.

—Está bien, está bien —respondió el hombre, un tanto calmado ante la actitud apenada de la chiquilla.

—¡Este hombre es bob...! —comenzó Hans.

—¡Cállate! —ordenó Puck, tirándole del brazo—. Ven... Se reunieron con las tres chiquillas que les aguardaban mudas de estupor.

—¡Nunca en mi vida he visto una frescura semejante a la tuya, Puck! —exclamó Navío—. ¿Quisieras ahora explicárnoslo todo desde el principio?

—¡Bah! Lo único que hemos hecho ha sido descender por el otro lado del tren. El padre de Hans no había supuesto tal eventualidad, así que supongo que seguirá buscándonos dentro.

—¡Es mi papá! —exclamó Hans, encantado—. Pero no quiero ir con él ahora, porque quiero ir a ver a mi mamá.

—Sí, iremos a ver a tu mamá —dijo Puck—. Pero por el momento debemos tratar de averiguar cuándo sale el próximo tren.

Volvieron al vestíbulo de la estación para informarse. Felizmente, el siguiente tren para Jylland salía media hora después. Colocaron su equipaje y se instalaron en un compartimiento. Hans, como es natural, reclamaba comida, pero en esta ocasión las chiquillas le rogaron seriamente que tratara de mostrarse razonable. Navío le había comprado algunas revistas ilustradas, e Inger le dio la mitad de una tableta de chocolate con leche. Así se calmó por algún tiempo, en tanto el tren rodaba hacia Lillebaelt y Jylland.

Entonces Puck pudo dedicarse a contar lo que les había sucedido en el teatro de Odense, y a continuación relató su «palpitante» huida de los últimos momentos. Había tenido la idea repentina de que el padre de Hans no pensaría en la posibilidad de que ella y el niño descendieran del tren en los últimos instantes, por el lado opuesto, y así era como habían conseguido escapar.

—Pero, como de todos modos es él quien va delante en este viaje, caeremos en sus manos en Fedricia. Y entonces, ¿qué?

—¡Sí, tienes razón! —exclamó Karen.

—Esto es formidablemente palpitante —fue el único comentario de Navío.

Sentada en el compartimiento, Inger vigilaba a Hans, quien se sentía satisfecho, mordisqueando el chocolate y mirando los dibujos de las revistas. El temperamento tranquilo y calmoso de Inger influía favorablemente en él. Luego, la chiquilla le estuvo contando cuentos infantiles y el pequeño Hans se hallaba en el mejor de los mundos.

—Bien, ¿qué haremos pues? —murmuró Karen con una mueca —. Sería bastante tonto ser atrapadas justamente al final del viaje.

—¿No podríamos ocultar a Hans en alguna parte? —preguntó Navío.

Las muchachitas hablaban en voz baja por temor a ser oídas por sus compañeros de viaje, quienes no podrían comprender lo que estaba ocurriendo.

—No hay que pensar en disfrazarle porque no tenemos vestidos apropiados y además el padre de Hans nos ha visto a nosotras y nos reconocería en seguida.

—¿Y si descendiéramos una estación antes de Fedricia? —propuso Karen.

—No, es imposible. No se detiene antes. Y aunque así fuera, tampoco tenemos dinero para alquilar un coche. Y, aunque lo tuviéramos, las carreteras deben de estar obstruidas por la nieve.

—¿Qué hacer, pues?

—No tengo la menor idea. Pero debemos reflexionar... Estuvieron calladas y pensativas un buen rato, hasta que súbitamente Karen dijo:

—Tal vez el padre de Hans esté esperándonos en Middelfart, y no en Fedricia...

—Sí, tienes razón. Pero esto complica todavía más las cosas...

—La cuestión principal está en saber cómo evitar ser descubiertas antes de que Hans haya conseguido abrazar a su madre.

—Podríamos solicitar permiso para viajar encerradas en el vagón correo.

—¡Imposible!

—¿Y si nos encerrásemos con llave en los lavabos?

—¡Demasiado rebuscado!

—Entonces, ¿qué?

—Lo más complicado es que Hans no sabe estarse callado. Si pudiéramos estar seguras de que mantendrá la boca cerrada cuando sea preciso, podríamos ocultarnos en cualquier parte del tren.

—No podemos confiar en ello. Como todos los niños mimados, Hans no atiende jamás a razones.

—Bien, admitamos que su padre nos atrapa. ¿Qué puede ocurrir entonces?

—Nada, sólo que no habríamos cumplido la promesa de conducirlo hasta casa de su madre, y hay que cumplir siempre lo que se promete —dijo Puck.

Cuando el tren entró en la estación de Middelfart, las muchachitas se mantuvieron alejadas de las puertas. Puck, apartando una cortina, inspeccionaba a las gentes que había en el andén. Y dijo repentinamente:

—¡Allí está!

—¿Dónde?

—En el andén. Espera el tren.

—¿Qué debemos hacer?

—Tengo una idea... ¡Ah, qué tonta soy de no haber pensado en ello! Tomad las maletas y avanzad cuanto podáis. Después esperadme.

Sus amigas se apresuraron a obedecerla, tomando al niño de la mano para llevarlo consigo.

—¡No quiero! —gritó Hans—. Yo quiero ir con mi mamá.

—¡Cállate! —dijo Navío—. Precisamente hacemos todo esto para que puedas ver a tu madre.

El tren se detuvo y los viajeros empezaron a bajar. Como en todas las demás estaciones, el andén estaba abarrotado de gente, lo que era una suerte para las chiquillas. En cuanto Puck hubo comprobado que el padre de Hans había subido al tren, ella empezó a correr a toda velocidad para reunirse con sus amiguitas, que la esperaban al otro lado del andén.

—Todo va bien —dijo—. Vamos...

—¡Pero yo quiero ir con mi mamá! —gimió Hans.

—Haz lo que te decimos —ordenó Puck, enojada.

Y miró al niño de modo tan severo que él bajó la cabeza. Su respeto por Puck permanecía intacto.

Una vez en el andén, Puck dijo:

—Ocultémonos tras aquel muro...

Los cinco chiquillos se pusieron a correr hacia el muro, desde donde estuvieron observando el vaivén incesante de pasajeros, mientras taconeaban el suelo con fuerza para luchar contra el frío. Vieron cómo el tren rugía, se agitaba y empezaba a marcharse. ¡Una vez más perdían su tren! Pero ¿qué otra cosa podían hacer? Era absolutamente preciso conseguir que Hans llegara a casa de su madre...

—¿Qué ocurrirá cuando el señor vea que no estamos en el tren? —preguntó Karen.

—Nos veremos obligadas a hacer lo mismo en la estación de Fedricia —suspiró Navío.

—¡No, no! —exclamó afanosamente Puck—. ¿No comprendes que al haber inspeccionado el tren sin encontrarnos, creerá que nos quedamos en Odense y regresará allá tan rápido como le sea posible?

—¡Sería demasiado hermoso para ser cierto! —dijo Navío.

—Tal vez tengas razón, pero es lo único que nos cabe esperar —dijo Puck, encogiéndose de hombros—. Ahora debemos aguardar el próximo tren que vaya hacia el norte.

Aquella vez tuvieron menos suerte. El tren siguiente no pasaría por Middelfart hasta al cabo de una hora. Entraron, pues, en una cafetería y pidieron té y pastas, para pasar el tiempo y tener derecho a disfrutar de un lugar caliente.

Fatigado y bastante descorazonado, el pequeño grupo montó al fin en otro tren rumbo al norte. El compartimiento estaba frío y sólo había tres plazas libres, pero los cinco se apretaron bien y, mohínos y deprimidos, apenas hablaron durante el trayecto.

La cabeza de Karen oscilaba de cansancio y Puck hallaba grandes dificultades en mantener los ojos abiertos.

Hans tuvo la sensatez de dormirse en el acto.

Cruzaron el puente de Lillebaelt; pero, habiendo caído la noche, no pudieron disfrutar de la panorámica. La atmósfera moral del compartimiento era gris y triste. También los demás viajeros parecían tan fatigados como los chiquillos. ¡Dos hombres gordos, sentados cerca de la portezuela, roncaban tan ruidosamente que

hacían vibrar los cristales!

En Fedricia, Puck inspeccionó con cuidado a todos los que subían al tren, pero no vio al padre de Hans. Las muchachitas y su pequeño protegido podían continuar viaje a través del Jylland en una relativa calma. Puck estaba persuadida de que su plan había tenido éxito y de que el señor del abrigo gris había emprendido el regreso hacia Odense.

Hans seguía dormido tranquilamente. ¡Su carita tenía una expresión angelical... y además dejaba tranquilas a sus compañeritas de viaje!

Puck se estaba preguntando si aún les reservaba aquel viaje alguna otra sorpresa. Por todas partes una espesa capa de nieve lo envolvía todo. La tempestad seguía arreciando de firme. Muchas dificultades podían pues presentarse aún, antes de su llegada a destino.

La muchachita sentía pesarle cada vez más la cabeza y deseaba de todo corazón que el viaje concluyese de una vez. Necesitaba meterse en una buena cama, cerrar los ojos y dormir, dormir, dormir... ¿Cómo era posible que algunos niños se resistieran a ir a la cama? Con lo maravilloso que resultaba estirarse entre sábanas y suspirar: «¡Aaaah!». Pero por el momento no había de qué suspirar «ah». Tenía ante sí aún un largo trayecto en perspectiva, sin contar con la pesada responsabilidad que representaba el pequeño Hans, quien...

Se irguió y se volvió para mirar al pequeño.

¡Si! En efecto, Hans ya no llevaba puestos los mitones. ¡Cielos y tierras!

La sangre arreboló las mejillas de Puck. La desaparición de los mitones de Hans no era grave en sí, pero se habían quedado olvidados en el tren que habían abandonado en Middelfart, el padre de Hans podía muy bien verlos y comprender que los fugitivos no se hallaban en Odense. El hábil plan de Puck sería así descubierto... Y, naturalmente, el buen señor descubriría los mitones. ¡Siempre ocurrían así las cosas! Eran unos mitones verdes, tricotados a mano, y con una elegante «H» bordada encima.

¡El padre los reconocería en cuanto pusiera los ojos en ellos y sacaría las deducciones pertinentes!

Entretanto el tren seguía su marcha entre la nieve. De vez en cuando quedaba bloqueado por ella. Entonces todo el mundo se ponía a hablar y a discutir las posibles razones de las numerosas paradas. Pero el tren volvía a ponerse al cabo en marcha y, aun cuando avanzara a paso de tortuga, se iba abriendo camino hacia el norte.

Las muchachitas se turnaban para sentarse y, cada vez que una de ellas estaba en el asiento, se quedaba dormida en el acto.

Muy avanzada la noche, un revisor entró en el compartimento, con una linterna en la mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de los hombres gordos—. ¿Nos hemos quedado definitivamente bloqueados?

«Eso parece», fue la respuesta que obtuvo. El revisor se fue de nuevo, precedido por el haz de luz. Al cabo de un cierto tiempo, los viajeros acabaron por averiguar que se estaban esperando refuerzos para salir del bloqueo de nieve, y que ello requería varias horas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Puck.

El revisor que había regresado, después de haber bajado a inspeccionar la vía, y estaba tan lleno de nieve que parecía un muñeco, respondió:

—A una docena de kilómetros de Hvidrup.

—¿Y eso dónde cae? —preguntó a su vez Navío, levantándose para ir a mirar un pequeño mapa colocado en un cuadro tras un cristal.

—¿Hvidrup, ha dicho? Pues bien... Está aquí... ¡Muy cerca de nuestro destino! Venid a verlo...

Las demás se inclinaron a su vez para contemplar el mapa. En efecto, el lugar donde se hallaban estaba muy próximo a Kongsholm.

—¿No podríamos seguir el viaje a pie por la carretera? —preguntó Karen.

—¡Estás loca!

—¡Pondríamos en peligro nuestras vidas! ¡Con semejante temporal de nieve, no conseguiríamos avanzar ni diez metros!

Estaban aún discutiendo la nueva situación cuando el revisor entró de nuevo para decir que intentarían transportar en trineo hasta el albergue más próximo a los pasajeros que lo desearan. Los

campesinos de los contornos habían sido avisados y se confiaba en que todos acudieran con sus trineos.



—«¡Formidablemente palpitante!» —exclamó Navío—. Apresurémonos a reservar nuestras plazas, no sea que luego no haya sitio en los trineos...

—Desde luego...

Pero los trineos tardaban en venir. Esperando, el revisor anotó los nombres de los pasajeros que querían atravesar la nieve para pasar la noche en el albergue.

Aquellas nuevas perspectivas pusieron de buen humor a las cuatro amiguitas y a Hans, quien acababa de despertarse y se estaba comiendo el último trozo de chocolate de Karen. Como es de suponer, se quejaba de mil cosas: dolor en la espalda, hambre, frío..., pero al enterarse de que iría en trineo se sintió transportado de entusiasmo.

Al cabo de una larguísima espera, el nuevo método de transporte empezó a funcionar. Los viajeros fueron llamados uno tras otro según el orden de anotación, y una larga hilera de trineos se alejó en la noche. Se veía las linternas de que iban provistos destellar en la noche. Las muchachitas contaban los trineos a medida que partían.

—Catorce en total. Está bien organizado —observó Puck.

—Sí. Han sido muy amables los granjeros y campesinos al acudir en nuestra ayuda —añadió Navío.

Regresaron a su compartimiento, en espera del segundo viaje de

los trineos. En cuanto pusieron el pie dentro, Puck gritó:

—¿Dónde está Hans?

—¿No estaba contigo? —preguntó Inger, que había permanecido en el otro extremo del vagón, mientras partían los trineos.

—No, yo suponía que estaba contigo.

—¡Bien! Pues... Ha desaparecido otra vez.

Corrieron por los pasillos e inspeccionaron todos los compartimentos. Pero el niño no se hallaba en parte alguna. Puck estaba a punto de llorar.

—Busquemos al revisor. Tal vez él lo haya visto.

Cuando por fin dieron con el empleado ferroviario, que estaba organizando el próximo traslado en trineo, Puck le dijo:

—El niño que estaba con nosotras ha desaparecido. ¿No le ha visto usted?

—¿Un rubito que dormía en su asiento?

—Sí, sí...

—Pues se fue en un trineo.

—¿Está usted seguro?

—Sí, absolutamente, puesto que le ayudé a subir. Estaba al lado de su padre.

Puck estaba asombradísima.

—Sí, su padre. ¿Qué hay de extraño en ello?

—Es que su padre no estaba en el tren.

El revisor se quedó impresionado por aquella declaración.

—Entonces, no entiendo nada de eso. El niño estaba junto a un señor que llevaba un abrigo gris y le llamaba «papá».

—¿De qué parte del tren salieron?

—¡Y qué sé yo! Llegaron juntos hasta el trineo, donde el padre había reservado un asiento. Es cierto que no había reservado plaza alguna para el niño y...

—¿El niño no dijo nada?

El revisor reflexionó:

—Ahora que lo preguntas, me acuerdo de que el pequeño repetía que quería ir con su madre, y el padre le ha respondido que iban a su encuentro.

«Pues sí que estamos listas», pensó Puck. Parecía ser que el padre de Hans no había visto los mitones, como ella temiera, pero

de todos modos había dado con Hans. Pero ¿cómo había subido al tren?

Puck y sus amigas conversaron un rato acerca del modo en que podrían cumplir la promesa hecha a la tía de Hans.

—Con este tiempo, no podrán alejarse mucho —dijo Inger—. Con seguridad les encontraremos en el albergue.

—Sí, pero ¿cómo consiguió el padre de Hans tomar nuestro tren?

Puck reflexionó profundamente.

Después dijo:

—Tal vez vio, en efecto, los mitones de Hans y comprendió nuestra treta. Abandonó entonces su proyecto de ir a Odense y bajó para tomar el mismo tren que nosotras. Con seguridad nos vio en el compartimiento y esperó tranquilamente su ocasión para poner la mano sobre Hans y llevarlo de regreso a Copenhague.

Meditaron largo rato y al cabo Puck dijo:

—Quizás ahora ya acepte llevar a Hans con su madre.

—Sí, puede que haya cambiado de opinión.

—Ya lo averiguaremos dijo Inger.

Un tiempo después, los trineos regresaron y las chiquillas, aquella vez, formaron parte de la expedición. Abrigadas bajo pieles de cordero, como si se dirigieran al polo norte, disfrutaron de aquel delicioso paseo nocturno por campos cubiertos de nieve. El viento habíase calmado un poco y en el cielo limpio de nubes brillaban las estrellas. Aquéllos eran momentos inolvidables. Momentos en la vida de una jovencita, que parecían sacados de un cuento de hadas...

Cuando las muchachitas, desde el umbral del albergue, parpadeaban rápidamente para habituarse a la luz eléctrica, Puck escuchó una voccecita que interpelaba:

—¿Por qué llegáis tan tarde?

Hans cruzó corriendo la sala y Puck le levantó. El niño puso los bracitos alrededor del cuello de Puck y la abrazó con todas sus fuerzas, suplicando:

—Yo quiero ir con mi mamá... Tú me habías prometido llevarme con mi mamá...

—Sí, sí —dijo ella—. Veremos qué puede hacerse.

Un señor se había levantado de su asiento junto a una mesa y se acercaba. Puck reconoció al hombre del abrigo gris, al padre de Hans.

—¡Escúchame, jovencita! —dijo mirando severamente a Puck—. ¡Tú y yo tenemos que hablar seriamente!

—Bien —respondió Puck, sin inmutarse.

Sus amigas permanecían detrás de ella, gravemente, con aire de desafío. Estaban dispuestas a defender a «su» Puck, por violento que fuera el ataque.

—Venid conmigo —indicó el señor, mostrando con un signo de la cabeza una puerta.

Las muchachitas le siguieron y juntos penetraron en una pieza más pequeña, y tan fría que resultaba desagradable. El hombre cerró la puerta y se volvió hacia Puck.

—Me pregunto cuál es vuestra intención —comenzó.

Puck irguió la cabeza. No estaba dispuesta a dejarse abatir, ya que su conciencia le decía que había cumplido con su deber.

—¿Es usted el padre de Hans, señor? —preguntó.

—Sí, desde luego —respondió él.

—¿Y cómo puedo yo estar segura de ello?

El hombre le dirigió una mirada estupefacta. Después su rostro se iluminó con una gran sonrisa.

—No, claro, es natural —dijo—. Tú no podías saberlo... Y añadió sonriendo:

—Y eso lo cambia todo.

—Yo había prometido cuidar de Hans y he tratado de cumplir mi promesa —dijo Puck, mientras los extremos de sus labios temblaban, ya que se hallaban al límite de sus fuerzas, agotada por las emociones, desdichada, sin fuerzas, rendida de cansancio—. Yo prometí a su tía conducir a Hans a casa de su madre y pueden testificar que sólo hemos hecho lo que la señorita Ingeborg nos rogó que hiciéramos.

El hombre colocó una mano sobre el hombro de Puck.



—Nadie os lo reprocha —dijo—. Confieso que me sentía furioso, por haber huido de mí en Odense. Pero ahora, reflexionando, comprendo que habéis hecho lo que debíais, es decir lo que considerabais vuestro deber. Vosotras no podíais saber que Hans no se había ido de mi casa por su voluntad, sino que había sido raptado, esta mañana en Copenhague...

—¿Raptado?

—Sí...

—Hans no nos ha dicho nada de eso. Sólo hablaba de que quería ir con su madre...

—Sí, ya lo sé —respondió Erik Jespersen—. Ya me ha explicado que su único deseo era pasar las Navidades con su madre.

—En tal caso, permítaselo usted —dijo Puck, suplicante—. ¡Se sentiría tan feliz!

Erik Jespersen sacudió la cabeza. Parecía estar extremadamente perplejo.

—¡Ya he dicho bien claramente que no! —murmuró. Una puerta se abrió y volvió a cerrar a sus espaldas. Nadie se fijó en ello. Puck dio un paso adelante y dijo:

—¡Oh! Creo que puede usted permitirle ir al encuentro de su

madre, ya que él lo desea tanto...

—Sí, pero es que vosotras... no podéis comprender la situación...

—Creo que sí —dijo Puck—. Usted y la madre de Hans están peleados y viven separados... ¿No es eso?

—Sí. Nos hemos separado, pero... No, no es fácil de explicar.

Hubo un corto silencio.

Después Karen preguntó:

—¿Dónde está Hans?

Erik Jespersen giró sobre sus talones, asustado.

—¡Hans! —gritó—. ¡Hans!

El niño había desaparecido por enésima vez. Todos se precipitaron hacia la sala principal del albergue. Los clientes les informaron de que el niño había pasado por allí un instante antes. Probablemente, estaría en la entrada.

Una vez en la entrada, se hallaron sólo ante una puerta abierta, por la cual se precipitaron hacia la nieve.

Pero del niño no había huella alguna.

—¡Dios mío! Ha huido en medio de la nieve. ¿Por qué, por qué?

Puck se acordó entonces de haber oído abrirse y cerrarse una puerta.

—Yo sé por qué. Cuando usted ha dicho que no le permitiría ir al encuentro de su madre, se ha escapado. Tal vez esperaba poder llegar hasta allí solo.

—Debemos encontrarle, debemos encontrarle...

Erik Jespersen estaba pálido como un muerto. Puck echó una rápida mirada a su alrededor. Varios pares de esquís se levantaban contra el muro de la casa. Ella se acercó y midió la altura de algunos de los pares con sus manos extendidas.

—Ven, Inger —dijo, sin ansiedad—. Toma un par de esquís y yo haré lo mismo. —Navío, consíguenos buenas linternas... ¡Vamos, rápido!

Mientras Navío y Karen iban en busca de las linternas, Puck e Inger se colocaron los esquíes. ¡Por fortuna iban ya convenientemente ataviadas!

—¡Vamos!

Tras una señal de despedida hacia sus dos compañeras, se perdieron en la oscuridad. Con la ayuda de las linternas, buscaron las huellas del niño desaparecido y, al cabo de cierto tiempo, vieron en la nieve pequeños hoyos que podían ser las huellas de Hans. Pero el temporal casi las había borrado.

Las dos chiquillas, sin embargo, prosiguieron su desesperada búsqueda, mientras Erik Jespersen organizaba, sin duda, una verdadera expedición de socorro.



Apenas se hablaban entre sí. Con las linternas en la mano, avanzaban en la noche oscura, siguiendo las tenues huellas. Súbitamente las perdieron y tardaron un tiempo en volver a encontrarlas. Se habría dicho que Hans —en el caso de que en realidad se tratara de sus huellas— había girado bruscamente hacia la derecha, porque un montón de nieve ante él le impedía proseguir en línea recta. Un poco más lejos había vuelto a cambiar de dirección y, viendo las primeras luces de una granja brillar a lo lejos, Puck supuso que el niño se había dirigido hacia allí. La suposición era exacta. Las huellas continuaron un trecho, pero resultaba difícil seguirlas, en parte porque el viento las borraba casi en el acto y en parte porque la tempestad de nieve impedía a las dos amiguitas orientarse bien. Además les costaba luchar contra el viento, que proyectaba nubes de nieve sobre los campos. Puck se hallaba al límite de sus fuerzas, sus piernas temblaban, los ojos le escocían, sus hombros se encogían, doloridos...

Pero apretó los dientes y se dijo que era preciso continuar a cualquier precio. Su promesa la responsabilizaba. Sólo cuando Hans hubiera llegado a casa de su madre estaría libre de compromiso.

De nuevo perdieron la pista, pero Inger la volvió a encontrar un poco más lejos, al ver algo en el suelo. Apresuraron la marcha y llegaron junto al bulto caído en la nieve. ¡Era Hans!

Se había derrumbado de frío y cansancio.

El siniestro sopor que paraliza a un ser asaltado por el frío o el agotamiento, de fatales consecuencias, se había apoderado del niño obstinado en ir al encuentro de su madre...

—¡Ven! —dijo Puck—. Levantémosle...

Entre las dos enderezaron al niño.

—¡Justo a tiempo! —exclamó Inger—. No habría podido resistir mucho tiempo más en la nieve su...

No acabó su frase. Puck sacudió al niño vigorosamente para hacerle entrar en calor. Después le frotó los brazos y la espalda, mientras Inger le mantenía en pie. Ambas actuaron con tanta energía que entraron también en calor. Después trataron de llevar al niño entre las dos, pero aquel esfuerzo era superior a sus fuerzas y decidieron continuar dando masajes al niño para mantenerle caliente.

Puck dijo:

—Será mejor que tú trates de encontrar a la expedición de socorro, que ya debe de estar en camino. Agita la linterna para que te vean. Yo permaneceré aquí con Hans hasta tu regreso. No pierdas de vista mi linterna.

Inger desapareció en la noche y Puck continuó frotando al niño entumecido por el frío, hasta que estuvo lo suficientemente bien como para esperar a la expedición de auxilio.

En realidad, no se encontraban muy lejos del albergue, y Puck no tuvo que aguardar demasiado para oír el ruido del trineo que la hizo sonreír, con el corazón aliviado. Un momento después, ella y Hans estuvieron instalados bajo un cobertor espeso en el trineo conducido por el hijo del dueño del albergue. Inger y Erik Jespersen estaban también allí. El padre no dejaba de apretar la mano de su hijito, mientras murmuraba palabras que las muchachitas no trataron de entender, comprendiendo que no eran asunto suyo.

Finalmente llegaron al albergue y Puck, Inger y Hans fueron acostados en tibias y mullidas camas, con botellas de agua caliente. Puck apenas tuvo tiempo de poner la cabeza en la almohada cuando se quedó profundamente dormida con una sonrisa feliz en los labios entreabiertos...

* * *

Cuando se despertaron, el viento seguía ululando, pero el sol brillaba con fuerza y el cielo era azul y despejado.

Navío y Karen estaban ya vestidas, cuando las dos amigas, Puck e Inger, abrieron los ojos. Se sentaron junto a la cama, para hablar de los acontecimientos de la noche pasada.

—Puck, Inger... —exclamó Navío—. Os portasteis como dos heroínas.

Las dos «heroínas» se vistieron a su vez. El sueño de la noche les había sentado bien, pero Puck confesó que sus miembros estaban aún pesados. El día había sido agotador de veras.

—Debo telefonear a mi tío —dijo Inger—. Le telefoneé ayer, cuando tú, Puck, ya estabas acostada, y confía en que hoy las

carreteras estén suficientemente despejadas para venir a buscarnos.

—Estamos a pocos kilómetros de Kongsholm, ¿no? —preguntó Puck.

—Unos veinte, creo.

Puck se estiró, pensando en que no le vendría mal un buen desayuno.

—¡Pero, decidme! —exclamó de pronto—. ¿Quién pagará todo esto, las habitaciones, la comida...? ¡No tenemos suficiente dinero para un lujo parecido!

—Yo también me lo he estado preguntando —dijo Navío—, y no tengo la menor idea de quién pagará la fiesta...

—Debemos hablar con el dueño inmediatamente —respondió Puck—, y rogarle que nos dé crédito.

Las muchachitas descendieron la escalera y entraron en la gran sala. Lo mismo que la víspera, estaba abarrotada de clientes que apreciaban a ojos vista el excelente desayuno que les era servido. El dueño permanecía detrás de la barra del mostrador junto a su gordita esposa. Ambos sonrieron amablemente a las chiquillas y les preguntaron:

—¿Habéis dormido bien?

—Sí, gracias —contestó Navío por todas.

Puck se acercó lentamente a la barra del bar y tosió nerviosamente:

—Debo hablarles —dijo muy seria—. La verdad es que nosotras... Pues bien, nosotras, no tenemos bastante...

No tuvo necesidad de acabar, ya que el dueño del albergue la interrumpió muy serio también:

—¡Nada de eso! Precisamente esta mañana me he discutido con el director Jespersen, ya que ambos, él y yo, queremos tener el honor de consideraros nuestras invitadas.

Puck le miró con asombro.

—¿Cómo invitadas? Y ¿cómo podían saber ustedes que no teníamos...?

—No lo sabíamos —dijo el dueño—. Simplemente hemos considerado que después de vuestra conducta de anoche os debíamos eso. Yo como hotelero y el señor Jespersen como padre de Hans. Así que hemos llegado a un acuerdo: entre los dos pagaremos

vuestra cuenta. ¡Ea, ahora a desayunar! ¿Qué queréis? ¿Huevos pasados por agua o al plato?

Tartamudeando y rojas como amapolas, Puck y sus amigas dieron las gracias al dueño del albergue y poco después estaban cómodamente instaladas en una mesa, al lado de Erik Jespersen, que estaba ya terminando su desayuno.

—Y bien, jovencitas valientes —preguntó el hombre, sonriendo —, ¿habéis dormido bien?

—Sí, gracias. ¿Cómo se encuentra Hans?

—Maravillosamente bien, si se tiene en cuenta lo que le pasó ayer. Para mayor seguridad he hecho venir a un médico, quien me ha dicho que, gracias al tratamiento de que le hicisteis objeto al encontrarle aterido en la nieve, no ha enfermado. Sin embargo le he dejado acostado, por precaución... Tal vez mañana pueda ya levantarse...

—¡Tengo hambre! —dijo entonces una vocecita detrás de Erik Jespersen.

Era Hans, que se había presentado en la sala descalzo y en pijama.

Todos los clientes rieron de buena gana de aquel hombrecillo que se paseaba sin ninguna huella del trance pasado la víspera. Erik Jespersen tomó en brazos a su hijo y salió de la sala para ir a vestirle. Algunos instantes más tarde, Hans se hallaba instalado a la mesa y la esposa del dueño le servía un gran tazón de leche.

—¡No quiero leche! —declaró Hans en cuanto la vio.

—¿Por qué? Es una leche riquísima y...

—No la quiero —repitió el niño, con su cara de testarudez de las grandes ocasiones—. Huele mal...

—Hans, sé buen chico...

—¡No quiero esa asquerosa leche! Y tú eres malo...

Puck se levantó de la mesa, arrugó el ceño y miró al niño con firmeza:

—¡A comer se ha dicho y sin tonterías! —dijo.



Hans la miró asombrado durante uno o dos segundos; después tomó el tazón entre sus gordezuelas manitas y empezó a beber la tibia leche sin rechistar. Erik Jespersen, estupefacto, no creía lo que estaba viendo.

Terminado el desayuno, Erik Jespersen dijo a Puck:

—Tú prometiste a Hans que iría a ver a su madre y yo quiero que esta promesa se cumpla. Confieso que he reflexionado y he tomado la decisión de rogar al hijo del dueño del albergue que nos lleve a todos en trineo hasta la propiedad donde vive la madre de Hans. Ya veremos cómo irán las cosas, ya que estamos a dos días de Navidad y no creo tener tiempo de regresar a Copenhague para entonces...

Puck le observaba sonriendo. Resultaba evidente que no era sólo a causa de Hans que se sentía tan apresurado para proseguir el viaje. Su proposición fue acogida por las muchachitas con gran entusiasmo. Se decidió que Inger telefonearía a su tío para rogarle que fuera a recogerlas a casa de la madre de Hans, en lugar de hacerlo en el albergue.

El momento de la partida llegó por fin. Se instalaron en el trineo, estrechándose un poco para caber todos. Hacía buen tiempo entonces. Ciertamente el frío era aún intenso y el viento cortante, pero todos iban bien abrigados y protegidos por la manta de piel de

cordero.

Fue un delicioso paseo, del cual las jóvenes viajeras saborearon cada instante.

Llegaron a su destino sin haber anunciado su venida. La visita sería una sorpresa.

Erik Jespersen saltó del trineo y ayudó a Hans a descender. Después padre e hijo subieron una escalinata hasta el porche de la casa y llamaron a la puerta. Ésta se abrió y ambos entraron, mientras las muchachitas permanecían en el trineo. Comprendían que en aquellos momentos su presencia habría sobrado. Estuvieron, pues, charlando con el hijo del hotelero, cuyo gorro y bufanda medio ocultaba una faz rubicunda. Así la espera no fue aburrida ni resultó larga. La puerta se abrió al cabo y Erik Jespersen, con expresión feliz, apareció en el umbral.

—Entrad, hijitas —dijo—. Mi mujer se sentirá muy dichosa de saludaros... y daros las gracias...

Las muchachitas bajaron del trineo y subieron la escalinata rápidas. En el momento de entrar Puck dijo a Inger en voz baja:

—¿Te has dado cuenta de que el señor Jespersen ha dicho «mi mujer» y no «la madre de Hans»...? Apuesto a que se quedará aquí a pasar las Navidades y que luego se llevará a su esposa y a Hans consigo a Copenhague...

—¡No acepto tu apuesta porque sé que ganarías! —dijo Inger riendo.

Fue una alegre reunión alrededor de la joven señora enferma, quien acogió a las cuatro chiquillas calurosamente.

Sentado sobre la cama, Hans tenía asida con fuerza una mano de su madre. Estaba tranquilo y relajado. Y Erik Jespersen contemplaba a su mujer con una gran sonrisa, mientras ella agradecía a las muchachitas el haber velado tan bien por Hans.

—¡Os agradezco de modo particular el que desorientarais a Erik tantas veces, obligándole así a seguiros! —añadió jovialmente Emma Jespersen—, ya que sin eso él no habría avanzado tanto hacia aquí y no habría venido a visitarme.

—¡Oh! —confesó Puck—. La última vez fue el señor Jespersen quien nos desorientó a nosotras, ya que supusimos que habría regresado a Odense.

—Vi los mitones de Hans en el tren —confesó Erik Jespersen—. Los reconocí en seguida porque su madre se los había hecho.

—Entonces, ¿por qué no vino usted a quitarnos a Hans inmediatamente?

—De haber hecho tal cosa —respondió Jespersen, riendo—, me habría visto obligado lógicamente a bajar del tren y regresar a Copenhague... ¡Con lo cual no habría venido jamás a Kongsholm!

Miró de nuevo a su mujer con aire feliz.

—En primer lugar a tu hermana Ingeborg y luego a estas jovencitas debo toda la alegría de haber llegado hasta aquí. A lo cual su mujer respondió:

—En cuanto esté restablecida, y creo que eso será pronto, regresaré contigo a Copenhague, querido...

En aquel instante se oyó el claxon de un coche en la calle. Inger se acercó a la ventana.



—Es mi tío —dijo—. Bien, podemos decir que nuestras vacaciones de Navidad han comenzado...

—Debéis quedaros a comer antes de iros —dijo la señora Jespersen ¡Tenemos muchas cosas que celebrar! ¡Si reflexionáis un poco, queridas niñas, os daríais cuenta de que a Hans, a su padre y a mí nos habéis hecho el más maravilloso regalo de Navidad del mundo!

—Pero, claro está, no os habéis dado cuenta todavía —dijo Erik Jespersen, guiñando un ojo a las cuatro amiguitas—. Pero, querida Emma, ¿crees que estas chiquillas son bobas? Lo comprenden muy bien. Comprenden que gracias a ellas Hans tiene de nuevo un padre

y una madre unidos.

Las cuatro muchachitas tenían un nudo en la garganta. ¡Aquél era un momento solemne! Pero todo el encanto de la ocasión se vino abajo prosaicamente cuando una voz chillona e infantil declaró:

—¡Tengo hambre! ¿No podríamos comer en seguida?

—Bien —concluyó Puck, riendo—. ¡Todo está, pues, en el mejor de los mundos!

- VI -

La extraordinaria aventura vivida por nuestras cuatro amiguitas del «Trébol de Cuatro Hojas» en el curso de sus vacaciones de Navidad alimentó durante largo tiempo las conversaciones del pensionado de Egeborg, durante aquel memorable invierno, y la reputación de Puck como chiquilla intrépida, ya sólidamente establecida, se vio aún reforzada entre sus compañeras y compañeros. Sólo los muchachos Alboroto y Cavador encogían los hombros con aire despreciativo cuando alguien aludía a aquella aventura. Según decían, se trataba de una de esas historias sentimentales que gustan a las chicas, y en su opinión, Puck no había hecho otra cosa que portarse como una niña buena. Sin embargo, las cuatro amiguitas tendrían pronto la ocasión, en las competiciones deportivas de invierno, de probar a los muchachos que eran muy capaces de ganarles en su propio terreno.

Todo contribuyó a convertir en maravilloso aquel invierno para las ocupantes del «Trébol de Cuatro Hojas». En primer lugar, Hans, que había conservado en su corazoncito una verdadera adoración por Puck, se presentó varias veces con sus padres en el pensionado para visitarla. Era verdaderamente un cuadro encantador ver a aquella feliz familia Jespersen, radiante por su dicha recobrada, y hay que confesar que Puck y sus amigas se sentían muy orgullosas de la parte que habían tenido en aquella reconciliación.

Por otra parte, la señorita Ingeborg, tía de Hans, se presentó también en el pensionado de Egeborg, hacia el final del invierno, en cuanto su pierna rota le permitió desplazarse de nuevo. Deseaba dar las gracias a las cuatro amiguitas, por cuya audaz iniciativa —

después de todo, ella era un poco responsable de todo aquello por el «secuestro», ¿no?— todo había acabado felizmente, cuando pudo haber sido una verdadera catástrofe.

Pero más que otra cosa lo que convirtió en inolvidable aquel invierno de Egeborg fueron las nuevas hazañas del «Trébol de Cuatro Hojas». Pero, por el momento, Alboroto y Cavador estaban muy lejos de imaginar, mientras contemplaban el brillo del sol en la nieve inmaculada, las sorpresas que les reservaba su incomparable compañera Puck.

—Oye, Alboroto, tengo una idea...

—¿De verdad, Cavador?

—Sí, una idea maravillosa...

—¡Hum! Cada vez tengo menos confianza en tus ideas maravillosas.

—¿Por qué?

—¿Acaso no fuiste tú quien tuvo la «maravillosa» idea de gastarle una broma a «Frederik» en la clase de Historia Natural?

—Sí...

—¡Y el resultado fue que ambos quedamos en ridículo! Y también fuiste tú quien tuvo la «maravillosa» idea de declarar la guerra a Puck y a sus amigas, ¿no?

—Sí...

—¡Bien! Y el resultado fue que quedamos prisioneros en el invernadero. Y, para completar la lista de tus «maravillosas» ideas, ya que en esa última ocasión fuimos encarcelados por la policía como criminales... ¡y fueron Puck y sus amigas quienes tuvieron que sacarnos del apuro!

Cavador se quedó un tanto confuso.

—Tienes razón. Hemos tenido mala suerte, pero ya verás como eso cambiará ahora. ¡No debemos abandonar la partida, Alboroto!

—No..., claro que no, querido Cavador. Dime, ¿cuál es tu idea?

Alboroto y Cavador —o bien Hugo y Henrik, para darles su verdadero nombre—, eran los más grandes bromistas del pensionado de Egeborg. Si bien las lecciones y los deberes escolares no eran su fuerte, resultaban excelentes como inventores de bromas, lo que cada mes les valía un buen número de malas notas. No obstante, eran muy populares y cuando, de tarde en tarde, el

director Frank adoptaba para con ellos un aire severo era más que otra cosa para ocultar su sonrisa. Aquel joven pedagogo competente no había olvidado aún su propia infancia y sabía que «los niños son niños».

Por el momento, Alboroto y Cavador permanecían de pie en lo alto de una colina al noroeste del lago Ege. Si hubieran sido sensibles a aquella clase de cosas, habrían apreciado el bello paisaje invernal que se extendía ante sus ojos. Desde hacía una semana, nevaba abundantemente y una espesa capa blanca había borrado poco a poco todos los relieves del contorno, espolvoreado los árboles y cubierto de una superficie helada el lago Ege.



Pero los dos bromistas permanecían indiferentes a la belleza de la naturaleza. Alboroto se apoyaba en un bastón de esquiar, e, impaciente por saber más, inquiría:

—Vamos, Cavador, cuéntame tu idea...

—Hace ya mucho tiempo que vivimos en paz con Puck y sus amigas, ¿no?

—Sí, es cierto. Y ¿qué?

—Pues vamos a romper esa paz.

—¡Bravo, querido Cavador! Se diría que expresas mis más íntimos pensamientos. Pero ¿cómo atacaremos la cuestión?

—¡Bah! Todavía no he reflexionado en los detalles. Sin embargo, así, en general ¿no te parece buena la idea?

—Cavador, tú eres el más grande pillo de todos los tiempos. ¡Me estás haciendo morir de impaciencia para declarar al fin que no

tienes ninguna idea concreta todavía! Una cosa es declarar la guerra a las chicas y otra es saber cómo. ¡Me has decepcionado profundamente!

—¡Debemos inventar algo! —declaró Cavador—. La vida acabaría por ser aburrida... Estamos de acuerdo en que debemos tratar de vencer a las chicas en algo, ¿no?

—Sí, en este punto estamos plenamente de acuerdo.

—Bien... Y también estamos de acuerdo, supongo, en que tú y yo somos los dos cerebros más privilegiados de todo el pensionado, ¿no?

—Sin ninguna duda, Cavador... Aunque hay que admitir que Puck ha demostrado también ser bastante astuta. A decir verdad no resulta fácil ganarla.

—¡Así el honor será mayor, el día en que consigamos derrotarla! Antes de esta noche, ya tenemos que haber estructurado un plan.

—¿De veras?

—¡Naturalmente! El primero de nosotros dos que tenga una idea válida recibirá diez pesetas del otro.

—¡De acuerdo! —dijo Alboroto.

Los dos granujillas se miraron con complicidad. De súbito descubrían un nuevo encanto a la vida. Un poco después bajaban por la colina, tomando a toda velocidad las curvas llenas de nieve. Alboroto y Cavador eran excelentes esquiadores. El invierno precedente habían obtenido una victoria en todos los concursos organizados por el director Frank, y esperaban volver a triunfar en el presente.

Puck se hallaba en la entrada del pensionado cuando Alboroto y Cavador llegaron allí. La muchachita les dirigió una sonrisa maliciosa.

—Y bien, ¿los dos niños han ido a entrenarse?

Alboroto levantó sus esquís y los hundió, juntamente con los bastones, en un enorme montón de nieve a la izquierda de la entrada principal. Después respondió con dignidad:

—Querida Puck..., los dos niños no tienen ninguna necesidad de entrenarse, pero, en cambio, podrían enseñarte muchas cosas a ti sobre el noble deporte del esquí...

Puck sintió una respuesta subirle a los labios, pero se contuvo y

repuso alegremente:

—Tienes razón, Alboroto. No me vanaglorio de estar muy fuerte en esquí... No te costará mucho ganarme en la próxima competición.

—Desde luego que no, pequeña Puck —afirmó desdeñosamente Alboroto—. ¿No has salido aún?

—No, saldré ahora. Estoy esperando a Inger, Karen y Navío...

En aquel preciso momento las tres amigas de Puck aparecieron en el umbral, todas en equipo de esquiar cálido y práctico.

Cuando las cuatro muchachitas hubieron partido, los dos chicos las estuvieron siguiendo con la mirada. Ya el invierno anterior habían podido comprobar que Karen e Inger eran excelentes esquiadoras. Navío no era del todo mala... Pero ¿y Puck?

Al cabo de algunos segundos, Alboroto se volvió hacia su amigo:

—Dime, Cavador... Debemos reconocer que Puck es hábil en muchas cosas, pero no puede afirmarse precisamente que haya nacido con los esquís en los pies. ¿Has visto nunca a alguien tan torpe en eso?

Cavador sacudió la cabeza.

—No. Ni siquiera sería divertido competir con ella. Con seguridad tardaría medio día en recorrer los cuatro kilómetros.

—¿Y cómo trepará a las colinas? —preguntó Alboroto, con una amplia sonrisa—. Seguro que se verá obligada a quitarse los esquís y a subir gateando...

—Al bajar le será más fácil, Cavador. ¡Podrá hacerlo sentada!



Los dos amigos no sabían bien si debían alegrarse o entristecerse por la mediocridad de Puck en aquel terreno. Finalmente decidieron que era más bien lamentable. Habría sido mucho más emocionante vencerla en una competición si ella hubiese sido una esquiadora de primera clase. ¡Pero así sería juego de niños... y además poco deportivo!

En el transcurso de la tarde, la mayor parte de los alumnos salieron a practicar y los buenos esquiadores fueron numerosos. El director Frank tenía especial interés en que sus alumnos practicasen todo lo posible los deportes de invierno. ¡Nada podía resultar más fantástico que llenarse los pulmones de aire puro! De todos modos sólo permitió a los más expertos alejarse sin compañía, ya que en caso de accidente sería una catástrofe hallarse solo en la nieve, y prohibió terminantemente servirse del trampolín que se hallaba al noroeste del lago.

—¡Prometí ser razonables! —les dijo.

Y todos los alumnos lo prometieron. Cuando los muchachos, particularmente veloces, llegaron ante la pista del trampolín, se miraron con picardía. ¡No les faltaban deseos de arriesgar un pequeño salto, pero consideraron cuestión de honor mantener la promesa hecha a su director! En cuanto a las muchachitas, los saltos no las tentaban tanto...

La naturaleza había hecho de Egeborg una pequeña sociedad

aislada. La nieve que había estado cayendo durante la última semana le cortaba casi del mundo exterior, y las provisiones diarias sólo podían llegar allí en trineo.

Los alumnos debían estar de regreso al pensionado antes de la caída de la tarde. Luego cenaron con gran apetito. Los largos paseos en esquí y el frío ambiental les habían conferido mejillas arreboladas y hambre de lobo, pero sus miembros estaban tan fatigados que todo el mundo se acostó antes de la hora reglamentaria.

Una vez en su cama, Cavador bostezó tan ruidosamente que estuvo a punto de desquiciarse la mandíbula. Después, con voz somnolienta, pregunto:

—¿No se te ha ocurrido nada aún, Alboroto?

—No... ¿Y a ti?

Cavador bostezó más fuerte todavía.

—Mi cerebro está vacío. Durmamos.

—De acuerdo, Cavador. ¡Buenas noches!

—Buenas noches...

Los dos amigos apagaron la luz eléctrica. Permanecieron unos instantes silenciosos en la oscuridad. Súbitamente Cavador murmuró:

—Alboroto...

—¿Qué?

—Supongo que sigues pensando que nuestros dos cerebros son excepcionales, ¿no?

—¡Sin duda alguna!

—¡Qué suerte! Temía que estuvieran entrándote dudas... Ahora puedo dormir tranquilo.

* * *

Los días siguientes, Alboroto y Cavador no tuvieron tampoco ninguna idea «maravillosa». Además tuvieron otros motivos de preocupación.

La gran carrera de fondo tendría lugar el sábado por la tarde y la mayor parte de los muchachos estaban ocupados en colocar

estratégicamente en el itinerario señales rojas convenientemente espaciadas.

Los alumnos de ambos sexos se entrenaban enérgicamente y entre ellos se cruzaron buen número de apuestas, cuyo pago consistía casi siempre en helados que se tomarían el próximo verano. El pastelero Bose de Oesterby interrumpía la venta de helados durante el invierno.

Poco a poco fueron estableciéndose pronósticos sobre el próximo concurso. Entre los muchachos se consideraban favoritos Alboroto, Cavador y Kai Schultz —apodado «Caoba»—; y entre las muchachitas Inger, Karen y Joan. Para muchos, Puck había sido la favorita en potencia hasta que la habían visto esquiar, honorablemente, sí, pero con muy pocas esperanzas de triunfar en una competición.

Puck estaba perfectamente al corriente de la opinión de sus compañeros, y ella se contentaba con sonreír. De vez en cuando Karen, Inger y ella sostenían pequeños conciliábulos que ofrecían un aspecto muy alegre.

El sábado por la tarde, los concurrentes se reunieron en el poste de salida. Había una docena de chicas y otro tanto de chicos. El director y su esposa, así como todos los profesores, habían acudido a presenciar aquella palpitante prueba de esquí.

El profesor de cultura física Strandvold se hallaba a la cabeza de la organización y decidía en qué orden debían salir a la pista los esquiadores. Tenía la lista en la mano cuando Puck se acercó a él y le preguntó con buenos modales:

—¿Podría yo ser colocada algunos números después de Alboroto..., quiero decir, Hugo?

El profesor la miró intrigado:

—Pues sí, Bente... Pero ¿por qué?

—Es que tengo una idea fija...

El profesor sonrió de oreja a oreja.

—Supongo que no piensas tener la menor posibilidad de ganar a Hugo...

Puck sacudió la cabeza sonriendo.

—Ya ha visto usted mismo, señor profesor, que no soy buena esquiadora. Sin embargo, si fuera posible, este arreglo me

complacería mucho.

—Entendido, Bente. Y buena suerte.

—Muchas gracias.

La agitación crecía al acercarse el momento de la salida, y todo el mundo hablaba. Incluso los profesores apostaban entre ellos.

Siguiendo una antigua tradición, chicos y chicas eran enviados a la pista en una «mezcla heteróclita». Así las chicas ganaban a veces a los más rápidos muchachos, lo que contribuía a aumentar la emoción.

Justo antes de la competición, el gordo Svend —presidente del Consejo de Alumnos—, salió de su fila para anunciar:

—Antes de comenzar la tradicional competición de esquí, permitidme pronunciar algunas palabras. En primer lugar quiero dar las gracias a la señora Frank que nos ha proporcionado todos los trapos rojos que jalonan la pista...

Sus compañeros se pusieron a reír, pero Svend dijo:

—¡No es motivo de risa, amigos! Me atrevo a afirmar que la señora Frank ha sacrificado por nosotros todos los trapos de la limpieza de todo un año para el pensionado de Egeborg, por lo que debemos estarle muy agradecidos...

—¡Nos moriremos entre el polvo, entonces! —dijo Aage, apodado «Uva Seca».

Svend se volvió hacia él con expresión severa:

—Querido «Uva Seca», te condeno a pagar una multa de tres pesetas para los Fondos de Caja.

* * *

La salida de Alboroto fue la mejor conseguida de todas las que habían tenido lugar hasta entonces y los aplausos resonaron tras él. Un minuto Strandvold después, Else se lanzó a la pista; a continuación Georg, y luego se escuchó la voz de Strandvold:

—¡Bente! ¿Estás lista?

—Si

—¡Sal!

Puck salió y empezó a descender la pista como una flecha. Todos

los espectadores se quedaron mudos de asombro. ¿Qué había pasado? ¿Era acaso una ilusión óptica? Varios días de observar a Puck esquiando habían llevado a todo el mundo a la conclusión de que era bastante mediocre... ¡Pero ahora había salido disparada como una exhalación!

El director Frank se volvió hacia su mujer:

—¿Qué opinas de esto? —dijo.

Ella sonrió.

—Con seguridad lo mismo que tú. Puck es una pillina que nos ha mantenido a todos engañados... Y además no me extrañaría que estuviera tratando de darle un buen bromazo a Hugo.

—¡Lo que me divertiría mucho! —respondió el director En mi opinión Hugo se había estado ufanando demasiado...

—Estoy enteramente de acuerdo —opinó la señora Frank—. ¿Crees que Puck conseguirá atraparlo?

El director sacudió la cabeza.

—No lo creo. Hugo es un excelente corredor y además hay una diferencia entre la resistencia de una chica y la de un muchacho.

—¿Quieres apostar?

—De buena gana. ¿Qué apostamos?

—Un pantalón largo contra un par de zapatos de esquiar.

—¡Perfecto! Ganaré... Puedes estar segura de ello —declaró el director, riendo.

A pesar de que Puck había desaparecido entre los árboles desde hacía tiempo, los espectadores continuaban discutiendo aquel extraño caso. Naturalmente todos estaban de acuerdo en que no podía tratarse de un milagro y en que sólo unos cuantos días de entrenamiento no podían haber convertido a Puck en una campeona... ¡Algo se ocultaba allí, sin embargo!

Karen, Inger y Navío eran las únicas que habrían podido dar una explicación, pero preferían callarse...

Entretanto, Alboroto avanzaba con los dientes apretados. ¡Era cuestión de honor el ganar!

En los llanos, parecía volar, y en las cuestas tenía una técnica perfecta. Al cabo de cinco minutos, pasó a la primera chiquilla. Unos instantes más tarde, a un chico... Después a otra chica... Y cuando al fin sólo tuvo delante a Flemming, le gritó con arrogancia:

—¡Paso libre!

Molesto, Flemming se apartó y Alboroto pasó ante él con una gran sonrisa.

—¡Sí, todo va a la perfección!

Su sonrisa se hizo más y más amplia. Dentro de una decena de minutos Egeborg estaría ante sus ojos... ¡Y habría ganado la carrera de fondo! Sin duda alguna. Ninguno de sus compañeros podía hacer los cuatro kilómetros en menos tiempo.

De pronto estuvo a punto de caer de pura estupefacción, ya que oyó tras sí una aguda voz de chica, un tanto jadeante, que le decía:

—¡Paso libre!

A pesar de su sorpresa, Alboroto se apartó automáticamente y, unos segundos más tarde, una silueta acabó por pasar como una tromba de nieve.

¡Era Puck!

Alboroto se quedó bizco de estupor y... finalmente cayó de verdad sentado en la nieve.



- VII -

Cuando Puck, con un estilo perfecto, llegó a la meta, fue acogida con auténticos aullidos de entusiasmo.
—¡Ah, increíble...!



Jamás los alumnos habían visto nada semejante, y los profesores estaban igualmente asombrados. En su sorpresa, el profesor de cultura física estuvo a punto de olvidarse de anotar el tiempo empleado. ¡Realmente aquella chiquilla llamada Bente Winther era algo fuera de lo común!

La señora Frank se volvió sonriente hacia su marido:

—¡Tendrás que pagarme un pantalón nuevo, amigo mío! El director meneó la cabeza. ¡No acababa de creer lo que había visto!

—Es increíble... Del todo increíble...

Las compañeras de Puck hicieron círculo a su alrededor, pero la chiquilla estaba tan cansada que estuvo a punto de caer en la nieve. Las felicitaciones llovían de todos lados.

—¡Bravo, Puck!

—Fantástico, Puck...

—Será el récord del pensionado...

Durante algunos segundos, Puck se sintió casi mareada. Jamás había hecho un esfuerzo semejante. Sus compañeros tuvieron que sostenerla cuando se quitó los esquís. A pesar de su agotamiento, no podía dejar de sonreír. Se acordaba de su querido papá, actualmente en Chile, y que había sido en su juventud varias veces campeón de esquí, ella le había acompañado muchas veces en largos paseos agotadores por el parque de Dyrehaven. A pesar de que él no la presionaba nunca, la niñita se había propuesto seguirle siempre, ¡y el resultado ahora estaba a la altura de sus esfuerzos pasados! Cuando Alboroto le había hablado con un tal aire de superioridad, ella había decidido darle una lección... ¡y lo había conseguido plenamente! Las pérdidas de apuestas en helados fueron numerosas.

No obstante, Alboroto mostró entonces su espíritu deportivo. Después de haber plantado sus esquís en la nieve, se acercó a Puck y le tendió su mano:

—Bravo, Puck. ¡Eres formidable! Y no me siento avergonzado de haber sido vencido por ti.

Puck sonrió:

—Gracias, Alboroto. ¿Sigues queriendo enseñarme los pequeños trucos del noble arte de esquiar?

—¡Bah! Dejemos eso. Jamás me había sucedido una cosa parecida. ¿Acaso naciste con los esquís puestos?

—Casi —respondió Puck, riendo.

—¿Así que trataste de gastarme una broma cuando te mostraste como una simple principiante?

—Sí. Quería darte una sorpresa, querido Alboroto... Pero esto no impedirá que seamos buenos amigos, ¿verdad?

—¡Claro que no, Puck!

—Gracias, Alboroto.

Cuando los participantes hubieron llegado todos a la meta, el profesor de gimnasia, instalado en una mesita hundida en la nieve, hacía cálculos. Después anunció en voz alta:

—He aquí el resultado de la carrera de fondo: número uno,

Bente Winther, con un tiempo de...

No pudo seguir hablando, ya que le interrumpió una salva de cerrados aplausos. Se oyó vagamente que Hugo Svendsen era el número dos... Henrik Smith el número tres... Karen el número cuatro... Inger el número cinco...

Puck se sentía un tanto incómoda a causa de tantas felicitaciones como llovían a su alrededor. Al cabo, estuvo casi a punto de lamentar el haber ganado a Alboroto.

Tal vez éste se sintiera humillado, y eso sería de lamentar, ya que... a pesar de todo, era un estupendo compañero.

Pero la muchachita no tuvo tiempo para seguir reflexionando. Sus amigas del «Trébol de Cuatro Hojas» se apoderaron de ella y una docena de minutos más tarde estaban todas reunidas en su habitación. Navío se apresuró a sacar una tableta de chocolate con almendras, que partió en cuatro porciones.

—¡Tomad, hijitas! Debemos festejar el gran honor que Puck ha conseguido para el «Trébol de Cuatro Hojas». ¡Dios mío, ha sido algo...!

—... «Formidablemente palpitante» —continuó Puck, sonriendo—. Me parece que pronto no encontraréis palabras para celebrar algo tan pequeño... ¡Se diría que me he convertido en campeona internacional!

Inger tuvo una de sus raras pero bellas sonrisas.

—¡Eres modesta, Puck! Yo comprendo el entusiasmo de Navío.

Puck hizo un gesto de protesta:

—¡Ah, amigas mías, basta! Tú, Karen... Y tú, Inger, también habéis hecho una buena carrera. Lo que me alegra es que tres de los premios han caído en el «Trébol de Cuatro Hojas».

—Sí, pero es debido confesar que yo no he aportado gran cosa... —comentó Navío.

Puck tiró amistosamente de los rizos color platino de su amiga.

—Sabes bien, Navío, que haces mucho sin darte cuenta. Lo que importa no es ser más o menos rápida en una carrera de competición... No, lo principal es nuestra camaradería, que nos hace la vida dulce y fácil a todas.

—Tienes razón, Puck —dijo Karen, con voz emocionada—. ¿Te acuerdas de aquella época en la que no nos llevábamos bien?

—¡Oh, casi la he olvidado! —exclamó Puck sonriendo—. Estamos tan unidas ahora... Y tenemos una vida tan alegre...

—Sí —aprobó Navío—, muy agradable, pero mucho me temo que nos van a tender una trampa...

—¿Una trampa?

—Creo que Alboroto y Cavador están tramando algo.

Puck rió.

—¿Y qué? Entre las cuatro, les enfrentaremos con éxito como otras veces.

—Sí, pero...

—¡Bah! Navío, ¿no tienes más chocolate?

—No...

Puck se levantó vivamente.

—¡Yo me encargo de ello, amigas mías! Y sacó de un cajón un papel que agitó triunfalmente. —¡Mirad! Un cheque de quinientas pesetas...

Navío batió las manos, maravillada.

—¡Repámpanos, Puck! ¿Cómo has conseguido semejante fortuna?

—Es un regalo de mi querido papá. Me lo ha enviado de Valparaíso para que me compre un regalo de Navidad... Pero, puesto que no me tienta ningún regalo, iremos a cambiar el cheque alegremente en la pastelería Bose...

Inger le cortó la palabra.

—No, Puck. Es muy amable por tu parte... Sólo que no me parece una buena idea.

—¿Por qué?

—En primer lugar porque el señor Frank se opone a que las alumnas tengamos dinero sin que él lo sepa...

—¡Eso da lo mismo!

Inger sonrió y prosiguió:

—En segundo lugar, hay tanta nieve en el camino que no llegaríamos jamás a Oesterby.

Puck chasqueó los dedos.

—Eso lo arreglo yo fácilmente, Inger. El granjero Iversen nos conducirá en trineo...

Y el proyecto fue llevado a cabo. Inger, de costumbre tan

razonable y escrupulosa, tuvo que ceder ante la insistencia de sus tres amigas...

El pastelero Bose se quedó muy sorprendido al ver llegar a las cuatro muchachas. Estaba seguro de que su comercio se hallaba cerrado al mundo, aislado por la nieve, ya que los caminos estaban bloqueados, si bien los trenes, aunque dificultosamente, llegaban aún a la estación. Después de haber servido una limonada gaseosa a sus jóvenes clientes, se sentó junto a ellas y entabló conversación:

—¿Habéis oído hablar de Kaj el Negro? —preguntó.

—No —respondió Puck ¿Quién es?

—Hace algún tiempo trabajaba en mil pequeños menesteres en vuestro pensionado, pero fue despedido porque siempre andaba armando embrollos. Hace algunos meses, regresó al país. Después de varios robos, la policía lo ha detenido en Sundkoebing... Pero ¡se ha escapado! Así que tened cuidado, si lo encontráis por el camino, jovencitas.

—¿Acaso se come a las chicas? —preguntó Navío en un tono burlón.

El gordo pastelero movió la cabeza:

—Sí, sí, amiguita. En lugar vuestro, no me tomaría la cosa con tanta ligereza. Kaj el Negro es un hombre peligroso, del cual hay que mantenerse alejado. Y si vuestro director ignora que se ha evadido de la cárcel, informadle, ya que Kaj juró vengarse de su antiguo patrón, incendiando Egeborg.

—¡Thadaens! —gritó una voz desde la trastienda—. ¿No habrás olvidado el pastel de cumpleaños del veterinario?

—No, no. Ya voy.

Cuando el señor Bose hubo desaparecido en la trastienda, las cuatro muchachitas permanecieron un buen momento en silencio y comieron con buen apetito. Después, Inger dijo, inquieta:

—Yo ya había oído hablar de Kaj el Negro. Sería terrible que incendiara Egeborg, así que lo mejor que podemos hacer es ir a prevenir en seguida al director. Y no me gustaría encontrárnoslo por el camino...

—¡Bah! Hay pocas probabilidades de tal riesgo —observó Navío, tomando un nuevo trozo de pastel—. Y además sería algo formidablemente palpitante.

—¡Tú y tú «formidablemente palpitante»! —dijo alegremente Puck—. Pero confieso que a mí también me parecería curioso hallar a Kaj el Negro en el camino... Además hay otras dos personas que me parecen más de temer aún.

—¿Quiénes?

—Dos muchachitos apodados Alboroto y Cavador.

* * *

No sin titubeos y después de largas conferencias el director Frank había aceptado la idea de un concurso de salto de esquí entre los mejores esquiadores. Autorizar un concurso tal podía significar varias piernas rotas, pero Strandvold había acabado con las últimas reflexiones del director Frank esgrimiendo el siguiente argumento:

—¡Sería inútil oponerse, señor director! Muchos alumnos saltan ya tan bien que no resistirían la tentación de hacerlo, por lo cual será mejor que lo hagan bajo nuestra vigilancia.

El señor Frank sonrió:

—Comprendo, Strandvold. Debe de ser muy duro para un joven deportista contemplar el trampolín y tener prohibido usarlo. Sin embargo, recuerde que sólo está permitido usarlo si no se está solo.

—Naturalmente, señor director —respondió Strandvold sonriente—. Y ¿las chicas?

El director sacudió la cabeza con aire decidido.

—¡De ninguna de las maneras! No permitiré a una sola de las chicas tomar parte en el concurso.

—¿A Bente tampoco?

—¡No!

La decisión fue mantenida. Las muchachitas, con gran desilusión por su parte, fueron excluidas del concurso y, por otra parte, sólo siete muchachos recibieron autorización para participar. Entre ellos estaban Alboroto, Cavador, Flemming y Georg, considerados como favoritos.

El invierno precedente el profesor de gimnasia había conseguido un salto de dieciocho metros —un hermoso récord, teniendo en cuenta la inclinación de la colina—; así que esperaba que ahora los

muchachos hicieran otro tanto. La mayoría consideraba a Alboroto ganador.

Strandvold anotaba los resultados.

Flemming saltó en primer lugar. Tuvo una buena salida y cayó limpiamente de pie. Un instante después Strandvold anunció:

—Flemming, 15 metros 40.

Los espectadores aplaudieron. A continuación saltó Cavador, y de nuevo la voz de profesor anunció:

—Henrik, 16 metros 20.

Luego, con escasos minutos de intervalo:

—Elinar, 15 metros 60.

—Joergen, 16 metros 10.

—Kai, 15 metros.

Entonces le tocó a Alboroto. Mientras él se preparaba, Navío se inclinó hacia Puck y cuchicheó:

—Oye, Puck... ¿No te parece fastidioso que no podamos participar?

—Sí...

—¿Has saltado alguna vez?

—¡Muchísimas veces!

—¿Sabrías saltar desde ese trampolín?

—Sí, sin dificultad alguna —respondió Puck.

Como Alboroto fuera ya a partir, ella se le acercó por detrás y le dijo, para gastarle una broma:

—¡Veamos ahora de qué es capaz este niño! ¡No nos decepciones, Alboroto!

Él se giró, sonriendo:

—¡Será un récord, ya lo verás, pequeña Puck!

—Buena suerte —dijo ella alegremente.

Y Alboroto partió.

Un minuto después, la voz de Strandvold resonaba en el fresco y límpido aire:

—Hugo, 16 metros 60.

Los esquíes de Puck iban y venían. Impaciente por conocer el resultado, se había llegado hasta el pie del trampolín. En aquel instante, Navío le gritó:

—¡Ha sido formidable! ¿Verdad?

—Sí, desde luego...

—¿Lo habrías hecho tú mejor?

Puck sonrió ligeramente:

—Ya te he dicho, Navío, que esta altura no me asustaba. Pero no sé... Tal vez no consiguiera sobrepasar los 16 metros 60...

—¡Inténtalo! —animó Navío.

Y Puck se sintió suavemente inclinada, pero con mano firme, por la pendiente. Tomada por sorpresa, exhaló un gritito, pero dobló las rodillas, apretó los dientes y se lanzó al aire.



Un susurro de asombro surgió de entre los espectadores que se hallaban al pie del trampolín. ¿Qué ocurría, pues? ¿Una muchacha? ¡Sí, era Puck!

El director se volvió hacia su esposa, con ceño fruncido.

—Esto es una gran decepción para mí.

—¿De veras? —dijo la joven señora—. A mí me parece que Bente está haciendo un salto excepcional...

—¡Oh, ya sabes bien a qué me refiero! —la interrumpió él, enojado—. Yo había prohibido a las chicas participar en el salto..., y me decepciona que haya sido precisamente Bente quien me haya desobedecido.

En aquel mismo instante, la voz del profesor de gimnasia se dejó oír, más alegre que de costumbre:

—¡Último resultado! Bente Winther, que participa fuera de

concurso, 17 metros 20.

Ruidosas exclamaciones saludaron aquel anuncio. Y, claro está, eran las alumnas quienes más fuerte gritaban y aplaudían, aunque los muchachos, deportivamente, demostraban también su entusiasmo. ¿En qué terreno podía, pues, ganarse a Puck?

En la efervescencia del instante, ningún alumno pensó en la prohibición del director. ¡Sólo los otros tres ocupantes del «Trébol de Cuatro Hojas» sabían cómo Puck se había visto obligada a participar en el concurso!

Inger se volvió hacia Navío con expresión reprobadora:

—No debiste empujarla, Navío. El señor Frank estará ahora enojadísimo.

—¡Y qué! ¿No has oído que Puck ha batido todos los récords? ¡17 metros 20!

—Sí, es formidable —aprobó Karen—. Aun cuando tengamos problemas con el director, valdrá la pena haber ganado de nuevo a Alboroto.

—Sin duda tenéis razón —dijo al cabo Inger, con un poco de ironía—, pero me temo mucho que el señor Frank no sea de la misma opinión.

Y así era en efecto.

Cuando Puck se acercó a los espectadores, el director la acogió severamente:

—¡Bente! Me has decepcionado profundamente...

—Lo siento, señor director repuso Puck, con aire contrito.

—¿Cómo has osado desobedecerme?

Puck enrojeció hasta la raíz de los cabellos. Bajó la cabeza y no se atrevió a enfrentar la mirada acusadora del señor Frank. Sí, naturalmente, hubiera sido fácil explicar cómo habían pasado las cosas..., pero entonces Navío se vería en dificultades. No había sido con demasiadas ganas que Puck se había sentido lanzada pendiente abajo. ¡Y además, un empujón así, al desprovisto, hubiera podido ser peligroso!

El director repitió con voz llena de enojo:

—¿Cómo te has atrevido, Bente?

Puck tartamudeó:

—Pues bien, yo..., yo...

La señora Frank intervino vivamente y dio un pequeño golpecito amistoso a Puck.

Su fresco rostro traicionaba cierta alegría:

—Has hecho muy mal, Bente... Pero, de todos modos, has batido un récord. Debes de tener mucha práctica en el salto, ¿verdad?

—Sí, señora —dijo Puck—. Tengo mucha práctica...

—¿En pistas más inclinadas que ésta?

—Sí...

El director permanecía hosco.

—Sí, ya me ha dado cuenta de que tu técnica era tan buena como la de los muchachos, Bente..., pero eso no excusa tu desobediencia. Usando de toda mi clemencia te castigo a permanecer dos días encerrada en tu habitación.

—Sí, señor director.

—Y acuérdate para siempre de que mis órdenes han de ser respetadas.

—Sí, lo recordaré.

—Bien, puedes irte...

La voz del director seguía siendo severa, pero debió esforzarse para ocultar una sonrisita divertida que le asomaba a los extremos de los labios.

Puck se dirigió al edificio, con la cabeza baja. La señora Frank, también con esquíes, la alcanzó, y ambas prosiguieron el camino juntas.

—No te entristezcas, Bente —dijo alegremente la joven dama—. Dos días de confiscación no son tan malos. Además, tú no eres culpable.

Puck la miró asombrada:

—¿Qué quiere usted decir, señora? La esposa del director sonrió:

—Por casualidad yo he visto cómo ocurrían las cosas, Bente. Lise se ha comportado con excesiva ligereza. Me siento curiosa por saber cuál será ahora su reacción.

Puck pareció asustarse.

—¡Oh, será mejor que ella también se calle! Como usted dice, dos días encerrada no son tan largos, y, además, estoy segura de no carecer de compañía.

La señora Frank rió:

—¡Los miembros del «Trébol de Cuatro Hojas» son en verdad inseparables!

Una vez llegadas a la entrada principal, se quitaron los esquís y los plantaron en la nieve.

—¡Durante dos días no voy a necesitarlos! —observó con cierta pena, Puck.

—¡Quién sabe! —repuso la señora, sonriendo.

Subieron con toda rapidez los peldaños de la escalinata que daba al porche, cuando oyeron tras sí una voccecita lastimosa:

—¡Eh, Puck, Puck!

Puck se volvió y vio a Navío que avanzaba como un rayo por la nieve.

—¿Qué ocurre, Navío?

Navío se quitó los esquís y subió al porche.



—Puck... He oído lo que ha pasado y, como es de suponer, se lo he contado todo al director. ¡Estaría bueno que tú fueras castigada por haber obrado yo mal!

—Bien... ¿Y ahora qué? —preguntó Puck.

Navío hizo una mueca.

—¡El director dice que tú estás disculpada, y que yo, por el contrario, deberé permanecer cuatro días sin salir de la habitación! ¡Y te aseguro que el castigo no me parece excesivo!

La señora Frank miraba a las dos amiguitas con una amplia sonrisa, pero sin decir palabra. Estaba contenta de la reacción de Navío, contenta, pero no sorprendida.

—¿Cuatro días? —exclamó Puck pensativa.

Navío afirmó con la cabeza.

—En tal caso debemos empezar a pensar cómo mataremos el tiempo entre las cuatro. Porque se sobreentiende que no te abandonaremos un solo instante durante el castigo, Navío.

Navío palmoteó con entusiasmo.

—¡Repámpanos! Esto será formidablemente palpitante

- VIII -

Navío estaba en lo cierto. Y el castigo se convirtió en algo «formidablemente palpitante». Al día siguiente y mientras la mayoría de los alumnos practicaban esquí, las cuatro amigas permanecían sentadas en el «Trébol de Cuatro Hojas» y de momento parecían un poco deprimidas. Ni Puck ni Karen ni Inger habían querido dejar sola a Navío, pero permanecer encerradas entre las cuatro paredes de un cuarto mientras se escuchaban los alegres gritos de los esquiadores en el exterior, no resultaba demasiado divertido.

Navío, por sentirse culpable, era quien más deprimida estaba.

—Vamos, vamos, Navío —la animó Puck—. No estés tan triste... Después de todo yo debería estarte agradecida, ya que sin tu «atrevimiento» no habría conseguido batir el récord de salto de todo el pensionado. ¡Y haber ganado a Alboroto!



—Sí, en efecto, si lo vemos así...

—Además —añadió Inger—, dentro de cuatro días todavía se efectuarán los concursos de patinaje.

—Sí, qué suerte —gritó Navío—. ¡De ese modo Puck podrá volver a vencer a Alboroto!

En aquel momento se abrió la puerta y entró la señora Frank. Sonrió a las cuatro muchachitas y fue a sentarse en una de las camas.

—Y bien, amiguitas, ¿lo pasáis bien?

Puck sacudió la cabeza.

—A decir verdad, señora, esto no resulta tan palpitante como habíamos supuesto.

—Pero sólo quedan tres días —observó Karen—. Así que trataremos de resistir.

La sonrisa de la joven señora se hizo más amplia.

—Tengo un mensaje para vosotras de parte de mi esposo. ¡Lise queda perdonada!

—¡No! —gritaron las muchachitas en coro—. ¿Es posible señora?

—Sí, el castigo era de cuatro días para Lise. Pero, como las otras tres habéis hecho un día entero, en total son los cuatro días ordenados.

Navío aplaudió.

—¡Ah, qué amable ha sido usted, señora!

—¿Yo? —repitió la señora riendo—. Si alguien ha sido amable, Lise, es mi marido... Pero no hablemos más de eso, hijitas. Si os apresuráis, tenéis tiempo todavía de dar un paseo de esquí antes de la cena.

Se levantó y abandonó el «Trébol de Cuatro Hojas». Cuando la puerta se cerró tras ellas, Puck gritó calurosamente:

—¡Ah, qué simpática es!

—¡Formidable! —apoyó Navío—. Es la esposa de director más gentil, simpática, amable, encantadora y elegante de toda Dinamarca y...

—¡Eh! —interrumpió Puck en aquel instante; y sin más explicaciones salió como una exhalación tras la esposa del director.

—¿Qué le pasa? —preguntó Karen sorprendida.

Pero ni Navío ni Inger pudieron sacarla de dudas. Fue la propia Puck, al volver, quien les informó que había ido a contar a la señora Frank lo que el pastelero Bose les había dicho acerca de la evasión de Kaj el Negro. Entusiasmadas por las competiciones de esquí, las muchachitas lo habían olvidado por completo.

Absorbida en su conversación con la señora Frank, Puck no había podido darse cuenta de que una cabeza morena y maliciosa las había estado observando desde la escalera, escuchando toda la conversación.

Era Alboroto.

Un instante más tarde, el muchacho entraba en la habitación que compartía con Cavador como una tromba.



—¡Eh, amigo! —gritó éste, que estaba quitándose las botas de esquiar—. ¡Entras como si hubiera fuego en el pensionado!

—Tal vez no tarde en haberlo...

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

Alboroto se dejó caer en su cama y con voz jadeante explicó a Cavador lo que acababa de oír. Y concluyó:

—No me extrañaría en absoluto que ese Kaj el Negro incendiara el pensionado para vengarse... Pero esto nos daría una gran oportunidad... ¡Ahora, saca tu dinero!

—¿Qué diantres quieres decir?

Alboroto ahogó una carcajada.

—¿No hemos apostado diez pesetas por la idea mejor?

—Si...

—Bien, querido Cavador. Yo tengo la idea, he ganado. ¿Vas a pagarme o no?

Cavador lanzó un puntapié a las botas proyectándolas contra un rincón.

—¡Hum! ¿No será mejor que antes me cuentes tu idea? —De buena gana. Tú y yo capturaremos a Kaj el Negro.

—¿Cómo?

—Sí... ¿No es ésa una idea genial? Como es de suponer Puck y sus amigas harían lo imposible por dar con la pista de ese individuo...

—¿Cómo lo sabes?

Alboroto hizo un gesto con la mano.

—¡Bah! —exclamó—. Conocemos bien a los miembros del «Trébol de Cuatro Hojas»... Pero esta vez les tomaremos la delantera. Así de un golpe nos vengaremos de todo. Bien, ¿me das las diez pesetas?

—¡Vaya, vaya! Mi querido Alboroto...

Cavador suspiró de modo capaz de conmover una piedra.

—No sé si tu idea vale eso, la verdad —regateó.

—¿Por qué?

—Por varias razones, querido amigo. En primer lugar es sólo una vaga suposición imaginar que Puck y sus compañeras están interesadas en la captura de Kaj el Negro. Y, en segundo lugar, tú hablas como si ya la cosa estuviera hecha y no tenemos la más pequeña pista por donde comenzar...

—Debe de estar en alguna parte por estos alrededores.

—Tal vez... Pero estos alrededores son muy grandes, Alboroto.

Alboroto no quería abandonar la partida:

—¿No comprendes? —dijo—. Kaj el Negro tiene que ocultarse y tú y yo conocemos todos los escondites de por aquí. No tenemos más que empezar por un extremo...

—... Y acabar por el otro —acabó irónicamente Cavador.

—Bien —dijo Alboroto, enojado Ya lo haré solo.

Se levantó e hizo ademán de querer abandonar la habitación.

Cavador le observó furtivamente:

—¡Eh! ¿Dónde vas?

—No pienso estar mendigando tu ayuda. Me has decepcionado profundamente...

—¡No me hagas llorar!

—Deberías hacerlo. Si no quieres asociarte a mi proyecto es porque has perdido toda tu confianza en mis ideas. ¿No nos hemos considerado siempre como los dos cerebros más privilegiados del pensionado?

—Sí... Pero eso era antes de que Puck metiera su linda nariz en todas partes.

Alboroto opinó sombríamente:

—¡Por ello es en Puck en quien pienso especialmente! Nos ha vencido en demasiados terrenos y mi sangre grita venganza a los cielos.

—La mía también —declaró Cavador—. Sin embargo, sólo tengo poca confianza en la historia de Kaj el Negro.

—¡Ya tendrás más, Cavador, ya lo verás! Incluso en el caso de que el «Trébol de Cuatro Hojas» no se interese por Kaj el Negro, será un gran honor para nosotros ponerle la mano encima.

—¡Si es que lo conseguimos...!

—¡Claro que lo haremos!

—¡Hum!

—Sin ninguna duda. Tarde o temprano nos sonreirá la suerte. ¿Quieres pagarme ahora las diez pesetas?

—¡Bien, sea!

—Perfecto, Cavador. Después de todo mi idea es muy inteligente, ¿no? Así que me he ganado el dinero.

Cavador, a regañadientes, sacó dos monedas de peseta de su bolsillo y las lanzó en dirección a Alboroto.

—¡Toma! Considéralo un adelanto... El resto sólo en caso de que tu idea tenga éxito.

* * *

Los dos días siguientes, Alboroto y Cavador utilizaron cada hora

libre en recorrer los alrededores en esquí a lo largo y a lo ancho. Subieron al norte de Oestergard, visitaron las viejas ruinas, las selvas y las plantaciones, hasta el desecado lago del sur.

Sí, finalmente atravesaron incluso el lago Ege, de superficie totalmente helada, para ir a escrutar la isla del Caballero Volmer.

¡Pero todo fue en vano! No hallaron la menor huella del criminal evadido.

Al segundo día, a la caída de la noche, pasaron junto a la casa del guardabosques de regreso al colegio. Sus caras estaban sombrías como el cielo invernal.

—¿No se habrá ido del país? —preguntó Cavador—. ¡No puede habérselo tragado la tierra!

—Más bien sería la nieve —respondió secamente Alboroto—. Sin embargo, yo no creo que se haya marchado.

—¿Por qué?

—Ya que toda la región está cubierta por la nieve, se habría visto obligado a tomar el ferrocarril y en tal caso le habrían apresado de nuevo.

—Tal vez ha huido esquiando.

—No, sería un riesgo demasiado grande, tratándose de largas distancias.

Cavador suspiró profundamente.

—Pues bien, querido Alboroto, admitimos que está aún por aquí... Pero yo ya he perdido las ganas de seguir buscando...

—Yo no. ¡Jamás de la vida! —contestó Alboroto con indignación—. La partida no se ha perdido todavía.

Aquella noche habían organizado para la mayoría de los alumnos un cortejo con antorchas hasta La Gran Granja. Naturalmente la idea había sido de Annelise. Algunos días antes, en esquís, había ido a ver a su padre, el terrateniente Dreyer, y le había dicho:

—Mi querido papito, ya casi me he convertido en una niña modelo, y mamá y tú deberíais recompensarme. Queremos organizar un cortejo con antorchas hasta aquí. Y, a nuestra llegada, deberías ofrecernos pasteles, frutas, limonada y toda suerte de cosas buenas. ¿No te parece emocionante?

—¡Extremadamente emocionante! —admitió su padre—. Será

conveniente hablar de ello con el señor Frank.

—Todavía no lo he hecho, pero no creo que ponga objeciones.

—¿Y de dónde sacaréis las antorchas?

—Tú, querido papaíto, nos las regalarás. Precisaremos una treintena sólo, ya que los alumnos más pequeños no obtendrían permiso para salir de noche.

Los numerosos alumnos que tomaban parte en aquel apasionante paseo estaban llenos de animación. El matrimonio Frank y la mayor parte de los profesores habían querido unirse a ellos. El señor Dreyer había enviado las antorchas al colegio y la noche era ya cerrada cuando todos, con esquís y bien equipados, estuvieron listos para partir.

Cuando los profesores y los alumnos tuvieron en las manos las antorchas, el profesor de gimnasia ordenó ponerse en fila, y el cortejo partió. Era un bello espectáculo, en la cruda noche invernal. La luz roja de las numerosas antorchas hacía bailar las sombras humanas en la nieve, y el humo subía en espirales hacia el cielo oscuro.



Desde el umbral donde permanecían con los pocos maestros que se quedaban de vigilancia, los alumnos pequeños aplaudieron con todas sus fuerzas.

Cuando la larga fila de esquiadores llegó a La Gran Granja, el señor Strandvold ordenó:

—¡Deteneos y mirad bien!

Apenas pronunciadas aquellas palabras cuando dos proyectores taladraron la noche iluminando una pequeña silueta de mujer

pintada en un tamaño extraordinario. Tenía largos cabellos dorados, graciosas formas... ¡y una cola de vaca!

Los alumnos aplaudieron hasta no poder más aquel imprevisto espectáculo. Después la voz de Strandvold se dejó oír de nuevo.

—Y bien, ¿conocéis a esta damita?

—Sí, sí —respondieron los alumnos a coro—. ¡Es el hada de los bosques!

—Perfecto. La habéis reconocido por su cola de vaca. Como sabéis el hada de los bosques se dedica a desorientar al paseante solitario. Pero esta vez no ocurrirá así, ya que llegamos en grupo. Sin embargo, quiere llevarnos hacia La Gran Granja, donde nos aguardan muchas sorpresas.

—Verdaderamente —dijo Navío a Puck—. Annelise consigue lo que se le antoja de su padre.

Puck sonrió:

—Sí, Annelise ha sido siempre un poco mimada... y sus padres son muy ricos.

—¡Adelante! —gritó Strandvold.

En el mismo instante, se apagaron los proyectores y de nuevo sólo las antorchas alumbraron la oscuridad.

Todos se reunieron en el césped y el señor Dreyer salió para darles la bienvenida. Acabo su pequeño discurso con algunas palabras muy alegres:

—Espero que a nadie le falte nada esta noche. Teniendo en cuenta la estación en que nos hallamos, he ordenado preparar un menú especialmente adecuado, pero mi hija Annelise ha sostenido que no había fiesta completa sin...

—¡Helados! —gritó Alboroto.

El señor Dreyer rió de buena gana.

—¡Sí, exacto! Y ahora, queridos invitados, pasemos todos al interior...

—¡Bravo! —gritaron a coro.

Cuando el señor Dreyer se calló, hubo un momento de silencio, después del cual Alboroto se volvió hacia sus compañeros con aire de conspirador:

—¡Y bien, amigos, vamos allá!

Y un coro de muchachos entonó «En pleno invierno», una bonita

canción típica danesa. Las muchachitas ignoraban aquella sorpresa preparada por Alboroto y sus compañeros desde hacía varios días. El canto de aquel poema fue calurosamente aplaudido.

—Si Hugo pusiera en los estudios el mismo entusiasmo que en estas cosas... —comentó sonriendo el director.

—Como profesor de gimnasia, no puedo menos de estar muy satisfecho de él —dijo Strandvold.

Los invitados tuvieron derecho a comer y beber todo cuanto apetecieron. En los principales salones de la casa, habían sido retiradas las alfombras, a fin de que las botas de los esquiadores no las deterioraran. Y por todas partes había mesas llenas de pasteles, refrescos, bocadillos calientes... ¡y helados!

También había tocadiscos y algunos alumnos empezaron a bailar. Otros, en cambio, prefirieron ir a practicar esquí por los contornos. Entre ellos se contaban Alboroto y Cavador. Subieron a una colina desde la cual se veía perfectamente el pensionado de Egeborg, en el que brillaban algunas lucecitas.

De repente Alboroto tomó de la mano a Cavador.

—Cavador..., ¿no es una llamarada aquello que se ve allá abajo? —preguntó tendiendo el índice en dirección al pensionado.

—Sí. Pero ¿quién puede haber encendido un fuego?

—¿No será...? —insinuó Alboroto.

—¿Qué? —preguntó Cavador, sin ninguna alarma todavía.

—¡Kaj el Negro!

—¡Cielos Santos! —exclamó entonces su amigo—. ¿Tú crees que está tratando de provocar un incendio...?

—¡Partamos inmediatamente!

—De acuerdo.

Los dos amigos no titubearon ni un solo segundo, sino que literalmente volaron por la nieve. Ni el uno ni el otro decían palabra, limitándose a correr y reflexionar. Era casi cierto que había un fuego encendido muy cerca de Egeborg... y tal vez el autor de él fuese, en efecto, Kaj el Negro.

- IX -

Puck y sus amigas se divertían de lo lindo, y Karen especialmente tenía gran éxito como pareja de baile. Sus bellos cabellos color caoba formaban una aureola alrededor de sus mejillas arreboladas. Con gran asombro por parte de los chicos, bailaba de modo extraordinario. Nadie se había dado cuenta de ello en el precedente baile dado en La Granja. Recordando aquella velada, Karen no pudo evitar una sonrisa. Sí, en aquel tiempo, ella era una chiquilla malhumorada, peleada con Puck... y consigo misma. ¡Peleada con el mundo entero!

Durante una pequeña pausa, Puck, Inger y Navío salieron a la terraza a respirar aire puro.

—¡Ah, esto es formidablemente palpitante! —gritó Navío agitando sus rubios rizos—. Nunca supuse que se pudiera bailar tan bien con botas de esquiar... ¡El lindo parquet de la señora Dreyer quedará horrendo después de esto!

—¡Qué importa! —exclamó Puck, riendo—. Mañana Annelise convencerá a su padre para comprar uno nuevo.

Las demás rieron, ya que era cosa bien sabida que Annelise hacía de su padre lo que se le antojaba.

—Me pregunto —comentó entonces Inger— a dónde han ido a parar Alboroto y Cavador. No recuerdo haberlos visto en toda la noche.

En aquel momento Navío anunció:

—¡Allí están!

Alboroto llegaba como un huracán por el sendero que desembocaba en el césped y Cavador le seguía a poca distancia.

—¡Eh! Alboroto —gritó Puck—. ¿Qué ocurre?

—Kaj el Negro va a provocar un incendio en el pensionado —gritó Cavador.

Unos segundos más tarde los dos amigos habían desaparecido por la avenida que conducía a la carretera. Las tres amigas se miraron asombradas:

—Kaj el Negro... ¿Un incendio en el pensionado? ¿Qué ha querido decir con eso?

—Será una broma de mal gusto —afirmó Puck.

Pero Inger lo había tomado más en serio.

—No estoy segura de que se trate de una broma. Alboroto y Cavador son dos cabezas huecas, pero no bromearían con una cosa así, estoy segura...

—Pero ¿cómo lo sabrían ellos? —preguntó Puck incrédula.

Inger sacudió la cabeza.

—Lo ignoro... Pero confiemos en lo que dicen.

—En tal caso decidió Puck —sólo nos queda una cosa por hacer: ¡Ponernos los esquíes y seguirles a toda velocidad!

Unos minutos después, las tres muchachitas se precipitaban tras las huellas de los dos muchachos.

Mientras tanto Cavador había atrapado a Alboroto, quien le gritó un poco enojado:

—¡Eres el rey de los imbéciles, Cavador! ¿Por qué diablos has respondido a las chicas? No tardaremos en tenerlas pisándonos los talones... Ya conoces a Puck...

Alboroto y Cavador se detuvieron. ¿Qué hacer? La calma y el silencio parecían reinar por todas partes.

Súbitamente Alboroto gritó:

—¡Mira, Cavador, allá abajo! ¡Los sótanos están en llamas!

No cabía duda alguna. Un débil resplandor rojizo aparecía detrás de los cristales de los sótanos donde estaba instalada la caldera de la calefacción.

Los dos muchachos se precipitaron por el descenso que conducía hasta allí, en el momento en que una silueta negra subía hacia ellos.

Alboroto dio un gran grito:

—¡Maldito incendiario!

No tuvo tiempo de decir más, ya que el hombre le propinó un

soberbio puñetazo en el pecho y el muchacho se derrumbó en la nieve. Un segundo después, Cavador recibía el mismo tratamiento. Después de lo cual el hombre desapareció corriendo. La nieve estaba tan compacta que se podía correr por encima de ella sin dificultad.

Alboroto se levantó gritando:

—¡Déjale que se vaya, Cavador! Y quítate los esquíes...

—Sí, pero...

En menos de un minuto ambos chicos estuvieron en los sótanos. Una humareda sofocante les golpeó el rostro. El fuego había ya prendido en un montón de madera astillada.

Alboroto corrió a abrir la puerta de la pieza vecina y gritó:

—Cavador, esto está lleno de ropa mojada... ¡Ven!

Cavador adivinó inmediatamente la idea de su amigo, y los dos arrancaron de los hilos en que estaban tendidas las sábanas y demás ropas. El acre humo les hacía toser y gemir mientras extendían la ropa húmeda sobre el fuego.

En medio de un tremendo acceso de tos, Cavador murmuró en voz jadeante:

—¡La manguera! La manguera...

—Sí, diantres...

Alboroto se precipitó hacia el muro donde estaba colgada la larga manguera de caucho y abrió el grifo. Oyó un chillido estremecedor cuando el intenso chorro fue a dar contra la cara del pobre Cavador.

—¡Eh, alto! Has de apuntar al fuego y no a mí...

Alboroto rectificó el tiro. Las sábanas mojadas habían calmado un poco el fuego, pero no habían conseguido dominarlo, así que el chorro resultó muy útil. Las llamas disminuyeron. Por el contrario, el humo se hizo más denso aún, y Alboroto tuvo grandes dificultades en sostener la manguera. Las lágrimas velaban los ojos de los dos amigos...



—Ahora lo haré yo, Alboroto —gimió Cavador, que había comprendido la situación.

—Sí... Aquí...

Alboroto le lanzó casi la manguera y se precipitó hacia la escalera de los sótanos para ir a aspirar una bocanada de aire fresco.

Entretanto, Cavador prosiguió la tarea de chorrear con enérgica desesperación por todas partes y al cabo la última tea quedó apagada. A su vez, subió la escalerilla hacia el aire libre.

—¡Uf! Ha sido duro...

En el mismo instante escucharon la voz de Puck.

—¡Repámpanos colorados! ¿Qué ha ocurrido? Las lágrimas casi impedían a Alboroto ver a la chiquilla. Hipó penosamente:

—¡Es el humo, mi pequeña Puck!

—¿El humo?

—Sí, ¿no lo ves?

—Claro, naturalmente...

—Y no hay humo sin fuego...

—¡Sé un poco formal, Alboroto! ¿Qué ha ocurrido?

Alboroto la puso al corriente en pocas palabras, y las tres muchachitas le escucharon abriendo ojos como platos. Puck preguntó con vivacidad:

—¿Era Kaj el Negro?

—¡Sin duda alguna! No había visto nunca a ese individuo, pero

es seguro que era él...

—¿Y se ha escapado?

—Sí, después de habernos derribado de sendos puñetazos. Si alguna vez vuelvo a encontrarle...

—Bien, pero —interrumpió Puck impaciente—, ¿tenía esquíes?

—¿Esquíes? ¿En los sótanos?

—No, bobo. Quiero decir cuando ha huido.

Alboroto estaba recuperando su presencia de ánimo por momentos y contestó con acento desdenoso:

—Queridita Puck, reflexiona. ¿No te parece que no podíamos estar pendientes del individuo que huía y apagar el fuego al mismo tiempo? Con esta última tarea ya tuvimos suficiente...

—¡Ah, qué cosa más formidablemente palpitante! —comentó Navío.

—Sí, te lo aseguro —contestó Alboroto—. Bastante palpitante.

—¿Qué debemos hacer ahora?

Puck dio una ojeada a su alrededor e inmediatamente miró de nuevo a los dos muchachos.

—¿En qué dirección ha huido el incendiario?

—Hacia la punta del lago, creo...

—En tal caso con toda seguridad habrá cruzado el lago... Pero, si iba sin esquíes, avanzará muy lentamente... Alboroto se apresuró a tomar el mando.

—Escuchadme bien, nenitas. Una de vosotras irá en seguida a La Gran Granja a prevenir al señor Frank... Otra subirá al galope al piso para telefonar a la policía de Sundkoebing...

—Y ¿qué haréis vosotros dos entretanto? —preguntó Puck.

—¡Perseguiremos al incendiario!

—Es muy peligroso, Alboroto.

Alboroto afirmó con la cabeza.

—Sí... Pero más peligroso todavía es dejar a ese tipo en libertad. ¡Rápidas, chicas, obedecedme!

—La orden sólo concierne a Inger y a Navío —declaró Puck—. Yo os acompañaré a vosotros.

—¡Jamás de los jamases! —gruñó Alboroto, que ya se estaba calzando los esquíes—. ¿Por qué diablos ibas a ir con nosotros?

—Tres es mejor que dos.

—Pues bien... ¡sea! Pero bajo tu propia responsabilidad.

—¡Naturalmente! ¿Estáis listos?

—¡O. K.!

Inger parecía titubear. Con voz grave interrogó:

—¿Por qué queréis poneros en un peligro tan grande? Esperad a saber qué opina el director...

—¡Nada de eso! —dijo Alboroto, enérgicamente—. ¡Y vosotras dos partid cuanto antes, como os he dicho!

—Vamos, Alboroto...

—¡En marchaaa!

Inger suspiró. Sabía que sería en vano tratar de persuadirlos. Mientras ella y Navío se dirigían a cumplir sus mandatos, Puck y los dos chicos enfilaron hacia la punta de tierra que se adentraba en el lago Ege.

A una veintena de metros de allí, la nieve se hizo más blanda, y poco después Cavador gritó:

—¡Aquí hay huellas!



Bajo la luz de la luna, se veían fácilmente las huellas del fugitivo. Los tres perseguidores hicieron poco después otro descubrimiento. Comprobaron netamente que un par de esquís y de bastones habían sido hundidos en la nieve. Y a partir de aquel momento las huellas eran ya las dejadas por un esquiador.

—¡Debimos haberlo supuesto! —dijo Alboroto—. ¡El individuo no hubiera podido seguir avanzando sin esquíes!

—Por lo tanto nos llevará una buena ventaja —comentó Cavador.

—No importa. Nosotros somos tres y mucho más fuertes en esquí de lo que pueda serlo él.

En el lugar donde acababa la punta, las huellas conducían directamente hacia el lago helado, casi en dirección de los pantanos.

—Escuchad —dijo Puck—. ¿No hay una parte del lago donde el hielo permanece siempre más frágil?

—Sí —respondió Alboroto—. Pero está allá abajo, junto a la casa del guardabosques. No te preocupes, conozco el lago como la palma de mi mano. Tranquilízate, pequeña Puck.



—¡Estoy tranquila, Alboroto! Pero... no me gustaría que tuvieran que pescarme de ese lago helado.

De pronto Cavador murmuró:

—A mí sí hay algo que me preocupa mucho.

—¿Y de qué diablos se trata? —interrogó Alboroto asombrado—. ¿No será que ahora tienes miedo de ese incendiario?

—¿Miedo? —exclamó Cavador indignado—. ¡Ni siquiera me pasó por la imaginación algo semejante!

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa tanto?

Cavador suspiró:

—Me he acordado de pronto de todas las sábanas y cobertores

que hemos estropeado en el sótano. Y me pregunto qué pensará de ello la señora Frank.

- X -

Las huellas de esquíes conducían al límite del pantano. Los tres compañeros se detuvieron allí. Alboroto tomó la palabra:

—Ahora debemos mirar las cosas de frente, queridos amigos. Como veis, las huellas prosiguen hacia el norte... Y tal vez más adelante se encaminen hacia las ruinas... Y con este claro de luna el hombre nos verá llegar desde lejos. Y todas las ventajas estarán de su parte. Cavador hizo un ademán despectivo:

—¡Me da lo mismo! Nosotros somos dos contra uno...

—¡Tres! —rectificó Puck.

—Discúlpame, pequeña Puck, te había olvidado. Somos, pues, tres contra uno y, con toda seguridad, conseguiremos dominar a ese individuo.

—Pero no tenemos armas, por desgracia —comentó Alboroto.

—Claro que sí —declaró Puck.

—¿Cuáles? ¿Quieres decir nuestros puños?

—¡No...! ¡Los bastones de esquiar!

—¿Los bastones? —repitió Alboroto con una mueca—. ¿Y crees en serio que se puede golpear a alguien con eso?

—No, pero se puede usar la punta de modo bastante amenazador, querido Alboroto. No se trata de hacerle daño, claro está, sino sólo de amedrentarle un poco...

Cavador aprobó:

—Eres un genio, Puck. Ni siquiera Alboroto y yo habríamos pensado en algo semejante. Con seguridad el hombre se mantendrá quieto si las puntas de tres bastones le apuntan directamente.

—¡Sí, sé que no habríais pensado en ello! —concordó Puck—. Y

ahora ¿nos vamos?

—Sí... Pero una vez estemos entre los árboles tú nos seguirás unos pasos más atrás.

—¿Por qué?

—Porque Cavadador y yo queremos en todo momento mostrarnos galantes con una damita como tú, pequeña Puck. Corremos el riesgo de hallar al hombre emboscado en cualquier momento, oculto detrás de un tronco... Y es a nosotros, ¡hombres!, a quienes corresponde ir delante.



—¡Mil veces gracias, querido Alboroto!

—De nada. Ahora prosigamos...

El bosque se hallaba a un centenar de metros más abajo, pero el claro de luna penetraba a través de las copas desnudas de su follaje y resultaba bastante fácil seguir la pista de los esquíes del fugitivo.

De vez en cuando las huellas se cruzaban con otras.

—Todas conducen hacia las ruinas —dijo Alboroto.

—¿Qué haremos si se oculta en ellas?

Alboroto titubeó un poco antes de responder:

—Pues bien, sería penoso, ya que a la luz de las linternas resultaría peligrosísimo penetrar en las ruinas. Debemos comportarnos con valentía, pero no de un modo alocado...

Puck, que desde hacía unos instantes permanecía ajena a la conversación, dijo entonces:

—Si este tipo se oculta en las ruinas, lo que haremos será

esperar tranquilamente la llegada de refuerzos.

—¿Qué refuerzos?

—Toda la banda del colegio, naturalmente. Comprenderás que el director movilizará, para venir en ayuda nuestra, a cuantos puedan calzarse unos esquíes. Nuestras tres huellas y las de Kaj el Negro constituyen ahora una pista muy fácil de encontrar.

—Tú consejo me parece razonable, Puck. Veremos qué ocurrirá.

Tal como había previsto Alboroto, las huellas del fugitivo conducían directamente a las ruinas del viejo castillo fortaleza y penetraban en los derruidos muros. Los muchachos conocían bien el lugar. Había allí los restos de una torre y de una casa cuadrada, en la cual sólo restaban los sótanos y algunos muros bajos y macizos. Era fácil descender a los sótanos, porque los fragmentos de muro derruidos constituían una pendiente.



Los tres compañeros se detuvieron a cierta distancia de las ruinas para concentrarse. Alboroto dijo en voz baja:

—¡Sin duda alguna se oculta dentro...! ¡Y estoy casi seguro de que nos ha visto!

—¿Qué hacer, entonces? —preguntó Cavadore en voz un tanto apagada.

—Seguiremos el buen consejo de Puck y esperaremos. No puede escaparse sin que le veamos.

—¿Y si él pasa al ataque?

—¡Mejor que mejor! —dijo Alboroto entre dientes—. En tal caso le reservaremos una calurosa acogida. Como es de suponer, no conserva dentro los esquíes puestos, y eso le convertiría en un elefante patoso en la nieve.

—¿Por qué no tratamos de hacerle salir? —propuso Cavador.

—¿Cómo?

—Gritando que le hemos descubierto.

Un poco indeciso, Alboroto se volvió hacia Puck.

—Esa idea me parece magnífica... Pero ¿qué piensas tú, Puck?

—¡Estoy de acuerdo! —declaró con valentía la muchachita—. ¡Hagámoslo salir!

Alboroto se puso las manos ante la boca a modo de embudo:

—¡Holaaa! Repugnante incendiario... Te hemos descubierto. En cuanto salgas, te reduciremos irremisiblemente..., ¡y luego serás de nuevo encarcelado con una condena de noventa años de trabajos forzados!

Luego se calló y los tres prestaron atento oído, reteniendo la respiración; pero no les llegó respuesta alguna.

—Tal vez duerme —dijo Cavador.

—¿Él dormir? Estás loco, compañero. No, puedes estar seguro de que nos está observando.

—¡Inténtalo de nuevo!

—¡Con gusto!

Alboroto gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Sal, canalla! El coche de la policía te espera...

En el fondo de su corazón, Alboroto debió admitir que la última parte de su amenaza no había podido surtir efecto alguno, ya que ningún automóvil del mundo habría tenido la más pequeña oportunidad de avanzar entre aquellos colosales amasijos de nieve.

—Dejad que trate yo de hacerle salir —dijo Puck, temblorosa de excitación.

—¿Cómo?

—Escuchad...

Y oyeron la voz clara y alta de la chiquilla decir:

—¡Salga de una vez! Sabemos que es usted Kaj el Negro.

Casi al mismo instante una amenazadora silueta surgió de las ruinas, recortándose en la blancura de la nieve, y una cruda voz

gritó:



—¿Qué diablos queréis de mí? ¿Acaso no tengo el derecho de pasearme por un terreno que es del dominio público?

La brusca aparición del hombre había producido en los tres chiquillos un pequeño choque, pero Alboroto consiguió dominarse y contestó:

—Sí, está en su derecho al pasearse por aquí, pero no de incendiar el pensionado de Egeborg.

El hombre gruñó de rabia y avanzó unos pasos, pero la espesa nieve hacía difíciles sus movimientos.

Cayó hacia atrás y, habiéndose levantado con engorro, retrocedió hacia las ruinas; a continuación se agachó y pareció estar arreglando algo de sus botas.

—¡Se pone los esquís! —murmuró Puck.

—¡Suerte! —exclamó Alboroto, enteramente dispuesto a luchar—. Preparad los bastones, amigos míos. Yo permaneceré aquí y vosotros os apartaréis uno a cada lado. ¡Con seguridad conseguiremos dominar a ese tiparraco, si lo atacamos por los tres flancos a la vez!

—¡Fantástico! —dijo Cavador.

Alboroto añadió rápidamente:

—Pero no os animéis demasiado con los bastones. ¡No os pongáis nerviosos! Ya que se trata de dominarle no de hacerle daño..., ¡ni de hacérselo los unos a los otros en la confusión!

El hombre se acercaba. Sólo precisaron unos segundos para darse cuenta de que se trataba de un esquiador muy mediocre.

—¡Ea, ven, ven! —gritó Alboroto desafiándole.

—¡Chico estúpido! —gruñó el hombre entre dientes—. Ya te enseñaré yo a ti y a los demás...

—¡Lo mejor que podrías hacer es aprender antes a esquiar bien! —se burló Alboroto—. ¡Vamos, acércate, mono viejo!

Cuando el hombre estuvo a unos ocho o diez metros, Cavadador y Puck se separaron de Alboroto. Aquella maniobra puso nervioso al hombre y, cuando quiso desviarse en dirección a Cavadador, su torpeza con los esquís le hizo tambalear de modo que estuvo a punto de caerse sentado. Por lo tanto, prefirió dirigirse hacia Alboroto. Tenía levantado el bastón.

Cavadador aprovechó aquella situación en el acto. Con elegancia y agilidad, se deslizó hacia la espalda del incendiario, levantó también su bastón de esquí como si fuera una lanza y apretó con la punta, con cierta fuerza..., una de las nalgas de Kaj el Negro.

Se oyó entonces una chillona exclamación de dolor, que con toda seguridad resonó hasta el otro lado del lago. Penosamente, el hombre se volvió hacia su agresor, ocasión que aprovechó rápidamente Alboroto para pincharle la otra nalga, lo que provocó un segundo aullido de protesta.

Furioso, Kaj el Negro dio media vuelta, maniobra que le dejó de espaldas a Puck, quien no desaprovechó tampoco aquella circunstancia para castigar a su vez, con la punta de su bastón de esquiar, el ya bastante magullado asiento del maleante.

¡Un tercer alarido retumbó en la oscuridad y en el silencio!

—¿Qué? —preguntó jocosamente Cavadador—. ¿Está usted bien servido, señor incendiario de pensionados?

Apenas acabada su frase tuvo que apartarse rápidamente ya que el fugitivo iba a descargar contra él, con toda furia, el bastón que blandía a modo de garrote.

—¡Asquerosos chicuelos! —rugió, el hombre, agitando el bastón como el aspa de un molino de viento.

—Dejadle que se divierta así —dijo Alboroto, permaneciendo como los otros dos a cierta distancia para poder esquivar los golpes—. No tardará en derrumbarse de pura fatiga. Y si se derriba boca abajo, tanto mejor. ¡Tendremos ocasión de volver a servirnos de su parte posterior como de un acerico!

—¡Entendido! —dijo Cavador, con entusiasmo—. Por mi parte estoy dispuesto.

—¡Lo mismo digo! —exclamó Puck.

—¡Bravo, compañeros!

El hombre había conseguido al fin dar una vuelta completa sobre sí mismo y estaba ofreciendo la cara a Alboroto, sin dejar de voltear el bastón por encima de su cabeza.

—¡Deja ya de hacer el bobo, Kaj! Y déjanos clavarte estas banderillas... Te aseguramos que durante varias semanas no podrás permanecer sentado un solo segundo...

Con un rugido de rabia, el hombre blandió el bastón en dirección a Alboroto y se lo lanzó en plena cara. Aunque el arma no fuera muy pesada, había sido lanzada con tanta fuerza que Alboroto se tambaleó una fracción de segundo. El incendiario quiso aprovechar el incidente, pero Puck y Cavador corrieron en auxilio de su compañero como una sola persona. Tres, cuatro, cinco empujones acabaron con el precario equilibrio de aquel mediocre esquiador, que rugiendo de rabia se derrumbó en la nieve.

—¡Me rindo! —gritó—. ¡Me rindo!

—¡No te queda otro remedio, viejo mono! —gritó Cavador, triunfante—. ¿Te ha hecho daño, Alboroto?

—Francamente, sí.

—¿No te parece que podríamos clavarle unos cuantos banderillazos más en su... parte trasera, como represalia?

A pesar de su dolor, Alboroto no pudo dejar de reírse:

—No, Cavador... Somos caballeros y jamás hay que golpear a un enemigo caído, aun cuando se lo merezca...

En aquel mismo instante, una sonora llamada resonó a sus espaldas y una negra silueta avanzó vivamente sobre la nieve. Era el profesor Strandvold.

- XI -

Flemming y algunos esquiadores más seguían de cerca a Strandvold. El profesor de gimnasia comprendió en el acto la situación y sonrió ampliamente. Pero, reconociendo la negra sombra extendida en la nieve, dejó de sonreír, y gritó en tono incisivo:

—¡Vaya! ¿Eres tú, Kaj Nielsen, quien ha querido quemar el colegio? ¡Una broma que va a costarte cara!

Después, volviéndose hacia Alboroto y Cavador, añadió:

—Debo confesar, hijos míos, que os habéis comportado como hombres de primera clase... Y tú, Puck, has estado como siempre, a la altura de las circunstancias. Hay otros alumnos en camino, pero no veo razón alguna para esperarles. Nosotros llevaremos al prisionero al pensionado y la policía irá allí a recogerlo.

—¿No deberíamos atarle? —preguntó Flemming.

—No, no es necesario. Con tantos y tan buenos esquiadores custodiándole no creo que tenga la más pequeña oportunidad de escapar. ¡En marcha!

—¡No me iré de aquí! —gruñó el incendiario.

—¿De veras? No te quedará otro remedio, granuja.

—¿Cómo van a obligarme? —preguntó el prisionero.

Aquella pregunta puso en un apuro al profesor. No había allí ningún trineo ni medio de locomoción..., y tampoco era posible arrastrar al prisionero por la nieve.



—Sería mejor que vinieras con nosotros de buen grado —declaró Strandvold.

El hombre le miró astutamente.

—¡Nunca! Si quieren llevarme hasta el pensionado, tendrán que cargar conmigo todo el trayecto...

—¡Bah! —exclamó Alboroto, con una carcajada—. Puck, Cavador y yo conocemos una fórmula mágica para hacer correr a este sujeto llamado Kaj el Negro. Cuando lo usamos se convierte en un dócil cordero.

—¿Y cuál es ese medio?

—¡Éste! —exclamó Cavador, picando, aunque sin demasiada fuerza, la ya bastante magullada parte posterior del prisionero.

—¡Me rindo, me rindo! —gimió entonces Kaj Nielsen—. Os seguiré hasta Egeborg sin resistirme.

—¡Ya se ha vuelto de nuevo razonable! —anunció Alboroto, que, a continuación murmuró bajito al oído de su amigo—: Querido Cavador, decididamente, tú y yo poseemos cerebros privilegiados.

—¡En marchaaa! —ordenó Strandvold.

Y todo el mundo se encaminó hacia el pensionado.

Poco tiempo después encontraron a nuevos esquiadores y, finalmente, fue un nutrido grupo el que escoltó a Kaj el Negro. El señor Frank formaba también parte de la escolta. Él había reconocido en seguida a su antiguo empleado y compadecía sinceramente a aquel desgraciado, expulsado de su empleo por pequeños hurtos continuados, y a quien un deseo de venganza había

llevado a tratar de incendiar un colegio lleno de alumnos.

Cuando el prisionero y sus múltiples guardianes llegaron a Egeborg, la policía de la brigada criminal estaba ya allí.

A pesar de ir provisto de cadenas, su potente coche había encontrado grandes dificultades en abrirse paso por la nevada carretera desde Sundkoebing hasta el pensionado. Los tres policías redactaron un breve informe —Alboroto y Cavador serían llamados a declarar más adelante—, y luego emprendieron el camino de regreso con el prisionero esposado.

Entre los alumnos fue grande la alegría cuando la señora Frank anunció que en el comedor había café con leche caliente y bizcochos para todos.

Una vez instalados alrededor de las mesas, el director se levantó y tomó la palabra:

—Todos sabéis bien lo que ha ocurrido esta noche. Un hombre vengativo, cuya mente sin duda está enferma, ha intentado producir una catástrofe... Mas, felizmente, hay entre los alumnos dos muchachos intrépidos que han salvado la situación...

Sonrió un tanto:

—Querido Hugo, querido Henrik... Me parece que no voy a faltar a la verdad si afirmo que no sois precisamente dos modelos de virtud. Pero hoy vuestro comportamiento ha sido de primer orden, y todos os lo agradecemos profundamente. Cuando haya reflexionado, estoy seguro de encontrar la manera de recompensaros debidamente. Entretanto anuncio que los alumnos mayores tendrán mañana el día libre.

El resto del discurso quedó ahogado entre vítores y aplausos. ¡Todo un día libre de clases y estudios... para esquiar o patinar por la helada superficie del lado Ege! ¡Era increíble!

Cavador se volvió hacia su compañero:

—Oye, Alboroto —murmuró bajito.

—¿Qué?

—En toda nuestra vida no habías recibido tantos plácemes.

—Es cierto...

—¡Somos dos tipos formidables!

—¡Superformidables, querido Cavador!

—Ah... Debo reconocer, además, que tu maravillosa idea sobre

Kaj el Negro se las traía...

—Sí, sin duda...

Con un pequeño suspiro, Cavador entregó a su amigo el resto del dinero apostado hasta las diez pesetas.

—Toma. Confieso que esta vez te las has ganado a conciencia.

Entonces Alboroto tuvo un gesto verdaderamente sorprendente:

—Querido Cavador, yo también debo reconocer que tú y Puck habéis estado formidables... Por lo tanto podéis partiros esa cantidad.

Cavador abrió dos ojos como platos:

—¡Vaya...! Admito que eres un perfecto caballero, Alboroto.

—Ya lo sé —convino Alboroto, con encantadora modestia.

La pequeña e improvisada fiesta duró aún una hora, en una atmósfera de alegría y cordialidad. Súbitamente varias voces se alzaron reclamando:

—¡Que hable Alboroto, que hable Alboroto...!

Alboroto, habitualmente tan intrépido, hubiera querido deslizarse debajo de la mesa, pero las solicitudes fueron cada vez más apremiantes. Incluso el señor Frank las apoyó.

¡Imposible excusarse! Alboroto se levantó, con las mejillas en puro fuego, se aclaró la garganta y comenzó titubeante:

—Pues bien... En... En realidad... Yo... Pues bien... ¡No tengo nada que decir!

—¡Qué hermoso discurso! —gritó Navío con entusiasmo—. Continúa, continúa... Es formidablemente palpitante.

Alboroto volvió a aclararse vigorosamente la garganta:

—Pues... Pues bien... Ejem... Me gustaría decir algo amable... ¡Ejem! Pero yo no soy un orador profesional...

—Eso ya se nota —aprobó el gordo Svend que era el presidente del Consejo de Alumnos—. Tú sólo abres la boca cuando no debes hacerlo...

Interrumpido varias veces de semejante manera, con toda suerte de bromas, Alboroto se fue poniendo más y más nervioso. Al final, gimió, en el colmo de la desesperación:

—Como bien sabéis, no estuve yo solo en todo este asunto de Kaj el Negro. Así que paso la palabra a Cavador.

—¡Bravo, bravo...! —gritaron de todas partes—. ¡Levántate,

Cavador!

Alboroto volvió a sentarse —sería mejor decir que se derrumbó en su asiento— y se pasó un pañuelo por la frente para secarse el sudor mientras observaba a Cavador por el rabillo del ojo y con toda la malicia del mundo.

—Sí, para ser del todo sincero —empezó Cavador—, yo... Ejem..., no creo poder añadir gran cosa a las palabras de mi amigo, ya que él ha expresado todo lo que yo también pienso...

Cavador se pasó un dedo por el cuello de su traje de esquiar, como si se estuviera asfixiando, y entonces Caoba exclamó en tono inquieto:

—¿Necesitas respiración artificial, Cavador?

La respuesta llegó en voz torturada:

—Sí, en efecto... Es decir; no... No lo necesito... Pero hay una cosa... Una... una sola cosa... yo quisiera decir...

—¡Suéltala de una vez, hombre!

—Es una sola cosa... ¡Ejem...!

—¡Dila!

—¿Necesitas sacacorchos?

—¡Vamos, suéltala de una vez, valiente!

Exhortaciones maliciosas surgían de todas partes del comedor y Cavador se pasó de nuevo el dedo por el cuello.

—¡Basta de «ejems»! —dijo entonces una voz firme, pero amable—. ¡A los hechos, muchachos!

Alboroto se retorció de risa al contemplar el suplicio en que se debatía su amigo. ¡Qué feliz ocurrencia había tenido al meterle en aquel embrollo!

Cavador prosiguió:

—Sí, es estupendo que el pensionado de Egeborg no se haya quemado... Pero... Hay una pequeña sombra en tan alegre cuadro... Y es que Alboroto y yo nos sentimos desolados por haber tenido que estropear las bellas sábanas que la señora Frank había tendido en el sótano...

Aquella reflexión hizo estallar en estruendosas carcajadas a todo el comedor. Cavador miró a su alrededor con suspicacia.

La señora Frank se inclinó entonces hacia la señorita Fagerlund:

—Henrik es un chico encantador, señorita Fagerlund —murmuró

bajito.

Y fue estupendo que lo dijera bajito, ya que Cavador se hubiera opuesto firmemente a que le llamaran «un chico encantador».



* * *

El día siguiente transcurrió a entero gusto de los alumnos. ¡Ninguna clase a la vista y libertad para esquiar en un terreno delicioso! Sí, la vida era bella y merecía la pena ser vivida.

El capataz Iversen limpiaba con un aparato quitanieves y la ayuda de dos caballos el lago Ege. Debía preparar el hielo para el gran concurso de patinaje que pondría fin a las competiciones de los deportes de invierno. Muchos alumnos seguían con la vista el curso de aquel trabajo y rápidamente llegaron a la conclusión de que el hielo era de una calidad excepcional. Por donde había pasado el quitanieves, la superficie brillaba como un espejo.

También el director señor Frank se acercó a observar el trabajo y previno a Iversen que no se adentrara mucho en la bahía próxima a la casa del guardabosques, ya que allí la capa de hielo era muy delgada.

—Y lo sé, señor director —respondió el capataz—. Y me pregunto cuál será la razón.

El señor Frank se encogió ligeramente de hombros.

—Pues, bien... Probablemente es por efectos de corrientes

subterráneas... ¡He prohibido formalmente a los alumnos ir por aquel lado del lago!

Por la tarde, Puck y un buen número de alumnas bajaron a patinar por la parte del lago que ya había sido barrida.

Muchas muchachitas quedaron fuertemente impresionadas por el hecho de que Puck poseyera un par de botas a las que había dos pares de patines acoplados, uno para el patinaje artístico, otro para las carreras de fondo. Sin embargo, aquello para Puck era natural. Su padre había conseguido varios premios como esquiador y patinador, y desde su más tierna infancia, ella le había acompañado a practicar esos deportes. Durante meses y años, Puck se había entrenado, mientras se divertía locamente. Con frecuencia, su padre había alabado su estilo, cosa que había incrementado su afición. Antes de su llegada al pensionado de Egeborg, Puck había obtenido un premio en el club de patinaje del cual formaba parte. Ahora sus compañeras la miraban con admiración en tanto ella describía elegantes ochos y otras variaciones del patinaje artístico.

Annelise también se estaba entrenando en el lago. No era en modo alguno una mala patinadora, pero lo que más atraía la atención general sobre su personita era el atuendo que llevaba.

—¡Parece una modelo de alta costura! —declaró Navío, con voz entusiasta—. Ah, qué elegante es...

Las demás muchachitas eran de la misma opinión y devoraban con los ojos cada detalle del gorrito de piel, la chaqueta impermeabilizada pero ribeteada asimismo de piel, a juego con el gorrito; la faldita plisada y las altas botas, todo ello de un blanco luminoso, radiante y deslumbrador. Todo el mundo tuvo que reconocer que Annelise estaba encantadora...

—Sí —admitió con displicencia—, es un equipo «muy simpático» el que llevo. Y mi papá me ha prometido regalar otro igualmente «simpático» a la ganadora de la carrera libre.

Aquella noticia provocó un momento de silencio. Luego, Navío con voz gozosa dijo:

—Entonces, Puck estará elegantísima...

Las demás rieron, ya que nadie dudaba de que Puck conseguiría obtener la victoria, lo mismo en la carrera libre que en el patinaje artístico. Tan sólo Karen y Lone podían competir con ella.

Cuando Puck interrumpió por un momento su entrenamiento, Inger le dijo:

—Lone será una competidora temible, Puck. ¿Has visto a qué velocidad se desplaza?

—Sí, corre muy bien... Y se merece ganar ese bello traje prometido por el padre de Annelise.

Inger miró a Puck con fijeza.

—¿Qué quieres decir?

—Nada extraordinario —respondió Puck, encogiéndose imperceptiblemente de hombros—. Quiero decir que constituiría un enorme estímulo para Lone ganar la carrera. Pronto ha encajado el terrible disgusto del pasado otoño... No obstante, Inger, ¿no te das cuenta de que con frecuencia se la ve triste y abatida?

—Sí, lo veo —reconoció Inger—. Y me parece que Annelise tuvo una segunda intención al pedir a su padre que obsequiara ese traje a la ganadora. Desde los siniestros acontecimientos que tú has citado, Annelise es mucho más amable y humana en su relación con Lone... Ya no la inunda de regalos..., pero me parece que se sentiría feliz si Lone ganase el traje...

—Sí, eso creo, Puck... Pero, por muy buena que Lone sea patinando, tú no tendrás ninguna dificultad en ganarla.

—Bah... ¡Quién sabe! No hay nada seguro —observó Puck, reflexiva—. Ya veremos...

Al día siguiente la animación era enorme, ya que debían dar comienzo las pruebas de competición. Chicos y chicas participaban juntos en el patinaje artístico, y la mayoría de los espectadores comprendieron rápidamente que Puck conseguiría el primer premio, en tanto Alboroto y Karen se disputarían el segundo. La alegría había llegado a su punto culminante cuando el profesor Strandvold anunció el resultado:

—Número uno: Bente Winther... Número dos: Hugo Svendsen... Número tres Karen Sommer...

Cavador dio un codazo a Alboroto:

—¡Bien, querido amigo, parece ser que Puck ha podido de nuevo contigo! Se diría que eso se está ya convirtiendo en una costumbre.

Alboroto le miró altivamente. Era un buen amigo y poseía espíritu deportivo, pero en el fondo de su corazón no dejaba de

molestarle un poco verse siempre vencido por una chiquilla. ¡Casi casi podría decirse que su honor estaba en juego!

La carrera libre comportaba dos partes: la femenina y la masculina. En cada grupo, todos los participantes debían salir al mismo tiempo.

En el momento en que una docena de muchachitas iba a lanzarse, hubo una pequeña agitación. Puck, sentada en un banco entre los espectadores, parecía no sentirse bien. Se quejaba de un dolor en un costado. Preocupadas, sus compañeras la rodeaban.

Como no daba trazas de recobrarse, el profesor Strandvold se vio obligado a dar la señal de partida sin esperarla. Los participantes se alinearon y se escuchó la voz del profesor diciendo:

—¡Preparadas!

Temblando de excitación, las chiquillas se prepararon y, al cabo de unos segundos, resonó una nueva orden:

—¡Salida!

Las patinadoras volaron por el hielo. Strandvold seguía la competición a través de unos prismáticos y, regularmente, anunciaba las posiciones:

—Tres concurrentes se hallan ahora a una decena de metros por delante de las demás. Inger, Lone y Karen... Parece ser ahora que Inger se está quedando rezagada... Sí, Lone y Karen van solas en cabeza...

Con el aliento retenido por la emoción, Puck permanecía inmóvil en el banco para seguir con la mirada la carrera. ¡De pronto «aquel terrible dolor de costado» parecía haber desaparecido!

De nuevo se oyó la voz de Strandvold anunciando:

—Lone y Karen siguen en cabeza... Pero Inger está acercándose a ellas... Sí, de nuevo las tres van en cabeza del pelotón... ¡Vaya! ¿Qué ocurre ahora? Lone ha adelantado cinco o seis metros a las otras dos... Y la distancia no cesa de aumentar...

—¡Bravo! —gritó Puck—. ¡Es Lone!

Los espectadores miraron a Puck con gran asombro. No podían comprender su entusiasmo, ya que no era Lone sino Inger y Karen quienes formaban parte del «Trébol de Cuatro Hojas».

La carrera tocaba a su término...

Cuando las participantes estuvieron a un centenar de metros de

la meta los espectadores empezaron a gritar, con regular ritmo:

Lone... Lone... Lone...

Aun cuando totalmente agotada, Lone se sintió estimulada por aquellos gritos de animación y redobló sus fuerzas, franqueando la línea de meta como una exhalación. Los aplausos estallaron estruendosamente. En el transcurso de los últimos meses, los alumnos de Egeborg habían ido enterándose de las tristes circunstancias familiares de Lone, y al presente todos se alegraron de corazón por el hecho de que ella obtuviera la victoria.

Puck saltó del banco y se acercó a Annelise.

—¡Ah, Annelise! ¡Qué linda estará Lone con el vestido que le obsequiará tu padre!

El señor Dreyer, que estaba también allí, sonrió a Puck bondadosamente:

—Ciertamente, Puck... Pero también tú hubieras estado encantadora con ese traje de patinadora... Y por cierto, ¿cómo va ese dolor de costado?

—Bastante mejor, gracias —murmuró Puck, evitando encontrar la mirada del señor Dreyer.

Poco tiempo después, compitieron los muchachos y el resultado fue el que ya se había previsto:

¡Alboroto consiguió una victoria aplastante!

Aquella tarde, las cuatro inseparables amigas se reunieron en el «Trébol de Cuatro Hojas» y conversaron con gran animación. Navío distribuyó chocolate.

—Os lo merecéis, hijas mías, ya que gracias a vosotras el «Trébol de Cuatro Hojas» está lleno de laureles. ¡Qué lástima que no te hayas sentido bien en la última competición, Puck! De lo contrario estoy segura de que hubieras obtenido el precioso traje de premio.

Puck sonrió un poco:

—¿Verdaderamente piensas que ha sido una lástima, Navío?

La pregunta dejó a Navío estupefacta.

A continuación, sus mejillas se tiñeron de rojo y dijo, titubeante:

—¡Hum!... Ya comprendo lo que quieres decir... Sí, Puck... Tienes razón... Debemos alegrarnos de que Lone obtenga ese traje tan «simpatiquísimo», como diría la sin par Annelise... Será para ella algo muy, pero que muy importante.

El bello rostro de Inger se iluminó con una sonrisa:

—¡Ha sido muy gentil de tu parte haberte sentido, de pronto..., tan terriblemente enferma de un costado, Puck!

Aquellas palabras parecieron irritar un poco a Puck, quien se quedó unos instantes callada. Después estalló:

—Está bien, Inger, me has descubierto... Pero ahora yo os descubriré a Karen y a ti.

—¿A nosotras? —preguntó Karen con voz inocente.

—Sí, a vosotras precisamente. ¿Creéis acaso que soy boba? Hay que reconocer que Lone patina bien, pero si vosotras dos hubieseis querido, ella no habría conseguido obtener la victoria. ¡Todo esto me parece un tanto misterioso, hijitas mías! Sin gran esfuerzo, Inger consiguió volver a alcanzarte, Karen..., y un momento después las dos juntas os ibais quedando extrañamente rezagadas. ¡Es como para hacer reflexionar, de veras...!

Ahora le tocó a Karen el turno de reírse.

—Sí, sí, Puck... Lo admitimos. Pero este secreto ha de quedar entre nosotras.

Navío se había quedado perpleja y, súbitamente, exclamó:

—¡Vaya! Ahora lo entiendo todo...

—¿De veras?

—Sí, sí... Puck no ha tomado parte en la competición para que Lone tuviera más posibilidades... E Inger ha convencido a Karen de correr menos aprisa para que Lone resultara la ganadora...

Karen respondió burlona:

—Eres un detective de primera, Navío... No sé cómo has podido deducir todo eso.

—Sí, pero ¿verdad que es cierto?

—Ante un tan genial detective es inútil disimular. Y además estoy segura de que las cuatro estamos de acuerdo en pensar que el traje de patinadora convertirá a Lone en la chica más dichosa de Egeborg... Y nosotras podemos muy bien pasarnos sin él. Pero, eso sí: ¡que el secreto quede entre nosotras!

—¡Ah, qué bello gesto habéis tenido las tres! —exclamó Navío.

Navío se quedó callada un instante y después añadió riendo:

—¿Sabéis qué pienso, amigas mías? Que las cuatro somos demasiado buenas para este mundo.

Inger disimuló una sonrisita, pero su voz era seria al decir:
—No, Navío..., simplemente somos lo que debemos ser.

- XII -

El día siguiente era un domingo y muchos alumnos estaban patinando en la helada superficie del lago. Cavador se había levantado bromista y su amigo constituía el blanco favorito de sus «alfilerazos».

—¡Vaya, Alboroto! ¡Tuviste suerte en que la competición de fondo se hiciera en dos grupos! De lo contrario, seguramente Puck te habría ganado.

—¡Tonterías! —murmuró Alboroto—. Además, Puck ni siquiera tomó parte.

—Sí, pero si hubiera tenido la ocasión de medirse contigo... ¡Mira a qué formidable velocidad se desplaza!

Alboroto miró a Puck y en su fuero interno se vio obligado a reconocer que era una extraordinaria patinadora. Pero de todos modos estaba seguro de poder ganarla. Y como fuera que Cavador seguía mirándole burlonamente, arrugó la frente y llamó a Puck:

—Puck..., ¿quieres hacer una carrera conmigo? Veamos quién llegará primero a la gran encina de la casa del guardabosques.

Puck sacudió la cabeza estupefacta.

—Con seguridad debes haber perdido la cabeza, Alboroto. Sabes bien que el hielo es frágil de aquel lado y además el director nos ha prohibido ir.

—¡Y qué! —declaró Alboroto—. Si corremos despacio es peligroso, pero, con tus excelentes cualidades de patinadora, te constará que si se corre lo suficientemente rápido el hielo no tiene tiempo de quebrarse. ¿Acaso será que no te atreves?

—No dices más que tonterías, Alboroto. El hielo puede

romperse, se corra rápido o no...

—Ya veo que no te atreves. Por lo tanto lo haré yo solo, para probártelo.



Tanto Cavador como Puck trataron en vano de disuadirle. Pero Alboroto hizo oídos sordos y salió disparado hacia el peligroso hielo. ¡Ya le demostraría él a Puck que corría el doble que ella!

Por el hielo que había sido barrido, todo fue maravillosamente, pero entonces Alboroto llegó al trozo de hielo que el capataz Iversen no había barrido con el quitanieves. Aun cuando la capa de nieve era poco espesa, disminuyó considerablemente la velocidad del patinador.

Súbitamente Puck dio un grito:

—¡Oh, no...! ¡Mira!

En una fracción de segundo, Alboroto había levantado los brazos al aire, gritando con todas sus fuerzas, y ¡desapareció!



Cavador quiso precipitarse hacia él en el acto, pero Puck le detuvo.

—No, no, Cavador. También tú desaparecerías en el hielo. ¡Hay que ir en busca de dos garfios!

Volaron hacia el lugar donde estaban colocados los garfios y las cuerdas de salvamento. Jadeante, Puck exclamó:

—Yo tomo los garfios, Cavador... Toma tú la cuerda y sígueme...

Pocos minutos después, estaban cerca del lugar del accidente y vieron a Alboroto luchar con desesperación. En cuanto el muchacho trataba de erguirse apoyado en sus codos, el hielo se resquebrajaba y volvía a caer en el agua helada. Pero ni una sola palabra surgía de sus labios. ¡De ninguna manera quería pedir auxilio!

Como fuera que Cavador quería deslizarse asido a la cuerda hacia Alboroto, Puck le disuadió diciendo:

—No, Cavador. Tú pesas al menos diez kilos más que yo... Y cada kilo tiene aquí mucha importancia. Ponte boca abajo y sígueme a alguna distancia.

Puck avanzó aún unos pasos más con prudencia y, cuando el hielo crujió bajo los garfios, se echó prudentemente boca abajo.

—¡Deja ya de agitarte! —gritó a Alboroto—. Esto sólo complica aún más las cosas.

Empujando ante sí los dos garfios, con los cuales iba tanteando la resistencia del hielo, fue avanzando lentamente hacia el agujero donde se debatía el muchacho.

Quando se consideró a una distancia conveniente, empujó uno de los garfios, atado a la cuerda, a Alboroto, gritándole:

—¿Puedes atraparlo, Alboroto?

—¡Ya lo tengo!

—Bien, ahora tiraré con fuerza. Agárrate bien...

A pesar de todos sus esfuerzos, Puck carecía de energías para tirar eficazmente y el hielo se quebró repetidamente bajo el pecho de Alboroto. Entonces oyó la voz de Cavador aconsejarle desde su espalda:

—Puck, empuja la cuerda con el otro garfio. Es lo bastante larga como para que podamos tirar de ella desde unos veinte metros. Retrocede a rastras...

Un instante después, habiendo seguido tan sensato consejo, ella y Cavador, de pie en la parte segura de la superficie helada, tiraban de la cuerda con eficacia. Varios patinadores quisieron acercarse para prestar ayuda, pero Puck les gritó que no se fiaran demasiado de la resistencia del hielo.



—¡No, no! Permaneced a distancia. El hielo no resistirá el peso de todos... ¡Cavador y yo conseguiremos sacarle!

Y Puck tenía razón. Poco después Alboroto surgía del helado hoyo, mojado hasta los huesos y temblando de frío. Puck le murmuró:

—Alboroto, eres el rey de los imbéciles... ¡Pero date prisa si no

quieres atrapar una pulmonía!

—¡Gracias por tu ayuda, Puck!

—Bueno, bueno... ¡Pero vete a cambiar de una vez!

Aquella noche tuvo lugar una pequeña fiesta en el gran comedor del colegio. Las competiciones deportivas de invierno habían acabado y había llegado el momento de la distribución de premios. Todo transcurrió en un ambiente de enorme alegría y Puck, que había conseguido varios premios, fue muy aplaudida. El intrépido salvamento de Alboroto había acrecentado todavía más su popularidad. Finalmente el director se levantó y dijo:

—Henos aquí al término del programa. Como sabéis el día de ayer estuvo a punto de acabar con una catástrofe para nuestro querido pensionado. Un siniestro criminal había tratado de incendiarlo, pero su proyecto fue desbaratado... gracias a la presencia de ánimo de cinco alumnos. Los profesores y yo nos hemos reunido para discutir las recompensas que habían de ser distribuidas y hemos llegado al acuerdo siguiente: durante las próximas vacaciones Hugo y Henrik podrán disfrutar de un viaje gratuito a Inglaterra, en tanto Bente, Inger y Navío recibirán un lindo traje como el que ha obtenido Lone.

—¡Bravo! —respondieron con entusiasmo diversas voces.

El director prosiguió sonriente:

—Como sucede a menudo, me veo obligado a felicitar y a regañar a una misma persona al mismo tiempo. Yo, como todos aquí, sentimos un gran respeto y orgullo por los actos heroicos de Hugo durante el conato de incendio, pero al mismo tiempo me veo obligado a castigarle. Hoy ha desobedecido una de mis órdenes, que es la de no correr por la parte poco segura del hielo. Si Bente y Henrik no hubiesen intervenido rápidamente, el accidente hubiera podido acabar de modo trágico... ¡Así que condeno a Hugo Svendsen a permanecer seis días encerrado en su habitación sin salir!

Teniendo en cuenta el buen tiempo reinante para esquiar y patinar, seis días de encierro era un severo castigo para un muchacho tan deportivo, y todos los alumnos le compadecieron.

Cuando el director prosiguió, a duras penas podía disimular su sonrisa:

—El pensionado ya ha recompensado a Hugo por haber contribuido a sofocar el incendio, pero la policía de Sundkoebing desea también recompensarle por haber ayudado a capturar al criminal... Esta tarde he estado conversando con el inspector y le he dicho, que sin lugar a dudas, la recompensa más apreciada por Hugo, sería la de que le fueran perdonados los seis días de reclusión de su cuarto...

Aquellas palabras fueron acogidas con colosal entusiasmo, frenéticos aplausos y ruidosos gritos. Y el director volvió a sentarse, sonriente. En el fondo, se sentía muy contento de haber podido evitar el castigar a Hugo, sin por ello faltar a la justicia.

Alboroto se levantó entonces y, muy nervioso, pronunció el siguiente discurso:

—Me permito agradecer a nuestro director los premios, los castigos y el perdón. Un viaje a Inglaterra representa el más bello sueño de todo alumno de Egeborg, pero para ser del todo sincero hay una alumna que lo merece tanto o más que yo. Puck no sólo contribuyó también a capturar al incendiario, sino que no dudó en arriesgar su vida para salvarme del helado lago Ege. Por lo tanto puede decirse que le debo la vida y así le cedo graciosamente mi viaje a Inglaterra.

El entusiasmo general fue entonces tan tremendo que pareció hacer vibrar las paredes. De todas partes felicitaban, gritaban, aplaudían, lo mismo profesores que alumnos. ¡Todo el mundo estaba de acuerdo en declarar que Alboroto se había comportado como un auténtico caballero! El profesor de gimnasia Strandvold se sentía particularmente orgulloso de su alumno favorito, e hizo una señal con la cabeza en dirección al señor Frank.

—¡Lo he dicho siempre, señor director! Este muchacho tiene auténtica clase...

—No lo niego, querido Strandvold —respondió el señor Frank sonriendo.

La fiesta estaba en su apogeo cuando Puck se acercó a Alboroto:

—Querido Alboroto, estoy emocionada y a punto de llorar... Pero pienso que tú y Cavador os divertiríais más yendo juntos a Inglaterra.

—¡Nada de eso! —interrumpió Alboroto—. ¡Irás tú!

Puck sonrió con ternura:

—Bien, Alboroto... Ya volveremos a hablar de eso. Las vacaciones de verano están aún muy lejos. Y en todo caso, te doy las gracias de todo corazón.

—Francamente, soy yo quien debe dártelas. Eres una chica del todo extraordinaria, Puck —confesó Alboroto, con énfasis—. ¡Y si ambos tuviéramos diez años más te pediría en matrimonio!

Puck rió de buena gana.

—Es una suerte que no tengamos diez años más, querido Alboroto, porque en tal caso te hubiera contestado: «¡No, gracias!»

Alboroto, a su vez, se puso a reír. Y luego dijo:

—Oye, Puck, hace mucho tiempo que Cavador y yo tratamos de vencerte en algún terreno, pero debo confesar que hasta hoy no lo hemos conseguido. ¡Al contrario, cada vez fracasamos de modo lamentable!

—¡No pierdas las esperanzas, Alboroto! —repuso Puck alegremente.

—No, si no las pierdo —respondió Alboroto—, tarde o temprano Cavador y yo acabaremos por tener la suerte de nuestro lado, Puck... Supongo que no ves en ello ningún inconveniente, ¿verdad?

—¡Claro que no, mi buen Alboroto! —contestó Puck ¡Y os deseo a los dos buena suerte!